
LA
lista
DEL
jefe
LBSILVA

Sinopsis

Elizabeth va a cumplir 25 años en un mes y hay algo que desea más que nada: Dejar de ser virgen. Mintiendo frente a sus amigas, ignorando grandes oportunidades, Lizzie pasa más tiempo escribiendo sobre bellos hombros en vez de salir y conocer a hombres reales. Pero el numero le pesa y decide dejar atrás ese peso.

Ebria, una noche su mejor amigo Matthew le dice que esta comprometido con la causa y quiere ayudarla. Entusiasmada y aburrida en el trabajo, crea una lista de cosas que debe hacer su compañero de sábanas para la noche especial.

Pero al enviar el mail con todas esas indicaciones, se da cuenta de que se la ha enviado no a Matthew, sino a Marcus, su jefe.

Una historia corta de chick lit llena de confusiones, desastres y aventuras de Lizzie, quien cree que no es mujer hasta perder la virginidad y un jefe que vive con el ceño fruncido muy en desacuerdo con esos pensamientos.



Capítulo 1

Cómo enviar un contrato de sexo a tu jefe y no morir en el intento

Voy a contarte una historia y tienes que prometerme que no vas a reírte de mí en ningún momento. Tiene que ser una promesa y que los dos estemos de acuerdo. ¿Lo juras?

Bien, ahora dicho eso creo que puedo empezar a contarte cómo sucedió todo esto.

Faltaban exactamente 31 días para mi cumpleaños número 25 y nada me motivaba en ese momento. Estaba abrumada por una vida que siempre había querido tener, pero aun así no me llenaba de ningún modo. Tenía el trabajo soñado, corregía libros en una editorial enorme a la que todos deseaban entrar. Había aprendido a aceptar mi cuerpo después de años de llamarme gorda al espejo o ni siquiera mirarlo. Tenía el gato soñado, vivía sola y mis amigas eran la luz de mi vida. Y, aun así, había algo que me faltaba.

Todos los días me despertaba con la misma idea en la cabeza. Abría los ojos, miraba a mi gato quejarse de lo temprano que era y directamente pensaba: Soy virgen un día más de mi vida. Sí esos eran todos mis días.

¿Cómo explicarle al mundo que una chica de 25 años era virgen? Bueno, no tengo muchas excusas. Tal vez tendría que culpar a mi primer novio, que me prometió ver el cielo y las estrellas después de 9 meses de relación (casi un embarazo). Pero, escuchen lo peor, cuando se presentó el momento pasó lo peor. Yo estaba ahí, recostada en la cama de mi novio adolescente, ambos con 17 años (salvo que él con una gran experiencia, según sus palabras escritas en mensajes de textos) y yo vestía mi perfecta ropa interior blanca angelical y virginal esperando a ser rota, mordida y quemada, cuando pasó lo peor. Nada, eso pasó. Su bello y peludo amigo no quiso saludarme, directamente decidió dormir la siesta eternamente.

Al día siguiente cortamos.

Él me dio una excusa, no recuerdo cual, pero a mí tampoco me gustaba mucho después de 9 meses de frotarnos. Así que le dije, *adiosito.* Luego de tres años de soñar con Edward Cullen me di cuenta de mi error. Tenia 20 años y seguía virgen.

A mi alrededor mis compañeras se reían de anécdotas sexuales y de todo tipo de cosas. Pero yo, ahí nadie había pasado a regar las plantas. Seco estaba todo.

Y así pasaron los años. Hubo algunos que otros amoríos, no voy a negarlo, pero nada más que frota—frota contra mi cuerpo y nada especial. Algunas veces comencé a creer que la culpable era yo, que estaba algo mal en mí y que no entendía porque los hombres no me generaban mucho, salvo una que otra fantasía. Es decir, viva la cosa estaba, porque yo no perdía el tiempo leyendo fan fictions de Harry Styles o mirando a mis sims hacer el delicioso. Sin embargo, conocer a un hombre me generaba vagancia y con el tiempo fue postergando el tema hasta que de repente, el tema me golpeó a mí.

Lo cierto es que no buscaba, iba vestida por la vida así nomás, no me arreglaba nunca y a veces comía lo primero que veía (muchas veces vencido) sin saber realmente que iba a ser de mí. Tenía todo lo que necesitaba, pero con la fecha cayó en mi como un golpe y de la nada creí que podía tenerlo todo. El sexó tenía que ser mi nuevo hobbie.

Con esas palabras en mi cabeza, me lancé al mundo de las aplicaciones de citas y obviamente no llegué muy lejos. Las conversaciones eran aburridas, todos querían saber de qué trabajaba, que estaba haciendo, que les envié una foto de mi casita sin podar. La realidad es que no tenía muchas ganas de vivir situaciones así. Eso sí, fui a una cita, a una que me causó tanta gracia que me reí en la cara de la persona. Obviamente no me llamó y terminé sola tocando el timbre que pocos hombres pueden encontrar. Espero que entiendan esa referencia.

Y ahí estaba, a un mes de cumplir años y de morir virgen. Es decir, yo sabía que no iba a morir virgen a esa edad, pero el número realmente me pesaba. Les había mentido a mis amigas, a mis padres y a casi todo chico que había conocido, pero la realidad es que pocas pistolas con huevos había visto en mi vida. Una y no me había ocasionado absolutamente nada. Suspiré mientras me estiré en la silla de mi

escritorio y lancé una mirada rápida al jefe de redacción que estaba dando una charla en la sala con vidrios.

Pasaba mucho tiempo observando a mi jefe, me parecía realmente entretenido babear por un hombre que nunca iba a poder tener. Tenía un cabello castaño claro, que con el verano se ponía más claro y me dejaba babeando como una tonta al verlo al sol. Tenía ese corte nuevo que a los hombres les quedaba tan bien, hacia atrás con rodete y el cuerpo digno de un hombre que se ejercitaba. Lo podía notar en sus brazos al extenderse y señalar algo de la pizarra que nadie estaba viendo en la sala. Era el deseo sexual de toda escritora y encima estaba en una charla con todas ellas. Suspiré, vaya imposible.

No tenía mucho que hacer y por suerte mí supervisora no estaba molestándome como todas las tardes. Se había ido a vaya uno a saber qué. Hacia eso muy seguido, desaparecía y volvía muy contenta. La verdad es que la ignoraba, era lo mejor que podía hacer con semejante intensa.

Quedarme sola y aburrida me hizo volver a la noche anterior que tan borrosa estaba para mí. No quería recordarla, eso era cierto, pero estaba ahí molestando en mí cabeza con algo que se llama: Culpa. Había besado a mi mejor amigo de toda la vida, Matthew. Si le contara a mi madre aquello iba a matarme y a darme un largo discurso sobre lo mal que estaba besar a amigos.

Pero estaba borracha, eso lo recordaba perfectamente y estábamos hablando en nuestro bar favorito. Podía ver la mirada del bartender casi deseando que pasara algo, seguramente éramos otp su favorito. Sin embargo, nos encontrábamos uno de cada lado de la mesa alta (esas horribles que se usan ahora en los bares) con las manos entrelazadas y las caras pegadas. Hablábamos sobre sexo, por primera vez en nuestras vidas y nos reíamos en voz alta para que todos supieran cuan borrachos estábamos.

—Te tengo que contar un secreto, Matt —le susurré, aunque en realidad estaba gritando y me reía como un cerdo. Los ojos claros del chico se fijaron en los míos y a veces en mis labios, yo sabia que quería besarme, pero no me imaginaba que mi amigo fuera a hacer semejante locura—. Soy virgen.

—Bendita tu eres —bromeó haciéndome reír poco más y luego me puse sería, demostrando que aquello era verdad. Mi gran verdad—.

Pero... ¿no me dijiste que habías estado con ese idiota de tu ex? No... ¡no puedo creerlo! ¡Es un pecado que lo seas!

—¿Por qué? ¿Tan mal estoy?

—Nadie puede tener tu edad y serlo...es decir, ya estás grande. ¿Con quien lo harás? ¿Sabes la situación horrible que harías pasar al otro cuando se lo digas en pleno acto? —me preguntó bastante borracho como para decir esas cosas que me dieron algo de asco. Fruncí el ceño y él se dio cuenta de que estaba hablando borracho—. No, no quise ofenderte. Pero...vaya, tienes 25 años.

Lo que fue un secreto se volvió un peso que no podía sacarme de encima. Pensé en todas las personas que iban a reaccionar así, sobre todo hombres, a la hora de romper con mis cadenas. Lo mire con un puchero y él se río, negando con la cabeza al darse cuenta de que solo había una opción y yo la estaba buscando porque le estaba contando el secreto en su cara.

—Tengo una idea y creo que sabes cual es —comenzó y yo lo miré con una sonrisa divertida, cosa que estaba haciendo por el alcohol. No era tan atrevida, la realidad es que era bastante tímida. Mi cuerpo me daba mucha vergüenza y no quería que supiera que tampoco estaba depilada esa noche. Bueno, tal vez ninguna noche. Bueno, tal vez ninguna noche. Ni siquiera tenía ropa interior sensual, algunos calzones con agujeros y de niña. Tenía una bragas de one Direction, pero no había nada de sexy en eso—. Yo me ofrezco como voluntario,

Aplaudí sin motivo, como si estuviera haciendo un gran sacrificio cual Katniss en Los juegos del hambre y él sonrió como si así fuera. En ese estado de ebriedad, me parecía todo muy sexy.

—Pero tenemos que hacer un trato. Tienes que poner condiciones porque seria tu primera vez y no quiero quedar como un oso encima de ti sin consideración —soltó y en ese momento empecé a sentir que no era una buena idea si se estaba empezando a considerar un oso—. No es broma, hazlo. Dime lo que quieres, yo lo haré o lo conseguiré, sea un camisón lindo o una noche romántica con velas.

—Eres un tonto, no necesito esas cosas.

—Lo sé, pero me gustaría que hicieras una lista de todos modos. Un poco en broma, un poco hablando de verdad.

Y luego me llevó a mi casa dándome un beso en la puerta de mi casa con la promesa de algo que no sabía realmente que era. Me quedé en silencio viéndolo irse y me empecé a reír pensando en lo surreal que era todo. Mi mejor amigo, queriéndose acostar conmigo. Claramente estaba muy borracha.

Al día siguiente, al despertar, me di cuenta del caos que había cometido y al mismo tiempo comprendí que tal vez no era una mala idea. Me quitaría el problema de encima con alguien de confianza. ¿Qué mejor idea que esa?

Aprovechando mi momento de ocio frente al ordenador, comencé a escribir la bendita lista que había pedido Matt.

"*Estimado*

Esta usted frente a un contrato que deberá firmar con puño y letra asegurando total interés en la perdida de la virginidad de Elizabeth, mejor conocida como Lizzie. Para lograr el cometido, se le estará enviando una lista de cosas a seguir el día del acto cometido.

Usted se bañará con anticipación, en lo posible algunas horas antes, e ira al momento del encuentro con sus partes bien limpias y perfumadas. En lo posible también limpiarse los dientes.

Contará con protección para el encuentro que, debido a la ignorancia de la sacrificada, será bienvenido sin importar talle, sabor o cosa extraña. Es obligatorio este punto.

No se prenderá la luz de la habitación en ningún momento, solamente las luces tenues de la habitación. Esta totalmente prohibido la luz que pueda lograr la timidez por parte de la sacrificada.

No se quedará a dormir, está prohibido por todos los medios quedarse en la misma habitación cuando la luz aparezca. Usted debe marcharse y llevarse sus cosas.

Los apodos están prohibidos, usted participara de un coito en silencio cumpliendo su función de hombre.

No le dirá absolutamente a nadie nada de lo sucedido y aceptará porque lo ha prometido.

Por favor, responda a este mail con un "acepto" y luego se dará a conocer la fecha del encuentro.

Era una genia, era la chica más divertida de todas y nadie lo había notado hasta ese momento. Me reía en voz alta, con su risita de cerdo y sin corregir nada, escribí rápidamente las primeras letras del nombre de su amigo y lo envié.

Con rapidez comencé a pensar que iba a ponerme esa noche, definitivamente tendría que comprar ropa de guerra, como me gustaba decirle a la ropa interior sexy. Iba a tener que hacer una excepción y depilarme toda, como también darme una buena ducha o tomarme un baño con sales. No lo sabía, pero estaba emocionada por todo ese encuentro. No me interesaba mucho tener relaciones con mi amigo, sino finalmente hacerlo. Iba a poder ser la chica que siempre había querido.

Busqué con la mirada a mi jefe y no lo vi más en la sala de coaching, así que pensé que por tonta me había perdido su charla. Pero en cambio lo vi a lo lejos en su despacho, que también tenia ventanas enorme y podíamos ver todo lo que hacía: es decir, babear por él. Estaba mirando su computador con las cejas alzadas y cuando iba a ignorarlo, se giró para observarme fijamente. A mí, a nadie más que a mí.

—¿Está Marcus mirándote fijamente? ¿Qué has hecho ahora, Lizzie? —quiso saber la pesada de mi supervisora que aparecía a mi lado nuevamente como si fuera un nuevo día.

—Yo no he hecho nada —le expliqué con mal tono, ignorando sus ganas de molestarme y seguí intercambiando miradas hasta que mi jefe decidió volver al computador para teclear.

Te ha enviado un mail, yo no diría lo mismo —acotó la chusma además de pesada y me señalo la pantalla.

Por unos segundos no entendí nada. Marcus había respondido un email que yo jamás le había enviado, de hecho, no recordaba haberle enviado nada. Hasta que de repente llegó a mi mente el recuerdo de mí misma riéndose y creyéndose la diosa del sexo enviando el contrato a Matt. Obviamente mi mejor amigo no estaba en la lista de contactos del mail de mi trabajo y el único que empezaba con “ma” era Marcus.

Si, le había enviado una propuesta de sexo a mi jefe.

No solo una propuesta de sexo, sino un contrato ofreciéndole mi virginidad.

Tal vez era hora de planear mi funeral.



Capitulo 2

Cómo desmayarse frente a tu jefe y no morir en el intento

Espero que no hayas roto tu promesa y que aun sigas respetando lo tonta que puede llegar a ser una persona. Quiero explicarme antes que todo se vuelva peor. ¡Me confundí! Me equivoqué, envié mal el mail y no pude salvar todo con una broma como solía hacer antes.

Mis piernas temblaban y tenia ganas de vomitar en ese momento, horrorizada por lo que podía pasar con mi vida, mi trabajo y mi gato. Mis ojos se pusieron húmedos mientras observaba fijamente a mi jefe que con mucha lentitud frunció el ceño y se quedó mirándome.

—Voy a vomitar —dije en voz alta y me puse de pie rápidamente sin medir mi cuerpo, como de costumbre. El escritorio tembló al instante y empezaron a caerse mis chucherías al suelo. La bola de nieve de Nueva York cayó al suelo haciéndose añicos y dejando la nieve falta y el agua a mis pies. Me iba a morir ahí. Morir bien muerta.

—Tienes que limpiar eso, Elizabeth, vomitar puede esperar —soltó mi supervisora y la miré horrorizada, sintiendo que me estaba dando un hachazo en los ovarios. O, mejor dicho, soñando con dárselo yo a ella.

Nadie decidió ayudarme, ya que todos estaban en su mundo y no tenían tiempo para limpiar el caos que había hecho la nueva. Si, me olvidé de contar que llevaba muy poco tiempo en esa empresa y la mayoría del tiempo me estaban gritando, regañando o simplemente ignorando. Amaba el trabajo y por eso seguía, pero me costaba ser amiga de esas personas.

Me puse de rodillas para tratar de limpiar el caos, junté los pedacitos de vidrio que había destruido y tomé la bola de nieve (que ya no tenia más nieve) con algo de angustia. Siempre me había gustado mucho y me ponía realmente triste haberla arruinado. Tenia mil más en mi

casa de diferentes países a los que nunca había viajado, pero de todos modos esa era importante para mí.

—No deberías hacer eso, luego te lastimas y no puedes escribir.

La voz de mi jefe me dejó petrificada por completo, volviendo a temblar como una niñita asustada en su primer día de clases. Levanté la mirada lentamente y lo primero que vi fue su bulto. Es decir, no lo tenia encima mío, sino que estaba de pie y en vez de mirarlo a los ojos fui directamente al bulto en sus pantalones apretados. Estaba buscando que me echen, no había otra explicación.

—¿Problemas con la vista, señorita Elizabeth? —me preguntó y yo finalmente lo miré a los ojos totalmente roja al comprender que se había dado cuenta de mi atrevimiento.

A veces me preguntó como no me echó en ese momento, tendría que haberlo hecho. Una joven empleada con meses de antigüedad le había propuesto sexo virginal y furioso contra un escritorio y después le miraba el bulto casi para sacarle una foto mental. Era una depravada, me iba a ir a la cárcel y después al infierno como decían los religiosos.

—No, no...yo...estoy bien, es decir. Nunca he estado mejor, aunque tengo ganas de vomitar. ¿Me puedo ir a mi casa? —quise saber y me puse de pie rápidamente, dando un salto que si me mareó. Mis rodillas estaban mojadas y se podía ver la mancha de agua en mis medias derramándose por mis piernas.

—Me parece que usted y yo tenemos que hablar sobre el mail que me ha enviado.

Ay. Ay. Ay.

—Yo no he enviado ningún mail —decidí responder, porque me negaba a hacerme cargo, como todo en mi vida. Estaba asustada por perder mi puesto, el cual amaba con toda mi vida. Lo miré tratando de que mis ojitos le dieran cariño, pero solo me observó el cabello rojo despeinado como si me estuviera juzgando con la mirada. Y, lentamente, hizo lo que yo más odiaba de él.

Frunció el ceño.

En el trabajo le decíamos, no muy cariñosamente, el ceñudo. Marcus pasaba el día con el ceño fruncido demostrando que poco le gustaba

el trabajo que tenía y eso que era el sueño de muchos, por lo menos el mío. No podía perderlo por un error.

—En mi oficina. Ahora.

Todos se giraron para observarme y yo me comencé a preguntar si todas mis pertenencias cabían en una sola caja. Así no tenia que ir y venir dos veces y humillarme aun más. Caminé por el pasillo lleno de escritorios de muros bajos, notando como todos levantaban la cabeza como suripantas y dirigían sus feos ojos a mí. A la tonta pelirroja entrando a la sala del jefe con las rodillas empapadas y el cabello hecho un lio.

Me pregunté cómo podía evitar eso, como podía impedir que él me echara. A veces cometía errores grandes y fingía que estaba enferma, así no tenia que ir a trabajar. Cuando volvía todos se habían olvidado de lo malo que había hecho. Pero para eso necesitaba demostrar algún tipo de síntoma y en ese momento se me ocurrió la mejor idea. Iba a desmayarme.

Fue un movimiento rápido, no sabia como hacerlo y sin embargo estaba decidida a dar lo mejor de las actualizaciones. Flexioné mis rodillas y me dejé caer al suelo de la oficina de Marcus. ¿Se acuerdan que les comenté que estaba espejada? Bueno, sabia que en ese momento todos mis compañeros me habían visto caer y seguramente estaban viendo mis calzones de gatitos. No me importaba, había dado una actuación fenomenal. Sí, me había golpeado un poco, bueno tal vez mucho y seguramente al día siguiente iba a tener un moretón, pero se notaba que me había desmayado e iba a morir.

—Vaya —dijo mi jefe sentándose en su escritorio y sin moverse para ayudarme a ponerme de pie. ¡Cualquiera estaría gritando! Acababa de caerme en medio de su sala y no estaba haciendo nada. Era un desalmado. No merecía nada de lo que estaba haciendo por él y quería irme a mi casa a llorar—. No sabía que también era actriz. Levántese, señorita Elizabeth.

Me imaginé en esa situación y al día de hoy me sigo riendo. Con el culo para arriba, mejilla en el suelo y haciendo un papelón que seguramente todos iban a recordar en ese momento. Me puse de pie de manera vergonzosa, acomodándome los rebeldes rizos rojos y me senté en la silla frente a su escritorio. Ay, me iba a echar. Iba a poner

en mi carta de recomendación (si es que hacia alguna), “buena trabajadora, de vez en cuando vendía su virginidad al mejor postor”

Lo peor es que recordaba una y otra vez lo que le había puesto. ¡Había enviado a bañarse sus partes a mi jefe! Había tratado a su gran lombriz como sucia. Si, digo grande porque le bulto que tuve frente a mis ojos parecía muy bien dotado. No es que sepa del tema, pero de vez en cuando una película no mataba a nadie.

—Lo que ha pasado hace unos minutos estuvo muy mal...

—¿Caerme de cara al piso? Sí, lo siento, me sentí algo mareada y decidí ver si el suelo estaba limpio. Puedo asegurarle que así es.

Marcus me miró unos minutos, sin poder entender que estaba haciendo en ese momento. Seguramente pensaba que estaba loca, pero les voy a confesar algo que no saben. Cuando estoy muy nerviosa me comporto como una tonta, pierdo el control de mis palabras y me pongo estúpida. Me vuelvo una borracha simpática, de esas que besan a cualquiera en las fiestas. En ese momento, era la tonta que estaba por perder su trabajo.

—Me envió un mail —comenzó y yo hice algo terrible. Sí, por favor. No me odien. Ni se rían. ¡Lo prometieron! Me tapé los oídos y empecé a gritar que no lo escuchaba. Sí. Real.

—Lalala, no lo escucho.

Marcus tenia los ojos como platos, impresionado por la estúpida que tenia frente a él, o eso leí en su mirada. Dejé de hacer aquello cuando me di cuenta de que iba a perder mi trabajo. Todo por vender mi virginidad al mejor postor y yo que creía que las historias de Wattpad tenían razón. ¿No era el momento en donde me tiraba sobre el escritorio y teníamos sexo en posiciones cuestionables? ¿No era ese el momento en donde mis compañeros dejaban de existir por que el escritor se había olvidado que estaban? ¿No era ese el momento en el que él decía que siempre me había amado?

No, no lo era.

—Por favor no me eche —me apresuré a decir, desesperada—. No...no quise enviarle ese mail. No es que no quiera tener sexo con usted, que de hecho lo quiere toda la empresa. Pero...

—¿Qué tenía que hacer hoy, señorita Elizabeth? —me interrumpió al comprender que yo me estaba ahogando en un vaso de agua. Levantó su mano para detener mis palabras y yo en vez de prestarle atención me puse a babear por sus músculos. ¿Ustedes entienden lo mal que estaba de la cabeza? Me regañaba y yo pensaba en su miembro viril o en sus músculos. Es que si tenia esos músculos, seguramente el señorcito oculto era todo un museo—. Elizabeth, me está mirando la entrepierna otra vez.

¿Por qué, Dios? ¿Por qué le das a los mejores soldados las peores batallas?

—Tengo que...tengo que escribir un informe sobre nuestras ventas y...leer un manuscrito —balbuceé nerviosa, cerrando los ojos porque lo único que podía ver era su entrepierna. Mi cabeza iba directo ahí, no pensaba, simplemente iba directo a un pito.

—Le voy a pedir que lo retome mañana, hoy puede ir a su casa.



Me habían suspendido, lo que hizo Marcus fue no lanzarme el muerto directamente a los hombres. Había sido siempre formal y yo me fui a mi casa sin decirle una palabra a nadie. Mi supervisora me persiguió, queriendo saber qué estaba haciendo al tomar mis cosas e irme. Cuando miré hacia atrás, vi a mi jefe con las manos en los bolsillos de ese pantalón que tan bello culo le hacía y mirándome desde la puerta.

Lloré como una idiota mientras iba hacia mi casa, llegando desesperada por abrazar a mi gato y mirar algún dorama que me recordara que tonta era mi vida. Hasta pensé en llamar a mi madre o a mi hermana, pero decidí finalmente quedarme en la cama pensando en mi jefe.

Me recordó que él me había enviado un mail con la respuesta a mi desastre y cuando la leí volví a llorar. Solamente era un "En mi oficina" y si bien podía ser una interesante invitación a su escritorio sabía que en realidad me iba a echar tarde o temprano. Me imaginé a mi supervisora hablando de lo tonta que era y cómo tenían que

suspenderme. Hasta ese día, él jamás me había dirigido la mirada y cuando lo hacía era para regañarme por mirar su entrepierna dos veces. Por más que le dijera "Hola, creo que tienes un buen paquete ahí abajo" nada iba a salvarme de la situación. Había estado mal y lo sabía.

Iba a apagar mi teléfono, cuando recordé que la condena social no terminaba. Sarah me hablaba por chat recordando que teníamos una salida con todos los compañeros y quise morirme. Pero no podía faltar. Nadie faltaba a esos encuentros, era como algo sagrado y supuestamente si no ibas hablaban mal de ti por horas. No podía darme el lujo de recibir más atención de la que ya tenía.

Así que decidí ir y tal vez esa fue una de las pocas cosas buenas que hice en mi vida.

Llegué al lugar, un bar montado en una casa antigua, pero con esas luces tenue que me dejaban más ciega que leer a la madrugada. Caminé buscando a mis compañeros, pero no encontré a nadie que conociera, sino más bien mujeres. Mujeres por todos lados. Mujeres hablando, mujeres besándose, mujeres toqueteándose. Ay, ¿qué hacía en un bar gay?

Mis compañeros me odiaban, de eso no había dudas. Seguramente estaban en otro bar riéndose de mí mientras yo mostraba mis muslos a todas las mujeres presentes. Oigan, lo pensé dos veces en ese momento. Tal vez lo mío eran las mujeres, a fin de cuentas, estaban todas observando mientras yo avanzaba agarrando la cadena de mi cartera y pensando en coños.

Pero cuando iba a pasarme de lado, escuché su voz llamándome. No solo escuché mi nombre, sino que también sentí su mano en mi codo y pegué un pequeño saltito al darme cuenta que me estaba toqueteando mi jefe. Ahí no era en donde tenía que soñar, más abajo por favor y gracias.

—¿Elizabeth? —me volvió a llamar, sin embargo, esta vez había duda en su voz, como si no entendiera qué rayos le pasaba a su empleada. Me giré para observarlo y quise besarlo ahí mismo. Llevaba el cabello castaño, más rubio que de costumbre porque se lo había soltado y algunos rizos mal formados caían sobre su frente. La luz tenue lo envolvió, el sonido de la música me hizo creer que éramos parte de una película y que él estaba tallado a mano—. Eres la chica más rara

que he conocido en mi vida. Me estás mirando como si quisieras comerme.

—¿No te miran así todas? —quise saber con la lengua larga y me la mordí por atrevida. Ay, Lizzie, ¿por qué eres así? Me lo tenía que preguntar al espejo como el perro ese del meme—. Es decir...

—No, no todas. Pero algunas lo hacen mejor que otras —me dijo y me hice pis. Bueno, no literal, pero sentí mis rodillas temblar un poco mientras me dedicaba una mirada de esas que sacan la respiración. Parecía que me miraba el alma con esos ojos claros y yo quería cabalgar en su cuerpo hasta que el sol nos alumbrara—. Te ves acalorada.

—Hace mucho calor.

—Estamos en invierno, Elizabeth —me recordó con ese tono serio que siempre tenía y me reí nerviosamente, sin saber que estaba sucediendo todavía. Todas las lesbianas nos miraban y por un momento me sentí algo intimidada por las mujeres con las que pensaba coquetear hasta que recordé que me gustaba más la baguette que la rosquilla—. No sé en dónde están los demás. ¿Tu? ¿Por qué eres la única aquí?

Porque es una trampa y quiero comerte vivo.

—No, no tengo idea —le respondí, me pareció lo mejor. Saqué mi teléfono y noté como Marcus observaba mi teléfono con el ceño fruncido al ver miles de stickers en la funda. ¿Había un momento que no hacía eso? Miré los chats del grupo del trabajo y descubrí que habían decidido cambiar el bar cuando llegaron todos temprano y se dieron cuenta que tal vez no era un bar de amigos sino de ligue—. Fueron a un bar al sur. No conozco la dirección.

—Queda lejos de aquí, todos tenían auto seguramente —me comentó al reconocer la dirección que yo le mostraba en el teléfono. Lo vi levantar una ceja cuando vio mi fondo de pantalla de Sailor Moon y yo le escondí el teléfono con expresión de niña, un pequeño momento infantil que tuvimos que me hizo delirar por minutos—. Qué pena, realmente necesitaba una cerveza hoy. No ha sido un día fácil...

—Entiendo, no todos los días la empleada a la que nunca has mirado más de dos minutos te dice que quiere darte su virginidad.

Está prohibido reírse. Se los prohíbo.

Pero en cambio, Marcus me miró y se rio sorprendiéndome por completo. No esperaba eso, sino más bien un regaño de su parte. O simplemente que frunciera el ceño y se fuera lejos.

—Eres la persona más rara que he contratado, Elizabeth. Repito.

—Y eso que no has conocido todo.

Volvió a reírse y me di cuenta que no podía parar. Lo que me hacía ver pitos, me volvía loca y no paraba de coquetear. ¡Yo! La chica que no podía verse al espejo porque le daba vergüenza. La que miraba porno a volumen bajo en su propia casa temiendo que su gato se lo contara a otros.

Marcus me miraba con esa sonrisa deslumbrante y yo me derretía. Pensaba en cómo se iban a llamar nuestros hijos y las fotos de su cuerpo en todo mi teléfono.

¿Esa sonrisa me decía que podíamos empezar a enviarnos nudes? ¿Cómo funcionaba eso?

Sin embargo, volví a la tierra cuando me miró con esa sonrisa encantadora y señaló la barra con un movimiento de su barbilla. Yo miré al lugar buscando algo, sin embargo, había dos lugares vacíos.

—¿Quieres tomar una cerveza conmigo? Ya que estamos aquí —me propuso y casi me hago pis. Lo miré sorprendida, pestañeando varias veces porque me había puesto pestañas postizas y sabía que bien lucían al hacer eso. O tal vez parecía una lechuza tonta—. Vamos, no me mires así, Elizabeth, hoy me enviaste un mail entregándome tu virginidad, solo será una cerveza sin ánimos de decir acepto.







Capítulo 3

Cómo hacer que tu jefe escuche One Direction y no morir en el intento

—¿Aquí? —pregunté mirando a las chicas a nuestro lado que nos miraban un poco con recelo. No las culpo, estábamos en su territorio, en su lugar seguro. Marcus me miró unos minutos sin comprender que estaba mal de todo eso y no supe cómo expresarle mi incomodidad—. Bueno, pero una cerveza, me pongo loca muy rápido.

Noté en su mirada algo especial, como un brillo que me hizo mirarlo como una tonta. Es decir, más de lo que ya estaba por él, pero incomprensible. Como si él fuera magia, como si sus ojos brillaran de un modo que hacía temblar todo mi cuerpo. Tragué saliva y me senté mientras trataba de meter mi culo en esas sillas altas de bar que estaban de moda. Me quedé en silencio pensando que me estaba metiendo en tierras inexploradas, que me asustaban y no quería hundirme en ellas.

—Trataré de no emborracharte.

Media hora después y dos cervezas ya estaba chillando como un cerdo cuando se revuelca en el lodo de felicidad y Marcus se reía conmigo. El hombre malhumorado, que siempre odiaba a todos con la mirada, me mostraba el sonido de su risa y las pequeñas arruguitas que se le hacían cuando se reía. Estaba como loca, feliz, contenta y todos los sinónimos que podía explicar.

—¡No sabía que Laura me odiaba! —exclamó sorprendido mientras él también tomaba un largo trago de cerveza. Yo movía los hombros de un lado al otro bailando con una canción de Pink que me gustaba mucho y él a veces chasqueaba los dedos para motivarme. ¿Cómo habíamos llegado a eso? Ni yo lo sabía. Bendita sea el alcohol.

—Sí, tiene un muñeco vudú tuyo. Cada vez que la envías a corregir el manuscrito por décima vez me muestra como lo acuchilla —exageré y seguí riéndome, porque claramente me resultaba algo demasiado gracioso.

—Estás bromeando...

—Un poco sí.

Él volvió a reírse y negó con la cabeza, sabiendo que yo era un caso imposible. En un acto que no me esperaba para nada, dejó caer su mano en mi rodilla y me congelé. Por un momento parecía que me hubiera hecho algo malo, porque me quedé petrificada al sentir el calor de su mano sobre mi piel. Bueno, técnicamente no era mi piel, tenía una media gruesa negra, pero cuando se estaba tan caliente como yo era tocarme con ganas.

Marcus pareció dudar cuando me comporté como una puberta y quitó la mano como si mi piel ardiera. Y bueno, casi que sí.

—Lo siento, no quería incomodarte.

Me quedé en silencio sin saber que decir, un poco incómoda. Ok, estaba siendo una dramática, pero me pasaban mil cosas por la cabeza. ¿Y si él era simpático conmigo porque quería acostarse conmigo? Es decir, lo entendía, yo le había ofrecido sexo gratis sin compromisos más que bañarse sus partes íntimas. Pero me agarró timidez. Yo, si, Lizzie, timidez. Eso me pasaba en momentos extraños de mi vida y tal vez tenía que hablarlo con un psicólogo, pero de la nada sentía tanta timidez que me encerraba en mi mundo y no quería salir.

Marcus volvió a mirarme ya con preocupación al darse cuenta que yo no hablaba y lo noté preocupado. Claro, podría denunciarlo por ser toqueteada por mi jefe. Como si quisiera, si fuera por mi subía su mano en mi culo a Instagram con muchos emojis. Pero no iba a pasar eso.

—¿Estás bien, Elizabeth? Perdón, no sabía que... no estabas interesada. Creí que sí y que... no lo sé —me empezó a decir confuso y vi cómo se rascaba la nuca de manera exagerada cuando estaba nervioso. Nunca había notado eso, pero me gustaba—. Mierda, Elizabeth, no entiendo nada.

—¿Nada sobre qué? —quise saber tratando de recomponerme y tomé todo el contenido de mi cerveza—. Lo siento yo... no pensé que... te interesaba.

Marcus alzó las cejas como si hubiera sido una palabra enorme y no supiera que decir. Obvio, estaba diciendo que le interesaba una empleada. Seguramente en su cerebro aquello era bastante para asumir.

—¿Por qué me enviaste ese mail? ¿Era para mí?

—No, lo siento —le expliqué finalmente y vi sorpresa nuevamente en su rostro, expresión que hacía seguido. Sus pobladas cejas subían demasiado ante cara expresión de asombro y era un poco mi culpa—. Era para mi amigo Matthew y me confundí de cuenta de mail. Jamás quise ser irrespetuosa, pero estaba aburrida en el trabajo y.... bueno, en realidad no estaba aburrida, estaba trabajando como siempre. Pero lo que quiero decir es que le envié ese contrato porque estoy desesperada por perder mi virginidad.

Y mi dignidad claramente.

No podía dejar de hablar, me sentía intimidada y arrinconada. La cosa se había puesto seria y a mí no me gustaban los momentos así. Estaba atrapada entre el sexy de mi jefe y la verdad de un contrato que no era para él. No quería hacer eso. Quería olerle la camisa, sí, tener sus manos en mi cuerpo y besar esa boca que casi gritaba *'lizzie bésame'*. De hecho, me acerqué un poco, como hipnotizada y Marcus siguió sin moverse.

—Pero... ¿tienes una relación con tu amigo?

—Somos amigos, nada más. Yo le conté borracha, como estoy ahora, que quería perder mi virginidad con alguien y él se propuso. ¿Por qué preguntas? ¿Qué importa una relación en todo esto? —quise saber. Una parte de mi cabeza decía que tenía que detenerme, dejar de hablar y correr, pero otra parte me decía que me quede.

—Elizabeth, el sexo es algo importante. Sobre todo, la primera vez, no puede ser porque quieres quitártelo de encima con el primer tipo que acepta. Tienes que... tener una conexión.

Ay, me estaba mirando *como* muy profundo. Podía ver sus ojos ponerse oscuros y en modo Christian Grey. Pero nada pasó, simplemente se me quedó mirando como si esperara que dijera algo. ¿Quién en su sano juicio le habla sobre sexo con una relación amorosa cuando estaba borracha y casi entregada? (El casi era

mucho). Solo Marcus, con esa carita de 'no entiendo qué carajo eres' y me cansé.

Me di cuenta que ahí no iba a conseguir nada, fácil. Sí, estaba loca y muy borracha. Lo siguiente, fue el caos. ¿Me persigue el caos o yo lo hago? Ambas, creo.

Me quise bajar del maldito taburete cuando mi peso no soportó la locura que estaba haciendo y caí al suelo. De culo, frente a miles de personas que se quedaron observando y algunas se rieron. Marcus quiso ayudarme a levantarme y yo me negué, caprichosa y testaruda. Me puse de pie de manera costosa, con la dignidad perdida y una nalga roja, para salir del bar.

Estaba dolida (por la caída), enojada (por haber creído que podría tener algo con mi jefe), decepcionada (por todo en general) y un poquito excitada (porque, vamos, ese cuerpo estuvo a mi lado y no pude contenerme a mirar de más). Cuando salí al exterior, el frío me atacó y me di cuenta que estaba vestida de verano en una noche helada. Bien. ¿Qué más quería el destino de mí? ¿Qué más iba a hacerme?

—¡Elizabeth!

Me di vuelta exagerada, moviendo mis cabellos al viento mientras me abrazaba los brazos y observaba a Marcus saliendo del bar.

—¿Qué? ¿Qué quieres ahora? ¿Humillarme más? Mañana tendremos que vernos las caras, Marcus. Y me recordarás como la chica de la que te burlaste —dije indignada, dolida y sintiéndome una niña tonta. Marcus abrió la boca para hablar, pero me negué a callarme—. Te burlaste de mi relación con un amigo, de quien elijo para tener sexo y si estás aquí es porque a fin de cuentas quieres hacer lo mismo.

—Elizabeth...

Me di cuenta que estaba hablando de más y que Marcus estaba usando su tono ofendido, como también su ceño fruncido. Me quedé en silencio como un perrito mojado, sintiendo que había hecho todo mal. ¿Se dan cuenta lo idiota que había sido? ¡Había perdido la oportunidad de mi vida porque me daba vergüenza que me tocaran! Ya lo sé, ya lo sé, yo misma quería que el jefecito me metiera mano. Pero me bloqueé cuando me di cuenta que realmente estaba interesado. Vaya tarada. Quería ir a mi casa y llorar con mi gato.

—No pagaste la cuenta.

Encima de *mamona* era la cenicienta del dinero. Marcus se rio luego de aquello, mostrándome el ticket y su risa me contagió y empecé a reírme junto a él sin poder evitarlo. Que idiota era, pensé que iba a decirme que era el amor de su vida y que quería hacerlo en el callejón.

—Es que se hacen las doce —bromeé un poco volviendo al tono de coqueteo, ese que a Marcus le hacía brillar los ojitos y me daba ganas de saltarle cual gato. Me repetí que las cosas con él no eran rápidas y que tenía que esperar a ver sus movimientos. Sí, claro, eso pensé mientras me acercaba a su cuerpo buscando calor—. Hace frío.

—¿Y por eso estás a punto de frotarte contra mí?

Volví a reírme al darme cuenta que estaba a punto de hacer eso. La señorita necesitada, eso era. Marcus se río una vez más y se quitó la chaqueta para dejarla sobre mis hombros, como buen caballero que era.

—Por más que vayas a convertirte en doncella, no puedo dejarte ir así de borracha. Te invito a tomar agua y un café en mi departamento, está a dos cuadras.

—Creo que te he dicho que el tema del contrato lo he enviado por error.

—Lo sé, pero me ha llegado a fin de cuentas y tal vez haya decidido responder.

Me quedé en silencio mientras él comenzaba a caminar hacia una dirección que no conocía y la vibración de mi teléfono celular me distrajo porque sabía que se trataba de un mail. Era de Marcus y sonreí de lado al abrirlo para descubrir que me había respondido. El contenido del mail solo decía "***acepto***".



Estaba nerviosa, mi pie golpeaba el suelo con fuerza mientras entraba al departamento de mi jefe. De Marcus, el hombre por el que babeaba todo mi horario laboral y con el que solía soñar húmedo

cuando me miraba un par de veces más de lo deseado. Deliraba en sueños, como si tuviera fiebre y al día siguiente no podía estar en una reunión al recordar lo que habíamos hecho en esa mesa llena de papeles. En ese momento, todo se volvía real y estaba muy nerviosa. Sin contar que parecía que íbamos a hacer algo que yo no sabía si estaba preparada. ¡No! Lo estaba, tenía que dejar de pensar en eso y empezar a creer que era una bomba sexual. Nada más lejano.

El lugar parecía demasiado frío, sin vida, sin animales y sin imágenes o cuadros de familiares. Lo miré confusa mientras caminaba y veía como él prendía la calefacción, sin embargo, no encendía las luces por completo, sino que las dejaba bajas, casi tenues. ¿Estaba pensando en lo que decía el contrato?

Me temblaba el cuerpo, pero caminé por la casa descalza, pisando su alfombra impecable y observando cada lugar. Ese era el típico lugar de una persona que no la usaba para vivir, sino para dormir y nada más. Me preguntó si quería tomar agua y le respondí que sí mientras seguía buscando algún tipo de información de Marcus. ¿Qué le gustaba hacer cuando estaba aburrido? ¿Qué libros leía? Nada.

Se acercó a mí y tocó con sus dedos la piel de mi brazo, descubierta por completo. Di un pequeño saltito y se rio junto a mí mientras tomaba el vaso que me traía con un contenido transparente.

Me di cuenta que me iba a besar. Ay, ay, ay. Se acercó a mí con determinación, con los ojos tan oscuros que me dejaron las bragas húmedas en segundos. Les juro que me temblaba el cuerpo del miedo y de la emoción. Él lo notó, seguramente porque lo estaba mirando con carita de virgen muerta de miedo. Cuando dio un paso más, levanté el vaso y tomé el agua que me había dado, nerviosa me ahogué y empecé a escupir.

Muy sexy todo.

—Ahora es el momento en el que lames lo que se derramó —bromeé mientras tosía y reía al mismo tiempo, muriendo de vergüenza porque seguramente era lo menos sexy que había visto en su vida. Sin embargo, su mirada me decía lo mismo y no había agua que detuviera ese incendio.

Su boca fue hacia mi barbilla, en donde estaba la gota que había caído de mis labios al derramar todo y me di cuenta que iba a hacer

lo que yo le pedí. Ay. Dejó un beso suave, casi quitando el agua y siguió su camino de besos hasta llegar a mi boca. Sus ojos me buscaron, como si me estuvieran pidiendo permiso para besarme, como si fuéramos niños y cerré mis ojos porque no podía soportar al semejante papito que me estaba pidiendo un beso.

Al principio su beso fue suave, como si estuviera tentándome con solo rozarme los labios con los suyos. Yo sentía que se me caía el vaso de agua, que mis piernas se derretían y las medias caían solitas por arte de magia. Fue uno de esos besos suaves que daba en la secundaria, cuando no me animaba a más (siempre tan virgen yo) y duró unos segundos largos que me dejaron más loca de lo que ya estaba. Se alejó cuando hizo eso y me miró como si estuviera pidiendo permiso de vuelta.

¿Permiso de qué? Yo estaba bastante entregada. Pero si quería pedirme permiso para sacarme las bragas, solita yo lo hacía. O se caían solas.

Sin embargo, me sacó de las manos el vaso y lo dejó en la repisa a nuestro lado. Su mano tomó la mía y caminamos hasta el sillón gris y eternamente largo que tenía su salón. Cuando nos sentamos, me reí nerviosa y no supe qué hacer, era tan virgen que dolía. Es decir, había besado algunas veces, pero había pasado tanto tiempo que sentía que no sabía qué hacer. Además, él se manejaba tan bien que sentía que estaba frente a un experto y en unos minutos iba a dejarle unas 5 estrellas por su buen servicio. Y una reseña que dijera "seguiré usando sus servicios".

Esta vez su mano fue hasta mi mejilla, en donde me quitó algunos mechones pelirrojos rebeldes y los colocó detrás de mí oreja. Ay. Me derretía, pero sinceramente no quería ternura. Quería sexo duro contra la pared, no sexo virginal en el sillón. Así que yo, Lizzie, hice una locura. Me acuerdo y me avergüenzo.

Me quité el vestido. Así como me ven, esta señorita se quitó el vestido negro frente a mi jefe. Me quedé frente a él en medias negras, ropa interior y un mar de rizos rojos. Llevé mis manos a su camisa y lo vi reírse, porque sabía que estaba haciendo todo demasiado rápido. Tal vez porque quería que eso fuera rápido, que se acabara y me quitara el problema de encima. Como había prometido con Matthew.

—Deja de querer ir tan rápido, Lizzie.

—Deja de querer ir tan lento, Marcus.

Iba a besarlo, pero esta vez él fue más rápido. Y me besó como había fantaseado toda mi vida. Bueno, no toda mi vida que exagerada, pero si en mis mejores sueños. Su boca fue directa a la mía, buscando poder, buscando territorio que no conocía y quería dominar. Yo seguí aquella guerra no anunciada, queriendo estar a su nivel, queriendo causar lo mismo que a mí me causaba. Me dio un pequeño empujoncito para hacerme caer sobre el sofá y me reí al instante por esa tontería, pero dejando que él quedara sobre mí y buscara mi boca una vez más.

Pensé que íbamos a estar ahí un tiempo, como había hecho con otras parejas en donde no había llegado a nada. Sin embargo, parecía que Marcus conocía otras cosas para hacer en vez de besarnos por horas, y me di cuenta cuando sentí que su boca bajaba por mi cuello. Solté un pequeño quejido cuando me besó la piel sensible del juego, algo sorprendida por haber hecho aquello, pero sin quejarme. ¿Ya tenía que ponerme a gemir? ¿Eso se hacía de verdad o era todo falso?

Su boca siguió su camino al descenso con experiencia, casi siempre esperando algún tipo de estímulo de mi parte y haciendo todo con una dedicación asesina, por un momento quise pegarle y que ya pasáramos a la acción. Cuando me di cuenta que estaba por hacer. Y me anulé.

Ahora. ¿Recuerdan cuando les dije que no se rieran? Espero que esa promesa siga presente, porque lo que voy a contarles es terrible. Uno de los momentos más vergonzosos de mi vida. Al día de hoy lo recuerdo con mucho odio y no quiero que me vuelva a pasar nunca más.

—¿Me está mirando Harry Styles en tus bragas?

F U C K.

Fue como un golpe de lleno en la casa, alguien me había lanzado agua fría y caía sobre mí, aunque nada era real. Solamente Marcus mirando mis bragas más horribles y de one Direction. Me había olvidado por completo que las había usado esa tarde porque quería que se me ocultara la panza.

El tipo con el que estaba por perder mi virginidad estaba viendo mis bragas de Harry Styles. ¿Cómo me había olvidado de ese pequeño detalle? En un momento recordé estar depilada... ¿CÓMO PUEDE SER QUE OLVIDE ALGO ASÍ?

—Maldición... —susurré y me incorporé, viendo todo con el doble de luz. No, no era mi mente, la luz ya no era tenue y ahora me podía ver semidesnuda en el sillón de mi jefe.

—Mierda, estas luces andan mal. Cuando hay vibración de los autos de afuera se prenden nuevamente —me explicó mientras que se ponía de pie rápidamente y me dio vergüenza que me viera así. Me latía el corazón enloquecido y me di cuenta de que eso era un delirio, que todo estaba mal y que tenía que salir de ese lugar.

Me senté y me puse el vestido al revés, sin importarme mucho que estuviera así y me levanté mientras tomaba mi bolso de manera muy torpe. Marcus volvió a poner las luces tenues y volvió a mí con sorpresa al darse cuenta que claramente no iba a quedarme.

—¿Qué sucede? ¿qué pasó? ¿quieres ir al baño?

—No... Sí, es decir no al tuyo —empecé a balbucear. Quería ir al mío y ahogarme en mi propio vómito. Bueno, tal vez no algo tan asqueroso—. Yo... yo acabo de recordar que dejé a mi perro en la terraza.

No tengo perro.

Muchos menos terraza.

—¿No puedes llamar a nadie que pasé por ti? —me preguntó y me sentí peor, porque lo único que quería hacer era escapar. Escapar de su cuerpo perfecto, de mis miedos y mis vergüenzas—. ¿Dije algo malo? Háblame, Lizzie.

Mi apodo en sus labios casi me hace caer nuevamente en su trampa y perderme por completo en él. Pero no, no podía quedarme ahí. No era lo suficientemente perfecta, ni delgada, ni linda para un tipo como él. Estaba mejor sola con mis gatos.

—También dejé el horno prendido.

—La casa debería estar en llamas si fuera así, Elizabeth —me dijo con tono algo enojado, comprendiendo que estaba mintiendo y diciendo tonterías.

—Entonces debo apurarme. Buenas noches, nos vemos mañana.

Aquellas palabras fueron crudas para nosotros y ambos nos dimos cuenta que mañana íbamos a vernos. Que todo volvería a la normalidad y ninguno de los dos tendría que haber hecho todo eso. Ni besarnos, ni toquetearnos, ni reírnos. Marcus no dijo nada, sino que abrió la puerta de su departamento y salí casi volando. ¿Mi dignidad? Seguramente la zorra se quedó en ese sillón.

Había una regla muy firme en la oficina y es que los viernes la música estaba permitida. Había un altavoz colocado entre los escritorios y poníamos música para que el día fuera rápido. Esa mañana cuando llegué no pude poner música porque ya lo había hecho alguien, el dispositivo no me dejaba cambiar de usuario y me rendí.

Estaba en negación y no quería pensar. No quería hacer nada más que enviarle un mensaje a Matthew y pedirle que cumpliera mi contrato. Comencé a escribirle y le expliqué todo lo que había pasado. Le dije que teníamos que encontrarnos en el bar de siempre, que necesitaba que habláramos sobre la lista de cosas que quería para nuestra noche.

—¿Quien puso One Direction? —quiso saber mi supervisora cuando finalmente llegó esa mañana.

Al instante que dijo eso alejé la vista del ordenador y observé el parlante en el que sonaba "What Makes You Beautiful" a todo volumen. Me temblaron las piernas una vez más y miré al despacho de Marcus con miedo de lo que iba a ver. Lo vi con el control remoto del parlante y subiendo el volumen cuando normalmente él usaba ese control para bajarle. Me quedé muda, sin poder decir nada y mientras lo veía dedicarme su mejor sonrisa, hice lo mismo y me puse a trabajar. Tal vez tenía que decirle a Marcus que ya tenía otro candidato con más experiencia en el puesto.







Capítulo 4

Cómo poner celoso a tu jefe y no morir en el intento

Lo que voy a contarles ahora, no es lo más sensato que he hecho en mi vida, no lo niego. Pero espero que puedan entender mis conflictos en ese momento. Nunca había tenido nada sexual con nadie, esa experiencia anterior con Marcus había sido la más cercana a algo en mi vida. Y eso que no había sucedido nada, simplemente me hice la loca y me saqué el vestido porque me creía sexy. O, mejor dicho, Marcus me hizo sentir sexy. No lo sé. Hay una gran lista de posibilidades de que no estuviera en mis cabales.

La experiencia de Marcus, demostrada anteriormente, me abrumaba. Tenía miedo que esa noche todo fuera a suceder mal, que yo dijera tonterías o directamente colapsara. No lo sabía, claro, pero estaba atemorizada en cada segundo que pasaba. Veía a lo lejos a mi jefe trabajar y yo no le quitaba la vista de encima. En un momento, mi supervisora me dijo que me pusiera a trabajar y luego desapareció como de costumbre, sin darme tiempo ni siquiera a responder.

Así que ahora les voy a pedir un nuevo pedido, una nueva promesa que no pueden romper. No me juzguen. No quería que Marcus me viera como una inexperta, que era y él lo había notado, sino que quería ser una bomba sexual (sí, otra vez usando esa palabra horrible). Sin más previo aviso, le dije a mi amigo Matthew que esa noche quería mover las caderas contra su cuerpo (si, dije eso). Y él accedió tranquilamente en mi casa, un lugar seguro para mí. Lo único malo es que no podía escaparme como había hecho en la casa de Marcus. ¿Por qué iba a querer hacerlo? Todo iba a salir bien, me lo tuve que repetir varias veces porque no estaba segura.

Yo nunca lo estaba.

Esa tarde del lunes, me encontré con Marcus en la cocina, mientras me hacía un café y esperaba que la máquina se llenara. Era mi tiempo de descanso en la tarde y parecía que él lo sabía. O tal vez le

había preguntado a mi supervisora, tampoco era tan difícil de adivinar qué estaba haciendo.

—¿Por qué no respondes mis mensajes?

Eso fue lo primero que dijo cuando apareció de la nada y me dio un gran susto. Lo observé desde donde estaba, sintiéndome pequeña y poco sexy, como de costumbre. Ese día no había pensado mucho mi atuendo y simplemente llevaba un jean y una camiseta que decía "salvemos a los pandas". Marcus la observó, o por ahí miraba mis tetas, y sonrió de lado sin comentar palabra sobre mi favoritismo por los pandas.

—No he recibido nada suyo —le respondió con tono totalmente cordial mientras me alejaba de la máquina e iba a buscar la taza en el cajón más alto del lugar. Obviamente, no llegué por más que tratara. Marcus se acercó por detrás mío y tomó la taza que decía "Si Britney Spears pudo con su crisis mental, tú puedes con esto". Volvió a reírse de mí y me alcanzó el objeto sin decir una palabra—. ¿Va a dejar de reírse de mí?

—¿Estamos formales hoy? —quiso saber y yo lo miré con el ceño fruncido, seguramente luciendo bien ridícula. No había nadie en la sala, solamente nosotros dos y de fondo se escuchaba el café cayendo. Nos inundaba el olor de la bebida y por un momento pensé que tal vez era la escena perfecta de una escritora. Faltaba un gato.

—Por supuesto, eres mi jefe —le respondí con total tranquilidad mientras iba en busca de mi café por más que la cafetera no estuviera llena. Nos miramos de reojo unos segundos y sentí calor en todos lados, como siempre me pasaba con él.

No sabía muy bien que estaba haciendo en ese momento, tendría que estar comportándome como una persona más adulta y aceptar el hecho que mi jefe me volvía loca. Pero no era tan fácil como parecía, más bien no sabía qué hacer.

—¿Te hice algo?

—No, por supuesto que no. Pero creo... que esta relación, o lo que sea que tuvimos la otra vez... no está bien —quise dejarle en claro mientras lo observaba apoyar la espalda en la heladera con los brazos cruzados—. ¿Y si alguien se entera? ¿Y si pierdo mi trabajo?

He soñado toda mi vida por tenerlo y no quiero desperdiciarlo. Además, no creo que quieras estar con una... persona como yo.

Me miró unos largos minutos y dio unos pasos hacia mí que me hicieron perder la respiración. Estaba atrapada entre la mesada, el café y su cuerpo, pero misteriosamente no quería que se fuera. Me miraba tan fijamente con esos ojos claros, que por un momento pensé que me iba a hacer agua. Quería su boca sobre la mía, sus manos encima mío y dentro también si se podía, gracias. Finalmente, se alejó y sentí que me quitaba una parte de mi cuerpo. Que lo necesitaba.

Obviamente estaba caliente, pero no podía decirlo en voz alta.

—Si es lo que quieres, así será —respondió y se marchó del lugar haciéndome sentir que había perdido una gran oportunidad. No sabía si realmente quería algo con él, solo quería perder mi virginidad y con él iba a tener una mala experiencia. Él perfecto, yo sin saber qué hacer. Ya podía imaginarlo y no sabía cómo tomarlo.

—¿Estás bien? —me preguntó mi compañera Laura cuando apareció en la cocina donde yo todavía estaba con el café en las manos— ¿En quién piensas? Se te nota lo caliente desde arriba.

Me reí y no le di atención porque sabía que estaba bromeando conmigo. O tal vez no y yo estaba echando agua hasta por las orejas.

Esa noche me preparé como no había hecho la vez anterior y cuando me miré al espejo vi a una chica con demasiado cuerpo, curvas y estrías. Suspiré varias veces, no podía hacer eso, no podía tirarme atrás. Matt me había prometido una buena noche, que iba a olvidarme de todos mis prejuicios y finalmente iba a perder la virginidad.

Me senté a esperarlo y en vez de hacer algo decente como, no sé, depilarme lo depilado, decidí ponerme a ver el Instagram de Marcus. Obviamente llevaba una vida perfecta de jefe joven, rico y con una editorial para adolescentes. Eventos, fotos en el gimnasio, con mujeres, la vida típica del chico rico. En ese momento me di cuenta que era una tontería seguir teniendo su nombre en mi cabeza cuando se notaba que era inalcanzable. Suspiré y, como buena tonta que soy, toqué sus historias destacadas. Había una que decía el nombre del mes actual. No pude evitar sonrojarme al darme cuenta que estaba

en una de sus historias destacadas del mes, con una cerveza en la mano y mi gorro marrón que amaba. Suspiré, maldita sea, ¿qué estaba haciendo?

Toqué el contacto de Matt dispuesta a decirle que no quería hacer eso, que era un error cuando golpearon la puerta. Me acerqué y cuando abrí mi mejor amigo me besó sin darme muchas oportunidades para hacer algo.

Tropecé, sí, en mi propia casa, con mi gato que estaba detrás de mí mirando al intruso y caí al piso de culo. Sé que ustedes se preguntan si yo paso más tiempo en el suelo que en cualquier otra superficie y creo que es válido. No iba a admitirlo, claro.

—Lo siento, ¿te hiciste daño? —me preguntó Matt sonriéndome con sus ojos tan marrones que parecían del color de la madera mojada, o tal vez lo estaba idealizando para encontrarle algo que me gustara. Me puse de pie con su ayuda y negué, todavía un poco abrumada por todo—. ¿Vamos a hacer esto sin hablarnos?

—¿Qué? No, no... lo siento, estoy un poco nerviosa.

Claro que lo estaba, no sabía qué era lo que quería y creía que esa era la salvación a todo. Suspiré y decidí que lo era. Era la mejor solución y no podía negarlo en ese momento. Solo tenía que callar mi cabeza por un maldito momento, tener sexo y listo. Luego iba a poder estar completa.

Ese pensamiento me dio miedo y cuando quise hablarlo con Matthew, él fue directo a mi boca. Era un poco brusco a veces cuando besaba y tenía que confesar que no era el mejor, pero era lo que había y no iba a desperdiciarlo. Era un chico bonito y él único que iba a entenderme en este momento. No había otra opción, Marcus no podía ser mi primera vez. No podía pasar tanta vergüenza con mi primer hombre y que estuviera tan bueno. Me iba a volver una experta y luego iría por él. Ja. Ya me veía haciendo cosas que no sabían ni qué nombre tenían.

Nos seguimos besando, por suerte tuve tiempo de cerrar la puerta de mi casa, no quería andar mostrando a mis vecinos mi primera vez. Caminamos por la habitación con besos torpes, gemidos extraños de su parte y yo tratando de ir a su nivel. Iba demasiado rápido y cuando quise decir algo, me tiró contra mi cama. Está bien que vivía

en un monoambiente, pero tampoco era para que fuéramos directo. Había leído que necesitaba mucho juego previo y casi me lo había dado a entender Marcus esa noche.

—Espera, espera... ¿podemos ir un poco más lento? Vamos muy rápido —le pedí mientras trataba de, al menos, sacarme los zapatos—. No hemos... ni siquiera hablado. ¿Cómo fue tu día?

—¿Hablar? ¿No íbamos a tener sexo? —me preguntó y reí nerviosamente. Sí, bueno, pero quería relajarme un poco en ese momento. Me di cuenta que mi estómago se apretaba con fuerza y eso eran nervios en mi mundo—. Mira, Lizzie, podemos hablar todo lo que quieras, pero eso no te va a quitar la virginidad.

Me quedé en silencio admitiendo que tenía razón y por un momento no supe qué decirle. Estaba nerviosa, quería hacer las cosas a mi manera, no a la de él, sin embargo, no tenía fuerza para hablar. No podía decirle las cosas que quería y eso que le había dado la lista a él. La misma que le había dado a Marcus.

Las manos de Matt estaban en todos lados, buscando piel, buscando contacto que no teníamos mientras nos besábamos. Su cuerpo enorme estaba sobre el mío y cuando comenzó a frotarme sentí un poco más que antes. No era lo mismo que con Marcus, pero estaba bien. Era como si mi propio cuerpo pidiera esa unión, como si me dijera 'ya era hora, mensa'. Sin embargo, sentía que era mi propio cuerpo respondiendo a estímulos, no era lo que yo estaba deseando.

—Te prometo que va a ser una noche que no te vas a olvidar.

Me di cuenta de algo que no había notado y era que Matthew estaba hablando sin parar mientras me tocaba. Me hablaba al oído, me decía cosas que no quería escuchar y empecé a creer que estaba en un monólogo. No necesitaba elogios, necesitaba atención.

—No entiendo porque no has estado con nadie —decía mientras los besos aumentaban y la respiración se volvía más difícil de conseguir para ambos—. A algunos no les gustan las mujeres con cuerpos como el tuyo, pero para mí estás perfecta.

Bien, bienvenidos al monólogo sobre mi cuerpo. Tickets gratis.

—¿Podemos... no...?

Cuando iba a decir algo, levantó mi camiseta y buscó mis pechos como si fueran agua en el desierto. Yo era la virgen, pero él estaba desesperado. Y no sabía si eso estaba realmente bien, porque se suponía que teníamos que ir despacio y no llevarnos el mundo por delante. Solté un pequeño gemido de dolor en vez de placer cuando él estrujó un pecho con su mano y sonrió creyendo que me había gustado. No, lo siento, no me gusta que usen mi pecho como si fuera una masa de harina. Lo hizo con el siguiente y ya el gemido fue un poco más fuerte para que notara que no era de mi fascinación lo que estaba sucediendo.

Debido a eso, su boca fue directo a mis pechos y comenzó a besarlos con su lengua húmeda. Sí, ya sé, no les está gustando todo lo que sucedió y créanme que yo tampoco estaba muy feliz. Creía que eso era el sexo. Placer para él, porque si bien yo no estaba contenta con nada entendía que así era el sexo. Primero ellos, después nosotras.

—Tienes unos pezones preciosos y unos pechos perfectos, me entran en una sola mano.

Ay no, ahora estaba hablando sobre mis tetas. Sentía que era el cuento de Caperucita Roja y que el lobo me estaba elogiando. ¿Que seguía? ¿Qué linda vagina que tienes? ¿Y yo tenía que responder para comerte mejor? Me reí por mis pensamientos y él se detuvo claramente entendiendo que estaba actuando mal.

—¿De qué te ríes? ¿No te gusta? —me preguntó y me paralice, porque no quería contarle que me estaba burlando de su monólogo. A fin de cuentas, era yo la que le estaba pidiendo que me tomara esa noche y en cambio me estaba riendo sin parar de sus palabras—. Si no quieres hacer esto, Lizzie...

—No, no, lo siento, Matt, estaba pensando en algo y me hizo reír.

Era gracioso hablar con él sobre mí, todo vestido y yo con mi camiseta en la barbilla. No entendía su mirada, no como lo hacía con Marcus que era bastante transparente y me quedé en silencio esperando que él siguiera. Parecía que estaba perdiendo inspiración y yo no me atrevía ni a tocarlo. Lo más extremo que había hecho era enredar mis piernas con las suyas y por eso la "frotación" había sido más efectiva en mí. Tal vez tenía que morir virgen.

—¿Pensando? ¿Estás pensando?

—¿No... debería?

El timbre de mi departamento sonó y me sorprendió que algún vecino tocara el timbre en ese momento. No solía molestar a nadie y nadie me molestaba a mí, así que no entendía si estaba haciendo mucho ruido. Tal vez los gritos de Matt se escuchaban y todos mis vecinos sabían que tengo unas tetas enormes. Bueno, creo que ya estaban enterados con solo mirarme. El ruido volvió a inundarnos y Matt se levantó, dispuesto a dejarme ir porque yo parecía más curiosa por eso que por su pito. Cualquier cosa me tenía más curiosa que eso, voy a admitirlo.

Me levanté cuando me dejó y me acerqué a la puerta acomodándome la camiseta, porque no quería salir desnuda. Cuando abrí la puerta me quedé muda y me pregunté si estaba viviendo la vida de una chica de wattpad. Frente a mí estaba Marcus con una pizza y cervezas. ¡En mi casa! Había traído pizza y cervezas cuando yo estaba por hacer el delicioso con mi mejor amigo. Ay, me quería morir.

—Sé que esto es una locura y que tranquilamente puedes denunciarme. Pero busqué tu casa en tus datos y me atreví a creer que quieres pasar el sábado conmigo... sé que estoy loco, pero siento que necesitamos hablar —me decía con los ojos cerrados como si estuviera odiándose por lo que estaba haciendo y yo no sabía qué hacer.

Mi gato, en cambio, creyó que era de confiar y se refregó por sus piernas casi dándole la bienvenida. Casi como hacían mis piernas cada vez que lo veía. Finalmente, abrió los ojos y vio a Matthew a lo lejos y a mi despeinada como si fuera el fin del mundo. Nos miraba sorprendido, sin poder entender qué estaba sucediendo y decidí que no iba a hablar. Sí, así de inteligente soy a veces.

—¿Ese es tu jefe, Lizzie? —me preguntó Matt mientras se acercaba sorprendido y se miraron por unos largos minutos sin saber que estaba sucediendo. Yo sabía que estaba pasando.

Se me había juntado el ganado.

—Yo puedo explicar todo lo que está pasando... —dije, tratando de comenzar a explicarle a los hombres pechos peludos que sucedía. Veía a Marcus enfadado, mirando a Matthew como si fuera una

escoria y no entendía su odio. Hasta que me di cuenta de algo que me volvió loca. Estaba celoso. Mi jefe estaba celoso de mi mejor amigo.

—Veo que ya encontraste al verdadero destinatario del mail. No sé qué estoy haciendo aquí, soy un idiota —soltó Marcus claramente sintiéndose como la mierda y yo no podía hacer nada. Me di cuenta que el problema es que yo no me decidía. Se dio la vuelta y se marchó con la bebida y la comida, haciéndome morir de hambre.

Cerré la puerta y me quedé en silencio sin saber que decir en aquel instante mientras caminaba hacia Matthew. Él también estaba enojado y se le notaba mientras que buscaba sus cosas dispuesto a marcharse.

—Me estabas usando, por eso no decías nada a pesar de que no te gustaba —soltó Matthew, con una película en su cabeza que lamentablemente esta vez era real—. Sé que ustedes las mujeres creen que no entendemos que hay en su cabeza. Pero a veces es obvio. Tu jefe te prestó atención y querías perder la virginidad conmigo para ir con él. No soy idiota, ¿te crees que no lo han hecho ya otras?

Suspiré y me refregué los ojos, cansada de esa noche en donde nada había salido como yo quería. Mi gato maulló a lo lejos acostándose en mi cama, lugar en el que claramente no iba a suceder nada. No quería perder a Matthew, pero era obvio que yo no estaba siendo sincera.

—No es como tú crees...

—¿Y cómo es, Lizzie? Porque parece que te estás burlando de nuestra amistad. Estoy haciendo esto por ti también.

—Parecía que lo estabas haciendo más por ti en realidad... —dije y al instante la mirada de Matthew me fulminó. Otra vez metiendo la pata—. No es lo que quise decir...

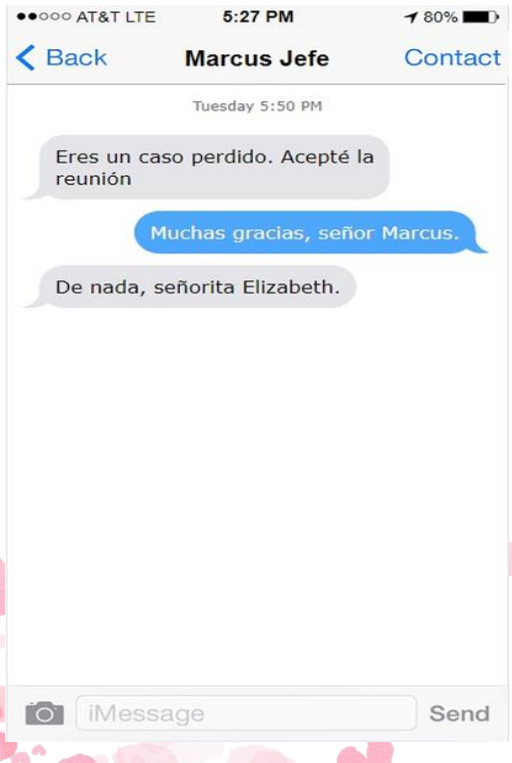
—Pero lo dijiste. Suerte perdiendo la virginidad, Lizzie.



Extra: Conversación 01











Capítulo 5

Cómo besar a tu jefe en la sala de reuniones y no morir en el intento

Créanme, me preparé, realmente me preparé para la reunión que ambos nos habíamos prometido esa tarde del jueves. Pero hice algo que nunca había y era lucir lo más provocativa posible. Sí, yo, la que no se miraba al espejo más de dos veces se puso su mejor falda, tacones y traté de arreglar el desastre de mi cabello para salir a matar. A matar al jefe. Con besos y sexo.

¿Qué podía salir mal?

Esperé emocionada hasta que se hizo la hora, ansiosa por saber que iba a suceder con nuestra historia. Habían pasado varios días en donde él me ignoró por completo luego de lo sucedido en mi casa y yo me sentía algo culpable. Pero también tenia algunas dudas que consultarle. Había algo en él que no me terminaba de cerrar y quería decírselo.

Marcus nunca se había fijado en mí, ni siquiera en reuniones en donde yo tenia la palabra y podía mirarme, normalmente estaba con el teléfono o hablando con otros. Esto no era una historia romántica en donde el jefe siempre estuvo enamorado de mí y si me decía eso iba a estar un poco enojada. Solo se había interesado en mí cuando le comenté que quería tener sexo con él, bueno, más bien se lo exigí. ¿Entienden mi problema? ¿Y sí él quería abusar de mí? Y no digo abusar de sexo no consentido, sino más bien de...ya saben, que me viniera a regar las plantas, se llevara el dinero y no volviera a hacer su trabajo. Yo no era fanática del sexo casual, sino claramente estaría mi cuerpo en una aplicación de las nuevas que se usan, sino más bien quería una relación. Si iba a frotar mi cuerpo contra otro, quería que fuera por un largo tiempo. No te digo para siempre, pero quería una relación. Y Marcus parecía interesado solamente en el sexo, por lo tanto, estaba dudosa.

Sin contar que no sirvió hablar de él con mis compañeras de trabajo, fue mucho peor. Laura lo odiaba, la rubia perfecta de mi compañera, letrada y con millones de títulos, no podía ni siquiera encontrarse cara a cara con mi jefe que ya empezaban las discusiones. Y volaban chispas, aunque no de las buenas. Todo el mundo comentaba que tenia un muñeco vudú debajo de la mesa que lo usaba para pinchar muy seguido a Marcus.

Después estaba mi supervisora, que me dijo algo que no quería escuchar. Me comentó que Marcus no tenia una novia fija, que era cuestión de que entre a sus redes sociales para notar que cambiaba de novia como de calzón. Y sí, lo comprobé de una manera un poco mala. Entré a su Instagram y vi como las mujeres bailaban por su cuenta, de todo tipo y con los mejores cuerpos posibles. Yo no entraba en ese estandarte con mi culo enorme y mis caderas gigantes. Con suerte entraba en la silla del transporte público.

Y cuando seguí preguntando por él solo me respondieron que era un oportunista, que siempre miraba a las chica lindas para llevárselas a su casa y muchas cosas más horribles que yo no quería escuchar. En un momento mi supervisora, que para mi sorpresa mostró signos de preocupación, me habló en voz baja en medio del almuerzo.

—¿Estás teniendo algo con Marcus, Elizabeth?

—¿Qué? ¡No, no! Solo preguntaba. Me llama la atención que alguien con ese rostro y cuerpo no tenga novia.

Mi supervisora resopló, casi burlándose un poco de mi ingenuidad y la miré sin entender a que se refería con ese gesto. Me sentí un poco tonta, no voy a negarlo, porque creía que algo me faltaba saber de la vida.

—Tal vez no son ellas el problema y es él.

Eso rondó en mi cabeza mientras caminaba hacia la sala de reuniones en el fondo de la oficina, la que no tenía vidrios y nadie podía vernos. Lo había decidido él y en ese momento creí que todo eso era un error. Estaba muy insegura, como de costumbre y me temblaban las piernas Dejé de hacerlo por que si no se me iban a caer las diminutas bragas que me había puesto y estaban deseando ser sacadas. ¿Por qué gastábamos tanto dinero en ropa interior que queríamos que se destruyera? Solo Dios sabia.

—Señorita Elizabeth.

Levanté la mirada para encontrarme con Marcus esperando al final de la sala, ya sentado y con su ordenador prendido. Lo vi bastante rápido y con miles de papeles y carpetas a su alrededor, sospechaba que se trataba de informes hechos por otros empleados y me sentí un poco mal al darme cuenta de que estaba tomando su precioso tiempo con algo personal.

—Si quiere puedo volver en otro momento...

—Siéntate, Elizabeth...

Me senté toda obediente y dejé mi carpeta llena de cosas insignificantes en la mesa, al lado de él. Me di cuenta de que tenia muchas ganas de besarlo en ese momento y se suponía que iba a ir a hablarle en realidad. Íbamos a aclarar nuestras dudas sobre nuestra relación y...no lo sé, quería muchas cosas de él en ese momento. Noté que su perfecto cabello siempre peinado y atado hacia atrás estaba desequilibrado y le caían algunos mechones rubios sobre la frente. No me gustaba que se peinara así, le quedaba precioso cuando dejaba que los rizos cobraran vida, pero parecía que él se negaba a acudir a su trabajo de ese modo.

—Me dijeron que usted cambia de novia como de calzón.

Ay, Lizzie, Lizzie. ¿Siempre voy a elegir lo peor para decir?

Lo vi pestañear varias veces frente al ordenador y luego me observó sorprendido por mis ocurrencias. Humedecí mis labios, muerta de calor con su intenta mirada y noté que él estaba mirando ese gesto. Ay, me hacía agua.

—Eso sería bastante antihigiénico —respondió de una manera que me hizo reír un poco, porque siempre encontraba como responder de un modo pasivo—agresivo que me hacía reír—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Gente.

—Vaya, que especifica.

Me quedé en silencio, demostrando que no iba a hablar por más que a él no le gustara que no le hiciera caso. Era chismosa, pero no tengo que hacerlo, me gustaba un poco reservar mis fuentes.

—Soy un hombre de negocios, llevo una editorial juvenil importante y me gusta ir a esos eventos con citas. Buscó gente como tú haces, Elizabeth, en bares, en eventos y a veces en aplicaciones. Son mis acompañantes porque para mi el evento es una cita. Lamentablemente nadie se preocupa en preguntar qué son esas chicas para mí y directamente creen que son mis novias y que las cambio como si fueran ropa interior.

Sonaba serio, pero yo no me sentía preocupada por eso, sino más bien contenta con la respuesta que él me había dado. Yo quería ser la única en su mundo y tal vez estaba siendo un poco extrema, loquita e intensa, pero quería más de lo que la lista me pedía.

—¿Cuál es tu curiosidad, Elizabeth? ¿Para qué quería esta reunión? ¿Qué quieres de mí además de usarme para tener tu primera vez?

—¡¿Usarte?! —exclamé indignada, sin poder creer que me estuviera diciendo eso. Vaya idiota—. Eres tú el que tiene interés en mí de la nada y quiere llevarme a su cama sin ni siquiera saber el nombre de mi madre.

—¿Cuál es el nombre de tu madre? —quiso saber con seriedad y me reí sin poder evitarlo.

—Eso no viene al caso. ¿Por qué yo? ¿Por qué me mira a mi cuando tiene citas con modelos de revista? Y por favor no me diga que vio en mí algo que no había visto antes o que siempre me estuvo viendo, pero no encontró el momento...Porque esas cosas no me las creo, Marcus. Escribo libros románticos, pero no soy idiota.

Había soltado tantas palabras que comprendí que estaba quedando más intensa de lo que quería, sin embargo, Marcus no demostró enojarse por mis inquietudes... Suspiró y asintió, bajando la tapa de

su ordenador para dedicarme toda la atención que yo necesitaba o quería merecer.

—Voy a serte sincero y esperó que me creas —me avisó mientras movía un poco su silla para quedarse cerca de mí. Alzó una de sus cejas al poder ver como iba vestida hoy, pero no dijo nada sobre eso, sino que comenzó su discurso—. Llevo mucho tiempo buscando alguien con quien salir, con quien compartir mis problemas y mi vida, claro. El problema es que no encuentro a nadie, como ya verás. Ya tengo treinta años, soy empresario y tengo dinero, por lo tanto, solo se acercan a mí personas que me buscan por interés. Mis verdaderos amigos, son compañeros de la secundaria y la persona en la que más confió es mi madre. Busco y busco en las personas cosas que jamás encuentro y hasta hace unos días creía que no había nadie realmente valioso soltero para mí. No quiero juzgar a las personas que usan esas aplicaciones, pero no he encontrado a alguien que quiera compartir conmigo...no lo sé, su día. Simplemente eventos, comida, bebida y mi cama. Eso estuvo bien por unos días hasta que sentí que hablaba con alguien vació y me volví así yo también.

Se acercó nuevamente, moviendo su silla mientras que yo escuchaba con la boca abierta sus bellas palabras que me daban vida. Me gustaba lo que decía porque tenía sentido y porque me sentía identificada. ¿Por qué no había buscado a nadie antes para tener mi primera vez? Porque no había encontrado a nadie con quien tuviera una conexión, que fuera como yo o por lo menos se pareciera. Apoyó una de sus manos en mi rodilla, sobre la tela de las medias y me quedé mirando esos ojos claros que podían volver loca a cualquier monja.

—Pero un día me llegó un mail a mi correo laboral dándome una lista de cosas sobre que hacer para tener relaciones con una tal Elizabeth —me recordó y me reí avergonzada porque a veces me olvidaba de lo tonta que había sido en ese momento—. Y su mail fue muy divertido, elocuente y carismático, por eso decidí buscar entre mis empleadas para encontrarme contigo. Por supuesto que no te había visto nunca, solo un par de veces cuando fue la entrevista y mi equipo de recursos humanos te selecciono como pasante. Pero nada más, pero luego te desmayaste, me miraste la entrepierna y me demostraste que eras una persona de lo más divertida.

—No soy tan cómica todo el tiempo, no quiero decepcionarte.

—Me has demostrado lo contrario.

Humedecí mis labios de vuelta y al parecer eso fue demasiado para él, porque lo escuché chasquear la lengua en señal de frustración y tomar mi rostro para besarme. ¡Ahí! ¡En plena sala de reuniones! No me importó nada, que voy a decirles. Sé que podría mentirles y decir que me sentí horrorizada por lo que me estaba haciendo mi jefe, que me alejé y me fui corriendo pidiendo ayuda. Pero en cambio lo besé con la misma necesidad que él me estaba demostrando esa tarde y no me importó que mi trabajo estuviera en peligro. Más bien, si me echaban, pero, teníamos sexo en el escritorio yo sería feliz.

La idea me pareció muy buena y tan hormonal que me ponía cuando Marcus me besaba, me senté en su regazo sin importarme que yo era mucho más pesada que él. Sin embargo, gracias a sus músculos de modelo de revista, pareció no importarle en lo más mínimo.

Parecíamos dos estudiantes de secundaria besándonos en clase, porque nos comíamos la cara, no quiero mentirles. Al principio él mantuvo sus manos en mi rostro, pero yo, SI, YO, moví un poco mis caderas sobre su cuerpo y lo escuché soltar un quejido, una maldición y seguramente un ave maría. Luego, sus manos fueron a mí trasero, ese que eran dos bolas de boliche y me apretó hacia él, logrando que yo soltara una mezcla de quejido con jadeo, pero deseando mucho más.

—Estamos en la sala de reuniones —le recordé cuando soltó mi boca y comenzó a besar mi cuello. Lo escuché resoplar al comprender que no estaba del todo bien y de la nada me alejé de él—. Hay cámaras, Marcus.

—Mierda.

Se alejó de mí al darse cuenta del error que habíamos cometido y buscó con la mirada las cámaras de seguridad hasta encontrar a lo lejos un aparatito blanco que nos estaba mirando. ¡Hola! ¿Qué tal el porno que estábamos mostrando, señor de seguridad?

—No te preocupes…yo…buscaré la grabación y la quemaré —me dijo con la respiración agitada mientras volvía a mi boca y yo me alejé un poco porque solo besarlo me ponía así de loca, no sabía que más podía pasar.

—No voy a perder mi virginidad en la sala de reuniones —le expresé horrorizada y él se río para luego asentir, porque parecía que estaba planeando eso en aquel momento.

—No siempre todo es sexo, Lizzie —me dijo y yo alcé una de mis cejas para dirigir mi mirada hacia sus manos perdidas en mi trasero. Marcus se río y me soltó, dándome unos golpecitos suaves en las piernas para que me levantará y volviera a mi lugar—. No siempre un par de besos llevan al sexo, eso quería decirte.

—¿Y que estabas pensando hacer conmigo ahora entonces? —quise saber con mi ceja levantada, porque había una realidad, no pareciera que estuviéramos hablando de las nuevas promesas de la literatura juvenil. Más bien estábamos por volvernos parte de las novelas tan populares de Wattpad. Enamorada de mi jefe o algo así.

—A eso quería ir antes de que me volvieras lo suficientemente loco para olvidarme de las cámaras —se apresuró a decir mientras se acomodaba el cabello hacia atrás, que yo me había encargado muy bien de revolver—. Acepté tu mail y tus reglas, pero no puedes poner todas las reglas tú en esto.

—Soy yo la que está perdiendo cosas aquí, Marcus.

—No eres un sacrificio, el sexo no es un trámite en el que ganas y pierdes, Lizzie —se exasperó y luego resopló, porque parecía que yo no estaba entendiendo. La realidad era que no, pensaba que el sexo era algo rutinario que se hacia con tu pareja para que no te dejará. ¿No era así? No lo sabía, como todo—. Yo te dije que el sexo es tener una conexión, ¿recuerdas? Y lo es. Pero también es placer, entendimiento mutuo, descubrimiento y miles de cosas más. No quiero ser el tipo con el que pierdes la virginidad y que en el futuro te pregunten quien fue el primero y tengas una imagen borrosa, bochornosa y algo vergonzante. Quiero que descubras el sexo conmigo, no quiero que sea un acto de una sola vez, sino muchas, pero no solamente quiero que pierdas tu virginidad conmigo, que logres tu trámite, sino que entiendas que en el mundo hay muchas maneras de darte placer.

Me quedé en silencio, con los labios secos sin saber que decirle y que pensar. Yo había ido a buscar sexo nada más, no una conexión. ¿La quería? Seguramente. Pero ni siquiera lo conocía y todavía tenia mis inseguridades. Todo eso que me proponía me gustaba, pero al mismo

tiempo me daba mucho miedo. ¿Y si no había placer para mi en las cosas que a otros si les gustaban? ¿Y si lo que a él le parecía descubrimiento para mi era aburrimiento?

—¿Tu silencio es un no? —me preguntó con el rostro afligido, notando que yo tenia miles de dudas en la cabeza en ese momento—. Te juro que mis intenciones son buenas, las mejores.

—Me imagino, quieres educar a la virgen. Seguro luego te pones una estrellita por eso.

—No, Lizzie, no. ¿Sabes que sucede y que nadie puede entender? El sexo para algunos es un trámite, eso me demostraste tú el día que me llegó tu mail. ¿Luces apagadas? ¿Sin sonido? ¿Sin comunicación? El sexo no es como lo ves en las películas, que todo sucede rápido, la ropa vuela y misteriosamente se quedan con las sábanas encima. No quiero ni educarte ni enseñarte, quiero compartirlo contigo. Todo lo que yo sé, lo sabrás y vivirás tú.

La oferta era buena, no voy a negarlo y me mantuvo en silencio unos minutos pensando que iba a decirle. Había comprobado con Matthew que el sexo rápido y casual no era lo que yo buscaba y que no me pasaba nada si no había un incentivo. Cuando Marcus me besó, mi mundo explotó y logré hasta subirme a su regazo, cosa que no haría jamás en la vida. Él lograba cosas en mi que nadie más había logrado, tal vez debía darle una oportunidad.

—Déjame hacer una lista de las cosas que pido yo para todo esto. Me hiciste aceptar un contrató, yo te haré una lista. Cuando la leas, piénsalo y luego me respondes, ¿de acuerdo?

Asentí, porque me estaba prometiendo un mundo que jamás podría imaginar, más de lo que buscaba cuando envié ese mail a la persona equivocada. Marcus no parecía ser el Dios del sexo, pero si sabes lo suficiente para querer dármelo. ¿Cómo le decías que no a algo así? Las inseguridades y los miedos jugaban en contra, claro. Cuando pasabas más tiempo siendo virgen, las cosas se ponían extrañas en tu interior y en tu manera de pensar. Pero asentí una vez más, sabiendo que esa lista iba a ser mi perdición, pero la deseaba más que nada.



Extra 2: La lista del jefe 01

Primer punto de la lista

Buenas Tardes, señorita Elizabeth.

Sé que usted ya se ha retirado a su hogar, pero me he quedado en la editorial y me he tomado la libertad de enviarle el primer punto de la lista de la que tanto hablamos.

Primer Punto:

Mírese al espejo.

Sé que parece simple, pero al mismo tiempo es muy complicado. Le propongo que hoy, luego de comer, vaya al baño como todas la noches. Mírese al espejo, pero está vez hágalo como nunca antes. Conozca a la persona que está del otro lado, que refleja el espejo y trate de quererla. ¿Por qué? Porque esa es la única manera de poder entablar una conversación, querer tu cuerpo es lo primero que debes hacer antes de poder mirar a otra persona. Hay que aprender a quererse antes de querer a otro.

Espero selfies en el espejo.

Saludos.



Capítulo 6

Cómo enviar una nude a tu jefe y no morir en el intento

Marcus me propuso algo que jamás había vivido en mi vida: Una cita. Sí, ya sé, se van a reír, pero así era. Nunca había tenido una cita por completo y en ese momento, con la emoción a flor de piel por conocer mejor a mi jefe, no podía evitar sentir nervios. Esta vez me depilé y puse ropa interior decente, de esa que casi me dejaba el cuerpo como un matambre atado. Pero por lo menos estaba sexy o eso creía.

Desde que me había enviado ese email, había tratado de sentirme una chica más linda al verme en el espejo, sin embargo, nada había sucedido. Me veía como la misma chica con demasiadas curvas, pechos caídos y rollos que podrían server de flotadores en el agua (y el peso me hundía, claro). No encontraba nada que me fuera a gustar y que él encontrara sexy en mí. De todos modos, hice mi mejor esfuerzo, realmente lo hice.

Me vestí con uno de mis vestidos negros que adelgazaban, un short debajo del vestido para no andar mostrando las pechugas y que alguien quisiera comerlas (salvo Marcus). Pero estaba pasable, no iba a negarlo, con el labial rojo que me había quitado la mitad del sueldo, pero feliz.

Me había dicho una dirección y fui en Uber pensando que me encontraría con un lugar super elegante, de esos a los que te llevan cuando estás en un evento. Sin embargo, me encontré con el lugar más extraño que vi en mi vida.

—¿Arrepentida?

Me giré para observar a Marcus apoyado en su auto con los brazos cruzados y luciendo tan apetecible que dolía. Me dieron ganas de echarle salsa y comerlo ahí frente a todos. Pero no podía, no por ahora.

—¿Un restaurante ciego? —pregunté sorprendida sin entender que quería con un lugar así. Marcus se río y se despegó del auto para acercarse a mí, yo ya cerré los ojos esperando uno de sus besos abrumadores. Sin embargo, no sucedió y cuando los abrí los ojos me encontré con él conteniendo la risa mientras me miraba—. Tu quieres que yo muera de vergüenza, ¿no?

—Por supuesto, te has lucido por tus inventos cuando pasa eso.

Me reí de lado, pero finalmente me tomó de la mano para avanzar hasta el local mientras no podía comprender nada de lo que sucedía. Primero que nada, estaba caminando de la mano con mi jefe sexy y serio, de esos que parecían imposibles de cambiar. Pero ahí estaba, regalándome una sonrisa dulce y haciéndome bajar los calzones solo con mirarlo.

Cuando entramos me explicó un poco más sobre todo lo que sucedía en ese lugar. Era un restaurante ciego, él lo conocía porque tenia un buen amigo con la misma carencia y le había hecho conocer ese mundo de los sentidos que nosotros ignorábamos. Me sorprendía que nuestra primera cita fuera así, cuando creí que iba a ser Fancy y tomaríamos vino rojo mientras mi boca se manchaba y me comía arriba de la mesa. Sacudí la cabeza, porque me estaba distrayendo con mis fantasías sexuales creadas en mi mente sin experiencia.

Mientras me contaba como funcionaba todo, nos sentamos en una mesa muy pegados y me explicó que había un show de un pianista ciego que tocaba excelente. Marcus seguía hablando, como las personas a nuestro alrededor y comenzamos el difícil trabajo de vivir en la oscuridad. Todo era realmente algo nuevo para mí y me encantaba. Podía escuchar su voz y comprender los momentos en los que estaba más serio, más calmado o con más entusiasmo. Me encantaba. Mozas, que según Marcus también eran ciegas, nos trajeron comida y tratamos de comer y hasta darnos de comer en la oscuridad. Nos reíamos como tontos y Marcus me contaba que era la segunda vez que venia y, sin embargo, no podía ni acertarle a su boca en el primer intento.

—Bien...entiendo esto de cita extraña. Pero quiero entender el motivo. Al leer tu mail me haces creer que tienes otra idea en la cabeza.

—Sí, por supuesto. Tengo todo calculado, señorita Elizabeth —me dijo y sonreí, aunque él no podía ver como sentía calor en mi cuerpo en ese momento—. ¿Cumpliste tu tarea de mirarte al espejo? Bueno, espero. Pero el día de hoy te traje aquí porque quería demostrarte que a veces no todo es belleza, la vista no es nuestro mejor sentido. Parece que sí, pero no es así, y quiero que lo entiendas.

Sentí su mano en mi rodilla al instante, pero esta vez no me tensé, sino que dejé que subiera tranquilamente por mi piel hasta donde el short estaba. Él fue consciente de eso, pero no continuo ni me hizo pasar vergüenza. Al contrario, se acercó a mí para buscar mi boca y no me importó que estuviéramos en un lugar público, en ese momento sentía que solo éramos nosotros dos.

Y fue algo mágico, no voy a negarlo. Lo sentí cerca de mí, buscando mi boca y cuando lo hizo, antes besó mí mejilla sin querer, comprendí que estaba con la persona adecuada. Con el hombre que me llevaba a oír a una persona ciega tocar el piano, me acariciaba por debajo de la mesa en la oscuridad y que me besaba como si no hubiera mañana. Como si fuéramos a morir al día siguiente.

Exploró mi boca sin preámbulos, mientras una de sus manos me atraía desde la cintura y la otra iba hacia mi pecho. Mi vestido era escotado, porque tenía vergüenza de muchas cosas menos de mis pechos y dejé que lo acariciara por sobre la tela a pesar de querer lo contrario. Casi me lo había puesto para decirle “Hola, acá están mis tetas, por favor pase”. Sin embargo, él siempre cordial y tranquilo, aunque, claro, estábamos en un lugar público. Y yo seguía pensando en sexo sobre la mesa.

—Me trajiste a este lugar para toquetearme en la oscuridad —afirmé entre suspiros, con la respiración como loca por sus caricias. Eran firmes pero efectivas, generaban pequeñas descargas eléctricas en mi cuerpo que iban hacia todos lados, pero sobre todo a mí entrepierna, en donde todo ardía.

—Por supuesto. Me sé de memoria toda esa tontería sobre los sentidos y demás.

—Primero las nudes y ahora esto. Todo un loquillo, señor Scott.

Se río sin poder evitarlo y para mí desgracia, me dejó un beso suave y se alejó para continuar con la comida. Yo no quería comer (por

primera vez en la vida), pero accedí porque sabia que me estaba mostrando lo que venía esa noche y yo no podía esperar.



—Ya no sé si hace calor en esta casa o solo con verla me enciendo.

—Talvez un poco de las dos —me dijo y me hizo reír al instante mientras me quitaba el abrigo y la bufanda para dejarla sobre el sillón. Estaba emocionada y se notaba, pero no quería que fuera demasiado obvio.

Todo aquello del restaurante ciego me había dejado bastante encendida y no iba a negarlo, cuando lo vi en la luz de la noche me sentí la chica mas afortunada del mundo. Mi jefe, mi sexy y serio jefe me estaba dando clases de sexo gratis y encima pensaba dármelas con él como sujeto de prueba. ¿Se podía pedir algo más? Por supuesto que no.

—¿Hoy veré a Harry Styles? —me preguntó mientras me pasaba una copa de algo que reconocí como vino. La olí y di un pequeño trago esperando que se subiera el alcohol rápido. Aunque luego decidí que no quería que mi primera noche fuera así, sino más bien quería algo que fuera real.

Las luces estaban encendidas y él se acerco al interruptor para bajarle la intensidad hasta que quedarán tenues. Estaba un poco nerviosa, me temblaban las manos sentía ese miedo que siempre había tenido en el estómago. Necesitaba alcohol. Busqué la copa y Marcus se acercó para tomar mi mano, viendo mis acciones.

—Hoy no vamos a tener sexo, Lizzie.

Mi confusión era obvia, lo observé sin entender que decía y fruncí el ceño sin comprender que estaba diciendo. ¡Me había prometido sexo desenfrenado! No podía negarse de la noche a la mañana, yo quería hacerlo y no me importaba nada. Bueno, sí, me importaba todo.

—¿Qué? ¿Por qué...porque no?

—Porque me faltan más puntos en la lista. Solo has leído el primero y es el que quiero poner en práctica hoy —me explicó mientras me conducía al sillón y yo iba algo frustrada. ¿Me iba a dar clases? ¿Tenía que tomar nota? Vaya decepción. Yo quería hacerlo contra la ventana de vidrio que tenía, pero él parecía tener otras ideas—. Vamos a hacer otras cosas, pero te prometo que te van a gustar. Tienes que tomar nota nada más.

Bien. De jefe a empleada, íbamos de profesor a alumna. Éramos un fanfic, una novela adolescente de hormonas de las que leía yo y me encantaba.

Sentados en el sillón, la sesión de besos comenzó nuevamente y esta vez si me dejé llevar un poco. Si bien quise hacer cosas, pensé en tocarlo, hasta en incentivarlo para que quisiera tirarme contra el sillón y bajarme los calzones, pero no sucedió nada. Nuestros besos se hicieron más acalorados y yo sentía la necesidad de quitarle todo. De lanzar la ropa al diablo y subirme encima (para matarlo con el peso de vuelta), sin embargo, sucedió algo que no había experimentado nunca.

Sus besos comenzaron a bajar. Sí, a bajar. Me puse nerviosa al instante, porque sabia que iba a hacer y no sabia si estaba preparada para eso. Nadie lo había hecho. Bueno, no había hecho nada con nadie y en ese momento me estaba sintiendo demasiado nerviosa. Iba a vomitar.

—Relájate, Lizzie —susurró contra mi piel al tiempo que subía mi vestido y bajaba mis medias (adiós shorcito también)—. Si no lo haces voy a bajarte el sueldo.

Me reí sin poder evitarlo, porque era un idiota cuando lo quería y sentí sus besos sobre mi ropa interior. Ay. Me iba a morir. Ahí, muerta. Me tendrían que venir a buscar los bomberos para llevarse a una mujer desnuda pero feliz. ¿Pueden entender que estaba besando mi ropa interior? Menos mal que no había hecho pis.

Sí, sí, esos pensamientos pasaban por mi mente en pleno acto oral. Soy lo peor.

Volvió a subir. No se quedaba quieto y yo veía sus cabellos rubios por todos los lados de mi cuerpo y lo quería todo. Pero esta vez volvió a mí, los dos tendidos sobre ese sofá enorme y sentí como sus manos se

colaban en mi ropa interior. Es una suerte que Harry Styles no estuviera saludando, porque iba a enojarse si vivía eso.

Primero sentí sus caricias, explorando, aventurándose a la selva inexplorada y a la sequía que solamente pasaba el trapo cuando estaba inspirada. No me quise poner nerviosa pensando en esas cosas, porque él me estaba observando y yo lo miraba como si estuviera en manos de Jesucristo. Tal vez lo estaba.

—Te he dicho, que quería que te conocieras antes de estar conmigo. Porque el sexo no es un ejercicio, es un descubrimiento y cuanto más sabes del tema, mejor das la materia —me explicó mientras manejaba muy bien la cosa y no creaba queja alguna del buen servicio que estaba dando.

Pero a pesar de todo, estaba un poco relajada. Un poco, claro. Su dedo me acariciaba con experiencia, haciéndome soltar pequeñitos jadeos que no eran nada parecidos a los que yo solía soltar cuando estaba sola y comencé a pensar que tal vez iba a ser más complicado. Que no iba a poder fingir un orgasmo y que todo saldría mal, cuando Marcus fue más allá y tocó timbre. Bueno, no voy a hablar así que parezco nena de dos años, cuando finalmente introdujo un dedo en mi interior.

Y mierda.

¿Conoces las estrellas? Bueno ahí estaba yo.

Moviendo los deditos del pie ante tales movimientos suaves que me hacían soltar nada más que suspiros y pequeños jadeos. Se movió con agilidad, sabiendo lo que estaba haciendo y si bien me miraba en todo momento, yo estaba ahí siendo un espectáculo. Una peli porno muy mala que nadie quería ver.

Mi pecho estaba enloquecido y Marcus notó eso, por lo que su boca esta vez se movió hacia mi escote y lo beso. Y yo ahí, queriendo llamar a los bomberos porque había un incendio. Me moví junto con sus movimientos, encantada, enloquecida por todo.

—¿Me quieres guiar? —preguntó sobre mi oído y me reí nerviosa, porque el maldito encima se estaba burlando. Como si no hubiera encontrado lo que estaba buscando. Ay lo odiaba. Tenía calor. Iba a morirme.

—Parece...parece que conoces el camino —le dije jadeando un poco y sonando como una tonta, pero sin poder evitarlo ya que tenia la cabeza en todos lados.

Obviamente, las estrellas y el orgasmo llegaron rápido, porque el muy maldito sabia qué hacer. Lo disfruté como pude, porque no quería ser tan escandalosa en la casa de un extraño y por momentos comprendí que ese mito de que los hombres no conocen a la mujer era mentira. Ahí había uno y además yo lo había encontrado.

—¿Todo bien? —quiso saber, corriéndome el cabello hacia atrás, algo mojado por el calor del momento y me miró con esos ojos perfectos. Maldita perfección.

—Excelente, 5 estrellas, muy buen servicio —le dije sorprendida por todo y un poco abrumada—. ¿Tengo yo qué...? ¿Hacer lo mismo?

—Mmm, no ahora. Por ahora estamos hablando de ti y de como me enviaras nudes mañana luego de verte al espejo.

Dicho eso, sus besos volvieron a bajar por mi pecho, levantando más mi vestido hasta que estuvo arrollado en mis pechos. Y sí, besaba bien en todas partes.



El espejo me devolvió mi reflejo, como suponía y me miré como le había prometido a Marcus. Desde la noche anterior, en la que al final solo charlamos hasta tarde y yo dormí con una camiseta de él en sus brazos, comprendí que había más cosas además del sexo. Era eso lo que Marcus quería mostrarme, pero yo no parecía comprenderlo. Era placer, era conocimiento, era un mutuo acuerdo. Lamentaba mi encuentro con Matthew, pero la realidad es que había más que yo quería conocer.

Y en algo había tenido razón, Marcus era mi realidad.

Yo no me gustaba, no me parecía linda y mucho menos atractiva o sexy. Pero ayer Marcus me había mostrado todo lo contrario. Me había mirado con sus oscuros ojos llenos de deseo y me había hecho

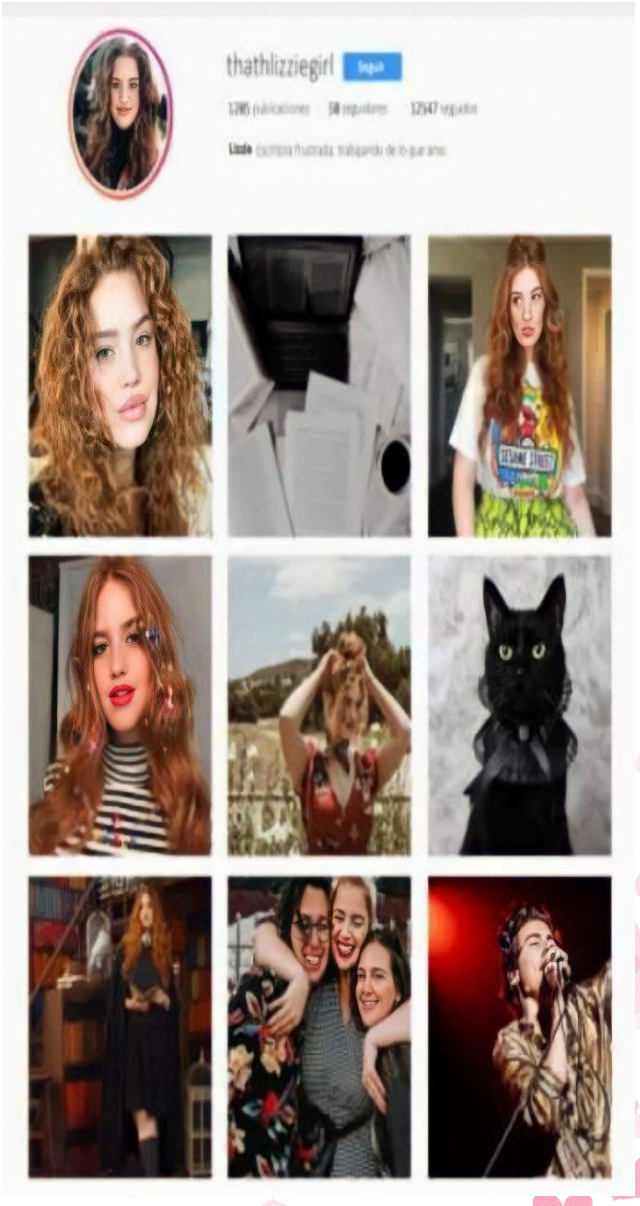
sentir la mujer más sexy del mundo. Quería serlo. Quería verme al espejo y gustarme. Y no lo hacia como antes, era un avance.

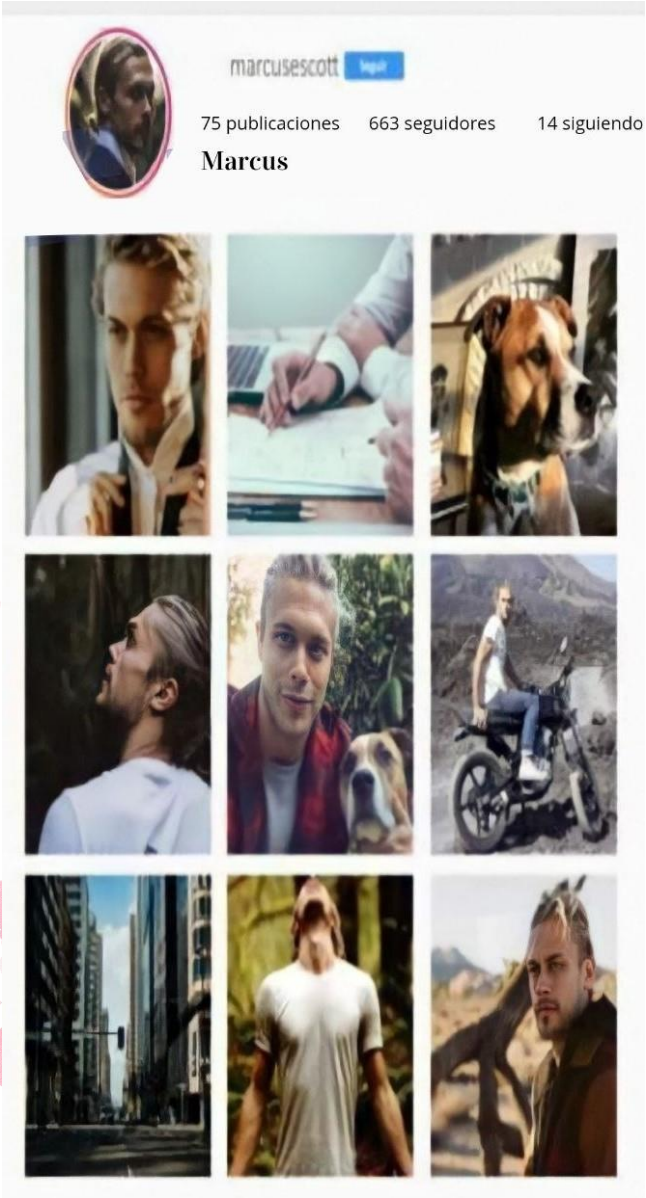
Me miré y me acomodé el cabello, sorprendida por toda la sensación que todavía recordaba en mi cuerpo. Marcus me estaba enseñando algo que nunca nadie había logrado: Quererme. Conocerme. Experimentar. Aprender.

Sonreí mientras enviaba la bendita nude y cuando apreté el botón de enviar a su WhatsApp, me di cuenta de que la envié al grupo de la oficina.



Extra: Redes Sociales





Capitulo 7

Cómo vivir un capitulo de la Rosa de Guadalupe y no morir en el intento

No, no, no. La había cagado una vez más. Bienvenidos al show de Lizzie la tarada, usted recibirá un nude en cualquier momento gratis con su suscripción. Miré la pantalla del chat de mi oficina sin saber que decir, temblando por completo, siendo incapaz de hacer algo coherente y en vez de hacerlo, dejé caer el teléfono al piso. Mi grito seguramente se escucho hasta México. El teléfono reboto en la alfombra y me miró con la pantalla rota, recordándome que tonta puedo llegar a ser cuando me lo propongo.

—No, por favor, dime que no has muerto.

Me tiré al suelo para agarrarlo y comprobé que estaba vivo, con la pantalla rota sería su herida de guerra, pero vivo, en ese instante fui al chat. Los dedos me temblaban como una loca, pero finalmente pude eliminar el mensaje para todos. Mi corazón latía enloquecido, muerto de miedo por lo que acababa de suceder y sin saber si podría volver al trabajo después de eso. No quería hablar con Marcus, mucho menos con mi supervisora y estaba tan asustada que solamente pude pensar en hablar con Laura. Sin embargo, no respondió a la llamada.

Cualquier persona se hubiera quedado en su casa, pensando en lo mal que había actuado y analizando que el lunes lo arreglaría. Bueno, no soy cualquier persona. Tomé mis cosas y salí a la calle desesperada sabiendo que Laura vivía cerca de mi casa. No estaba pensando, simplemente me movía por puro impulso como siempre lo había hecho y no tenía vergüenza alguna en aceptarlo.

El solo hecho de pensar que mi supervisora, el contador o quien sea me había visto desnuda, me quitaba la cabeza por completo. Caminé y caminé hasta finalmente llegar a la casa de Laura, a quien llamaba constantemente para avisarle que iba hacia allí, pero no tuve respuesta. Toqué el timbre mil veces y no conseguí nada, sin

embargo, una amable señora me dejo pasar al edificio. Allí en un pasillo lleno de apartamentos, golpeé con fuera el número de la casa de Laura, en el que había hecho la fiesta.

Oí voces que no reconocí y cuando Laura apareció, me llevé una gran sorpresa.

—¿Qué haces aquí, Lizzie? —me preguntó la rubia arreglándose la ropa y el cabello para arreglar el desastre que llevaba. Yo la miré con la boca abierta y luego al chico sexy que tenia en su sillón. Era uno de esos tipos que te quitaban las bragas con la mirada. Cara de malo, cabello muy corto y ojos de cuervo, o algo así creí en ese momento. Me miró con curiosidad mientras lo observaba estupefacta y luego a los tatuajes en su garganta. Fruncí el ceño al recordar algo.

—Ese no es tu novio —respondí al recordar que Laura, la chica perfecta de la editorial, tenia un novio rico, guapo y perfecto que todas envidiábamos. Me quedé dura al ver que estaba engañando a su novio. ¿Y como me di cuenta de eso? Pues el chico no llevaba camisa y eso para mi significaba que estaban por hacer el delicioso. Además, hacia como diez grados y no me imaginaba que el chico tuviera calor.

—¿Qué quieres Lizzie?, esto es irrespetuoso.

—Oh, sí, lo siento. Es que envié algo al grupo de la oficina y quería saber si ya sabes...si lo has visto.

Laura puso los ojos en blanco y buscó su teléfono para mostrarme que había un mensaje eliminado, pero nada más. No me servía lo que había hecho, había caminado no sé cuantas cuadras para encontrarme con una persona no miraba el WhatsApp obsesionada mente como yo. Suspiré y le agradecí, pidiéndome que me abra la puerta para salir y refunfuñando lo hizo. Cuando estábamos en el ascensor me di cuenta de que Laura tenia la mirada perdida. Le pregunte si estaba todo bien y me regaló una mirada de odio.

Cansada como estaba, volví a casa con una pizza y me senté a comerla sola con mi gato sintiendo un vacío existencial. No sabía si alguien había visto la foto y al mismo tiempo no sabía cómo podía ser tan tonta. Todo lo que había conseguido darme Marcus lo había eliminado por completo de mi cuerpo y me sentía tonta. Tonta y sola.



El lunes nadie me miraba raro en la oficina y creía que eso era un buen indicio. Mi supervisora me ignoró como de costumbre y me mandó a hacer algunas cosas que nadie quería hacer. Laura ni siquiera me dirigió la palabra y a mi tampoco me dolía mucho, a Marcus lo vi trabajar sin parar en su despacho hecho de cristal como mi corazón. Suspiré cansada y me refregué los ojos mientras terminaba de enviar un mensaje de rechazo a una chica que quería publicar una novela de fantasía que tenia toda la pinta. Pero mi supervisora me dijo que no iba a vender como necesitábamos para existir, así que lo mejor era eliminarla de nuestra mente.

A veces me daba mucha pena ser la persona que enviaba esos mensajes y que luego me preguntaban porque fueron rechazados y tenia que mentirles. Les decía que su novela no estaba a la altura, que estaba mal escrita o que no cumplía con nuestros requisitos. A veces no era así, pero era lo que me obligaban a decir y a veces tenía ganas de plantearle a Marcus porque rompíamos sueños ajenos.

Suspiré por decima vez en el día cuando recibí un mensaje en mi teléfono de Marcus diciéndome que necesitaba hablarme en el decimo piso. Fruncí el ceño mirando en que piso estábamos y recordé que este era el cuatro.

—¿Qué hay en el decimo piso? —le pregunté a mi supervisora sin entender su pedido.

—Seguramente gente trabajando, no como tú.

Puse los ojos en blanco ignorándola, pero luego se levantó y me dejó sola. Vi la oportunidad y la tomé, no todos los días tu jefe te invitaba a un piso que nadie conocía. Dejé todo prendido y fui hacia el ascensor, para encontrarme con Marcus esperando por mí en ese pasillo. Me regaló una de sus sonrisas asesinas y lo miré emocionada como si fuera la primera vez.

—Señorita Elizabeth.

—Jefecito.

Entramos al ascensor riéndonos y apenas se cerraron las puertas, Marcus me arrincono en una de las esquinas del cubículo de metal. Mis manos fueron a la camisa celeste que llevaba y le quedaba tan bien con sus ojos del mismo color. Él llevó sus manos a mi cadera y subió una por mi espalda.

—¿Hoy no hay falda asesina? —quiso saber cerca de mis labios y me reí divertida, porque no sabía que se había fijado en mi intención de provocarlo de ese modo. Nunca lo había visto mirarme cuando yo caminaba por la editorial, pero parecía que sabia como hacerlo sin que nadie se diera cuenta—. Sí, antes de que preguntes, me fijo en lo que llevas puesto todos los días. Me gusta la camisa con tortugas pequeñas.

Me reí sin poder evitarlo porque eso demostraba que claramente estaba atento a mi vestimenta. Su boca finalmente encontró la mía mientras que el ascensor subía con una lentitud que me ponía nerviosa cuando llegaba tarde y ahora la amaba. Una vez más, nuestras bocas se unieron en aquel juego de poder en el cual encontraba más territorio para besar. Marcus besaba de esas maneras que mataba a cualquiera. A veces era lento y paciente, como torturándote, pero explorando mi boca como si quisiera hacerlo toda la noche y no me importaba que fueran solo besos. Pero a veces, como en este momento su boca dominaba y comía la mía completamente. No me quejaba, era uno de esos besos violentos que te hacían temblar el cuerpo entero y me encantaba.

—¿Aquí no hay cámaras? —quise saber cuándo su boca fue hacia mi cuello, soltando un pequeño quejido cuando lo besó. Él hizo un pequeño ruido en modo de negación y me alivie al saber eso. Levanté la mirada y vi mi reflejo en el espejo, sorprendiéndome por la imagen sexy frente a mí. Marcus estaba sobre mí con ese cuerpo de ensueño y pude hacer lo que siempre había querido.

Llevé mi mano a su trasero y apreté suavemente, escuchando que soltaba una especie de gruñido y risa al mismo tiempo, tan sexy...

—Señorita Elizabeth, está jugando con fuego. Puedo despedirla, ¿sabe? —me dijo con sus manos acariciando mi piel por sobre la ropa y distrayendo a mi cerebro por completo. Estaba en todos lados. Y lo quería aun más. Ahí en el ascensor. ¿Quién necesitaba el trabajo de sus sueños cuando tenias a tu jefe besándote en un ascensor?

Esto se lo iba a contar a mis hijos. Les diría "¿Sabes que cuando tenia 25 años mi jefe y yo lo hicimos en un ascensor?" Es una de esas cosas que tenía que contarles a mis nietos y demostrar total orgullo.

—Usted me llamó aquí con estas intenciones y yo soy la culpable —dije resoplando como si estuviera indignada. Vi como Marcus llevaba su mano hacia el tablero del ascensor y apretaba el botón sin parar. Las luces se apagaron y me asusté temiendo caer del piso nueve—. Puff, y ahora me quiere matar.

—Cállate un rato, Elizabeth.

Me subió levemente a los caños que se usaban para que la gente se sujetara y sentí una pequeña elevación. No quería hacerlo en un ascensor sinceramente, no eran mis planes para perder mi virginidad, pero se notaba que Marcus no buscaba eso. Sentía que estaba segura con él, que lo que sea que planeara era por alguna razón y no me importaba que hiciera lo que quisiera. Mi confianza era ciega.

Empujó su cuerpo sobre el mío casi frotándose contra mí y solté un pequeño jadeo de esos que no solía soltar nunca. El sudor empezó a aparecerme mientras él volvía a mi boca a besarme con una fuerza fuera de sí, pero lo suficiente para hacerme gemir sobre su boca. Su movimiento era firme y yo podía sentir su erección a través de su pantalón de vestir que amaba como le quedaba. Me gustaba esta sensación, los movimientos y nuestros instintos casi primitivos. Cambie de decisión, tal vez si lo quería ahí mismo y al diablo una cama de rosas como había imaginado para mi primera vez.

—¿Hola? —dijo una voz de la nada y nos quedamos quietos casi paralizados. ¿Escuchan eso? Es un llanto de dolor por las ganas de follarme a mi jefe en el ascensor—. ¿Hay alguien? Soy Joseph de seguridad, creo que se quedó el ascensor con alguien dentro.

—Joseph...el que nunca trabaja hoy tuvo ganas de hacerlo —se quejó Marcus sobre mi boca y me reí como una niña al oírlo. Me dio un beso suave casi de despedida y se acercó al panel de mala gana. Había una luz leve de emergencia, pero mis ojos se acostumbraron y reconocieron los pequeños mechones rebeldes caer por su rostro—. Soy Marcus, Joseph. Sí, se quedó. Estaba tratando de llegar al piso diez. ¿Puedes solucionarlo?

Un silencio bastante largo paso en el que Marcus tomó mi mano y ocasiono pequeñas descargas eléctricas llenándome de emoción. Era un tierno gesto y tuve ganas de besarlo nuevamente.

—¡Jefe! Sí, claro. ¿Está bien? ¿Sucedió algo?

—No, cargo con unas cajas de archivos de mi padre. Tal vez me quedé por eso. Gracias, Joseph, me alegra saber que estás pendiente.

Volví a reírme, pero me tapé la boca con las manos y Marcus me calló con un beso, aunque me reí en sus labios sin poder evitarlo.

El ascensor volvió a cobrar vida y las luces se encendieron a nuestro alrededor. Me miré al espejo pensando que iba a encontrar una versión sexy de mí, pero me encontré con un caos y Marcus hizo una mueca graciosa frente al espejo, casi aguantando la risa de verme toda despeinada. Le di un pequeño golpe con mi brazo y finalmente la puerta del ascensor se abrió.

Ahí fue cuando me enteré de que el piso diez era el acceso a la terraza del edificio y me quedé impresionada por lo bello que era. Trabajábamos en un edificio compartido con varias empresas modernas y ahí se hacían los almuerzos especiales, fiestas y reuniones informales. También fue cuando me enteré de que mi supervisora estaba comiéndose a un grande hombre al que yo había conocido como el inversor general.

—¿Papá? —dijo Marcus y me petrifique aun más.

¿Mi supervisora estaba teniendo una relación con el padre de Marcus? Hola, Rosa de Guadalupe, te estoy llamando.

Mi supervisora que recordé que se llamaba Susan, me miro horrorizada mientras se acomodaba la ropa y el cabello revuelto mientras que el padre de Marcus no se movía del lugar en el que estaba sin poder creer como había sido atrapado. Quería decirle al señor que tenia el cierre bajo, pero creí que se enojaría si decía algo así en ese momento. Era un hombre de unos cincuenta y tantos, guapísimo a pesar de su edad, vistiendo casi igual que Marcus. Se

parecían muchísimo, salvo que el hombre era mas rígido que su hijo. Bueno, tampoco tanto porque estaba ahí comiéndose a la supervisora.

—¿Susan? ¿Qué está pasando aquí? —preguntó Marcus con la voz dolida, casi entrecortada. Quise darle un fuerte abrazo y decirle que no le prestara atención a esa víbora.

Ahí es cuando recordé las mil veces que mi supervisora llegaba de la nada arreglándose la ropa o sin respiración, o cuantas veces me había hablado del padre de Marcus como el gran inversor de la editorial. Yo era un poco lenta, no se los voy a negar, pero casi sentí que ella me lo decía entre líneas. Era una pena que yo ni siquiera entendiera las líneas.

—No tengo que darte explicaciones, Marcus —le respondió el hombre con una frialdad que me asustó y queriendo esconderme detrás de mi jefe como una niña asustada. Susan no me miraba y por un momento quise decirle que tenia el control de todo. ¡Ja! Años en ser tratada de mala manera habían llegado a este momento que tanto esperaba.

—No, pero por lo menos no te folles a mis empleados en mi editorial.

—No tendrías esta editorial si no fuera por mí, Marcus, no juegues el papel del jefe conmigo porque sales perdiendo. Mejor trabaja, trae un best seller y deja de jugar al jefe porque nos fundimos —respondió el señor y se marchó junto a Susan, que pasó a mi lado sin mirarme todavía. Ja, tiembla víbora asquerosa es mi turno de ser la Taylor Swift de la historia. Ninguna Kim Kardashian me iba a tirar.

Una vez solos, Marcus caminó por la terraza y se mostro distante mientras yo observé sus movimientos preguntándome que debía hacer. No sabia nada de él, no conocía sus conflictos paternales o lo que dijo sobre la editorial. Sentí que era un extraño para mí, mi jefe que me enseñada sobre el sexo y me besaba en los ascensores. Tal vez él quería eso, pero yo quería más. Quería conocerlo y entender sus miedos como él conocía y entendía los míos.

Se sentó en un cómodo sillón que tenía vistas a la enorme ciudad y lo acompañe haciendo lo mismo. No supe que decir, porque no era buena con las palabras, pero tomé su mano con cuidado y le di un pequeño apretón. Le acomodé los mechones rebeldes que se escapaban de su peinado perfecto que llevaba cuando trabajaba.

—¿Sabes porque llevo el cabello así de atrapado en gel cuando trabajo? —me preguntó y yo no entendí que tenia que ver, pero lo miré negando un poco con la cabeza mientras el unía nuestras manos sin importarle que estuviéramos en la terraza—. Porque él no quiere que llevé el cabello suelto. Así ha funcionado mi vida.

Entendí su explicación y asentí con algo de tristeza al comprender que Marcus era un chico atrapado. Quise creerlo cuando vi sus publicaciones de Instagram que hablaban sobre la libertad y vivir el día a día. Me imaginé que algo así sucedía, pero lo cierto era que me hacía muchas películas en mi cabeza y no sabia si podía ser real.

—¿Quieres hablar de eso?

—No, no hoy. No ahora —me dijo y asentí, aceptando lo que él quería. No iba a presionarlo para constarme su vida. Yo seguía siendo una desconocida para él—. Me gustó tu selfie.

Me puse colorada al instante al darme cuenta de que alguien si la había visto y por lo menos era la persona correcta. Me reí nerviosa y lo observé sintiendo que mi cuerpo se derretía con esa mirada que me regalaba. A veces sentía que no era nadie para él y luego me regalaba esas miradas que entraban en mi alma y mi corazón, dejándome tonta por mi jefe.

—¿Sí? ¿Te gustó? —me atreví a preguntar balbuceando algo incomoda al estar hablando de una fotografía de mí desnuda.

—Sí, la próxima trata de no mostrarla a toda la oficina.

Nos reímos un poco y nos quedamos en silencio observando cómo atardecía y que debíamos volver a nuestras vidas. Sin embargo, nos quedamos un poco más de tiempo mirando el paisaje mientras su mano tomaba la mía y yo entendía sus dolores en silencio mientras el hacia lo mismo. Marcus decía que necesitábamos conversaciones y charlas para entendernos, pero yo creía que no era cierto. En ese momento sentí una conexión directa con él que no podía explicar con palabras y creí entenderlo sin conversar. Cuando besó mi mano y me indicó que teníamos que volver, entendí que era así. Era una conexión más allá de las palabras y que de algún modo, estábamos unidos sin saberlo.

O tal vez todo estaba en mi cabeza, pero era una buena película para ver.



Extra: La lista del jefe 02

Asunto: Segundo Punto. Compra en Amazon.

Querida Señorita Elizabeth.

Buenas noches, al mail de hoy me he tomado la pequeña delicadeza de enviarlo por la noche para no recibir ningún mensaje de por medio que me distraiga de nuestra promesa. Como le comenté anteriormente, todavía tengo puntos en la lista que me gustaría aclarar.

Ahora vamos con el segundo.

Teniendo en cuenta nuestro encuentro, creo que el segundo punto de la lista es conocerse. Sé que usted quiere que lleguemos al final de la lista y créame, yo también lo deseo. Sin embargo, creo que, para poder disfrutar de ese gran final, usted debe conocer su cuerpo. Hay mucho que no se habla y se desconoce sexualmente en el cuerpo femenino y creo que usted es la indicada para saberlo. No podrá disfrutar por completo del acto si no sabe que está sucediendo y como. Tuvimos un pequeño adelanto la noche anterior y pretendo que eso continué, pero me parece que primero debe tener una pequeña compra en Amazon. La sección de sex shop siempre está disponible para envío privado a su domicilio, si necesita ayuda con algo respecto a su nueva compra no dude en avisarme.

Saludos Cordialmente

Marcus Scott.

Asunto: NO.

Querido jefecito de mi alma.

No voy a comprar un consolador, eso ya pasa los niveles de mi vergüenza. Creo que puedo jugar sola con los dedos de mi mano.

Muchas gracias, pero esta vez no estoy de acuerdo con su punto.

Saluda Cordialmente

Elizabeth.



Asunto: ¿Por favor?

Querida Elizabeth,

Comprendo el enojo a lo desconocido, pero creo que usted tiene una mala impresión de lo que un juguete sexual puede hacer. No es grotesco, no es desagradable y debería ser aceptado por la sociedad. Le pido que lo intenté, de todos modos, si no está de acuerdo lo entenderé y podremos pasar de punto. Sin embargo, le comento que está perdiéndose de un punto muy interesante que le dará un buen momento.

Espero su pronta respuesta,

Marcus Scott.



Asunto: Oh, Fuck U.

De acuerdo.

Lizzie.

Asunto: Lo puedo comprar yo.

Señorita Elizabeth,

Perfecto, lo compraré yo si te da vergüenza. ¿Sigues viviendo en la misma dirección?

Espero su respuesta para efectuar la compra,

Marcus Scott.

Asunto: NO.

Sueña Conmigo.

Lizzie

Asunto: Por supuesto.

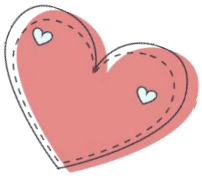
Lo intentaré.

Que tenga una buena noche, señorita Elizabeth.

Marcus Scott.







Capitulo 8

Cómo comprar un consolador y no morir en el intento

Sentada en mi cama, con la notebook en mí regazo, pienso si estoy lista para hacer lo que voy a hacer. Y, no, claro que no. Mi gato ronronea a mi lado, recordándome que está presente y que me juzga a pesar de creer que no es así. Por supuesto que lo hace, seguramente se burla de mí con otros gatos.

—Ayer mi dueña compró vibradores porque el jefe se lo pidió — seguramente le diría al gato de la vecina y juntos se burlarían ignorando que yo estoy llorando porque no sé que hacer.

Estoy nerviosa, no voy a negarlo, pero también entiendo el punto de Marcus. No puedo tener relaciones con alguien cuando no conozco por completo mi cuerpo. Y, sí, antes de que digan algo, en el pasado he conocido algunas partes. Pero no se sí del todo bien. Lo que sentí con Marcus no tiene comparación a lo que yo hacia y me quedé pensando si era capaz de sentir más. Si se podía sentir más.

Tomé aire y me armé de valor para lo que estaba a punto de hacer.

Página de incognito (no soy tan tonta como para dejar que Google me muestre luego vibradores en todos lados) y entré a Amazon para ver qué era lo que tenía que comprar. En ese momento me llegó un mensaje de Marcus y me tembló el cuerpo (si, también en lugares que no sabía que podían saludarme). Miré nerviosa, con las manos un poco temblorosas.

“¿Necesitas Ayuda?”

Resoplé, por supuesto que necesitaba ayuda, pero no iba a pedírsela a él justamente. No podía, era una vergüenza que no era capaz de aprender a vivirla. No le iba a demostrar mi falta de experiencia a alguien como Marcus y no me importaba lo que dijera su tonta lista. No iba a hacerlo, fin.

Entré y comencé a ver el catalogo en silencio, sorprendida mientras bajaba por todos los productos que mis ojitos vírgenes veían. ¿Qué carajo era una bala? Oh por Dios. ¿Podía usar un vibrador a distancia? ¿Qué era eso? Una locura. ¿Y si yo estaba en plena reunión y él lo hacia sonar? Mis piernas se movieron un poco emocionadas y me di cuenta de que deseaba eso. Seguí mirando, eso era mucho. Además, el presupuesto era demasiado.

“Silencioso, pero muy poderoso” “10 velocidades distintas” ¿Para que voy a necesitar tantas velocidades? Había de todos los colores, me causaba gracia tener un consolador color rosa en la cartera. ¿Cuántas harían eso?

Y luego llegué a la peor parte. Si, señores, a la parte de los pitos.

Pitos y pitos por todos lados. Penes, miembros, pitos de colores, penes venosos, pitos y más pitos. Cerré la tapa del ordenador y miré hacia todos lados, por suerte había cerrado la ventana. Miré a mi gato y entrecerré los ojos esperando que él me dijera que estaba pensando de mí. ¿Y si en él se ocultaba el espíritu de mi abuela? ¿Y si me estaba juzgando?

—No le cuentes esto a papá y a mamá cuando vengan, ¿ok? —le pedí y volví a abrir la computadora dispuesta a comprar mi pito con pilas.

Decidí empezar a leer reseñas, porque creí que tal vez eso me iba a ayudar. Muchas eran buenas y otras un poco ridículas como “vino con un testículo medio aplastado”. Me entró la rosa y no pude evitar tomarme todo a chiste. Luego de las risas y de burlarme de los penes de plástico, tomé aire y decidí que no sabia que hacer. Por suerte, y como si estuviera leyendo mi mente, Marcus me llamó.

—Tal vez no ha sido la mejor decisión de mi parte —me dijo a modo de saludo y claramente arrepentido por llevarme a esa situación. No estaba enojada ni algo por el estilo, estaba abrumada—. Lamento si te estoy poniendo en una posición que no quieres vivir, Lizzie.

Sonreí al escuchar mi apodo, ese que nunca usaba y me dio a entender que estábamos hablando como una pareja intima. No con nuestras bromitas sobre jefecito y señorita Elizabeth.

—No me has puesto en ninguna situación, yo he aceptado —le recordé y suspiré un poco mientras me acomodaba para poder hablar mejor por teléfono. Su voz me daba una sensación hermosa de tranquilidad

y sonreí como una niña tonta casi creyendo que él estaba ahí a mi lado—. Me siento un poco abrumada porque no sé que puedo comprar y tengo miedo de comprar un pene de plástico con un testículo medio aplastado.

—Los míos están en perfecto estado si es de tu interés.

—Gracias, es bueno saber su condición —respondí a su broma y ambos reímos un poco.

Marcus tomó aire y me preguntó en que pagina estaba, para estar ambos en la misma. Bromeamos un poco con los primeros que encontramos y luego comencé a hacerle preguntas según lo que él sabía. Me dijo que tampoco era un experto, sabia lo básico y desconocía la cantidad de productos en ese catálogo.

—Estoy impresionada por el de larga distancia.

—Es con una aplicación —me dijo mientras escuchaba de fondo ladrar un perro y como luego él lo regañaba en silencio. Sonreí, había mucho que no sabia sobre él y lo poco que había conocido en su casa—. Se puede usar desde lejos...me parece una locura interesante. Nunca lo había visto hasta ahora. Oh, mira esta reseña “Lo compré para jugar con mi novia y me dieron ganas de tener una vagina”

Nos reímos juntos un rato, porque los comentarios eran lo más entretenido además de estar buscando consoladores juntos. Era una situación extraña, porque al mismo tiempo sentía que estábamos haciendo algo de pareja. Y no de pareja común, sino más bien de una pareja que lleva tiempo o por lo menos le interesaba algo más que el sexo casual.

—Te envié un link a tu WhatsApp, ese me parece el correcto.

Entré al link que me dijo y me encontré con algo bastante tranquilo a pesar de todo lo que había visto ya. Era un simple vibrador pequeño y de colores normales (no esos verde agua que vi). El precio era cómodo y me di cuenta de que no sentía ningún tipo de desagrado por el producto. Además, lo había elegido él.

—Escucha, por más que lo haya elegido yo o el orgasmo que te robé la noche anterior, tienes que ser tú quien elija esto. Eres tu la que decide que hacer y que no hacer con tu cuerpo.

Me sentí un poco acalorada al escuchar hablar de nuestro encuentro con total tranquilidad, sintiendo que tal vez eso ya era demasiado. Pero asentí, porque realmente deseaba eso a pesar de todo. A pesar del miedo, a pesar de lo desconocido.

—Creo que está bien para mí —susurré finalmente e hice la compra en silencio.

—Y no te emociones con los tamaños, que tampoco soy un semental.

—Oh, vaya, mejor lo dejamos aquí entonces.

La risa volvió entre ambos y no pudimos evitar quedarnos un poco colgados del teléfono escuchando al otro. Me di cuenta de que deseaba mucho tener esa conexión con él, pasar todas las noches conversando de cosas banales, reírnos sobre consoladores y pitos. Vaya cosa rara que vivíamos.



—Señorita Elizabeth, creo que usted sabe muy bien que no puede recibir entregas de compras en la oficina.

Levanté la mirada confusa del ordenador, ya que estaba trabajando y me encontré con el rostro de Marcus con una caja en sus manos. Me sonrojé como nunca antes y me mostré arrepentida por lo que acababa de hacer. No sabia muy bien que había sucedido y como había recibido él aquel paquete. Me golpeé la frente. Claro, yo tenía en Amazon la dirección de la oficina no de mi casa. ¿Cómo podía ser tan tonta a veces? Por suerte era una caja de envíos, no decía nada en ningún lado y los únicos conocedores del contenido éramos nosotros dos.

—Lo siento, Marcus, yo...

—Estoy bromeando, encontré al repartidor de Amazon afuera perdido, buscando la editorial y tomé el pedido. Puede recibirlo sin problemas —me comentó y me regalo una sonrisa de esas que él tenía. Tomé la caja y la guardé entre mis cosas para que nadie más la viera.

Noté la mirada de Laura puesta en mi caja y luego volvió a mirar a su computadora con una pequeña sonrisa. Susan, mi supervisora, estaba en silencio desde que la había encontrado con la lengua en la boca del dueño de todo ese edificio. Sin embargo, no me dijo nada y por suerte ya que yo estaba realmente nerviosa.



Esa noche fui a la casa de Marcus una vez más y esta vez fue diferente. No fue un encuentro rápido como la vez anterior, sino que fue realmente una cita. Comimos una pizza llena de grasa en el comedor y luego nos sentamos en el balcón a charlar de cosas sin sentido mientras terminábamos nuestra cerveza. Ahí conocí a Pug, su precioso perro que vivía con su madre y a veces con él. El perro me llenó de besos por donde pudo y se mostró bastante contento de conocerme.

—¿Lo usas siempre para conquistar chicas? —quise ser bromista mientras lo acariciaba detrás de las orejas. Al perro, claro. Aunque no me molestaba si él necesitaba lo mismo. Solo esperaba que estuviera bañado.

—Solo a las que son difíciles de conquistar.

Lo miré conteniendo la sonrisa y sus ojos brillosos me miraron fijamente en la noche. Extendió su mano y yo la tomé pensando que iba a levantarse para ir a otro lado, pero en cambió me atrajo hacia él para sentarme en su regazo. Me sentía incomoda por mi peso, no sabia que hacer y temía lastimarlo. Nunca me había sentado así con alguien y no podía dejar de pensar en eso.

—Estas incomoda, ¿Qué sucede? —me preguntó mientras dejaba su lata de cerveza y acariciaba mi mejilla con sus dedos fríos por el sudor de la lata. Suspiré y cerré los ojos, dándome el lujo de pegar mi frente a la suya. Su colonia me invadió y lo sentí en todos lados. Su otra mano reposaba en mi gorda pierna, dejando descargas eléctricas por todo mi cuerpo—. ¿Por el peso? Deja de pensar en eso un poco.

—No es tan fácil cuando vives con él, cuando no te puedes sentar en las sillas normales o lo haces con mucho cuidado. No puedo

simplemente dejar de pensar en mi peso cuando la gente en el transporte publico no se sienta conmigo porque no entra o si lo hace se va rápido por sentir mis caderas golpeando las suyas...

—Lizzie —susurró deteniendo mi monologo angustiado, lleno de miedos e inseguridades. Me di cuenta que había soltado todo eso sin pensar y ya estaba comenzando a esconderme en mi cueva—. Tu peso existe. Tiene un número, tiene identidad y convivirá contigo siempre. A veces el numero será mayor, a veces menor. Pero es parte de ti. No vas a ocultarlo con medias, no vas a ocultarlo con fajas y no vas a poder ocultarlo de la gente. Tienes que convivir con él.

—¿Y crees que no convivo con él, Marcus? ¡Te estoy diciendo estas cosas y me dices esto! —exclamé algo alterada y me di cuenta de que estaba hablando con angustia contenida, sentía mi garganta doler y mi corazón romperse al darme cuenta de que no me entendía. Me tomó las manos, impidiendo que yo me alejara de él porque estaba tratando de hacer eso.

—No, Lizzie, escúchame. No te encierres, escúchame. No te encierres en tu mundo pensando que no puedes hacer nada porque tienes más peso que los demás. Lo importante es estar saludable y que lo aceptes. Si no hay nada malo con tu salud al tener más peso, puedes vivir con él también. No te encierres en un mundo horrible en donde no puedes hacer nada porque eres gorda.

Tragué lentamente al escuchar la palabra maligna, la que nadie decía, la que todos odiábamos. Me sentí como una niña porque comencé a llorar, todo porque el chico que me gustaba me decía gorda. Gorda, gorda, gorda. Ahí estaba la palabra que no podía ni siquiera decir en voz alta porque mis compañeros estaban gritando por los pasillos lo que era. Recordé al chico que me gustaba, en plena fiesta diciendo: “es bonita, pero gorda”. La imagen de un chico en un baile, riéndose detrás de mí: “mira como baila la gordita”. Las lágrimas me caían y, aun así, Marcus las sacó de mi rostro con tranquilidad.

—Mi madre es nutricionista —me contó y yo sentí que ya odiaba a esa mujer. Los nutricionistas eran personas que odiaban a los gordos, de eso no tenia ninguna duda y todos a los que había ido se comportaban igual—. Pero sufrió obesidad toda su vida, al día de hoy su peso no es el ideal. ¿Sabes porque quiso ser nutricionista? Porque

se propuso ser lo que la gente como tu necesita. Yo también fui gordo de chico, fui inseguro y una persona incapaz de pensar en algo que su padre no le dijera. Tenía que ser médico, empresario o rico. Pero decidí apostar por el mundo de la literatura, uno casi muerto en cuanto a lo físico, pero no me importó. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué te gustan las causas perdidas como yo?

—además de eso —comentó riendo un poco mientras acariciaba mi espalda y yo me sentía tan cómoda entre sus brazos—. No creo en la belleza del dinero, en la belleza normal. Creo en la gente que tiene talentos ocultos, que tienen belleza de maneras diferentes y te la demuestran de otros modos. Nuestras historias no son las que siempre verás por editoriales grandes, sino promesas para el futuro. Veo lo mismo en las personas.

—¿Eso viste en mí? —quise saber curiosa, encantada con sus palabras.

Conocía ese discurso porque ya lo había visto dando charlas pidiendo a los empleados que buscaran eso. La editorial Scott era una editorial que no pensaba en los números extremos, sino en las promesas. Obviamente nos estábamos muriendo de hambre, pero por lo menos éramos felices viendo que nuestro contenido era bueno. Nos fundíamos, pero felices.

—Tú tienes una belleza única, Lizzie, una que no se ve todos los días. Eres la persona más divertida que he conocido en mi vida y le das un color a la editorial que no podríamos imitar nunca por más que quisiéramos. Cuando mandaste mal el mail, te caíste de culo en mi despacho y me miraste un poco la entrepierna...me di cuenta de que eras única y no podía dejarte ir. Eso te define. No te define el numero que te muestra la balanza, ni los comentarios de las personas o ser virgen o no. Te define la marca que dejas en este mundo y me gusta eso de ti, Lizzie. Me gustas y mucho.

Humedecí mis labios sin dejar de mirarlo a él, a ese hombre que estaba diciéndome las cosas más lindas que escuché en mi vida. Diciéndome bonita, linda, llena de luz, todo lo que laguna vez había querido escuchar. Marcus era lo que siempre había buscado y a pesar de nuestras diferencias podíamos encontrar una manera de conectar.

—A mí también me gustas mucho Marcus.

Su boca buscó la mía como siempre y yo fui a su encuentro sin dudarlo, porque necesitaba besarlo en ese momento tan bello que seguramente iba a recordar toda mi vida. Necesitaba su contacto, sus besos en mi piel y su voz llamándome por mi nombre largo, corto o lo que sea. Lo quería y de maneras que por momento no entendía.

—¿Quieres probar la compra en Amazon así podemos dejar una reseña?

Me reí sobre su boca ante su propuesta y asentí, porque estaba más que lista para cualquier cosa que él me pidiera hacer.







Capitulo 9

Cómo ver porno con tu jefe y no morir en el intento

—Entonces este año hemos decidido dejar de lado las tramas de fantasía para solamente ir hacia las de juventud, romance, etc.

En otro momento me estaría quejando, por supuesto. Sentada en mi silla predilecta en la reunión de la situación de la empresa, en lo único en lo que podía pensar era en la noche anterior con la persona que estaba frente a mí. Marcus explicaba como íbamos a seguir adelante con la editorial y como íbamos a enfocarnos de ahora en más, pero yo solo pensaba en sus besos, en su cuerpo sobre el mío y toda aquella vivencia que habíamos tenido con el nuevo juguete que había comprado y había ayudado a hacerme ver las estrellas por un largo raro. No había pasado nada más que eso, otra vez, pero había que admitir que por lo menos yo quedaba contenta. No entendía como hacia él para estar tan tranquilo después de todo, supongo que era un profesional total. No lo sé, nunca sé nada para ser sincera.

—Pero, Marcus, ¿Qué estás diciendo? —comentó Laura sorprendida frente a mí, aunque yo no estaba prestando nada de atención. Decidí que era hora de tratar de entender que estaba pasando ahí y porque todos tenían caras largas—. Creo que hablo por todos cuando digo que estamos en esta editorial porque queremos conocer a autores prometedores y publicar lo que sea que tienen, no solamente lo que esta de moda.

—Son épocas de crisis editoriales, Laura y lo sabes —le respondió mi perfecto jefe mientras se cruzaba de brazos frente al monitor donde se encontraban las bajas de la empresa. No sabia que decir en ese momento, me quedé boca abierta al darme cuenta de cuanto estaba perdiendo la empresa y yo pensando en que sexy se veía Marcus.

—Lo sé, pero no es la razón por la que estamos aquí. Tú mismo nos dijiste que no ibas a volverte alguien que pensaba solo en números...

—Las cosas han cambiado.

Todos empezaron a comentar y a hablar en voz alta, quejándose de Marcus y de la editorial, pero me di cuenta de que él estaba ausente. Asentía a lo que le decían y el finalmente hizo lo mismo. Nuestras miradas se encontraron en la sala y me di cuenta de que aquello que dicen en las películas es real. A veces el mundo desaparece cuando ves a la persona que te interesa y esta persona parece sentir lo mismo. Nuestras miradas estaban fijas y si no fuera por la pesada de mi supervisora, seguiríamos así todo el tiempo.

—Tal vez tendríamos que escuchar más al jefe de la empresa —dijo con voz seria y puse los ojos en blanco, sin poder creer que esa mujer fuera real. Encima que andaba con el padre de Marcus decía esas cosas.

La reunión terminó y se sintió la tensión cuando Marcus no contó lo que todos querían escuchar: Mejoras. Los empleados se fueron lentamente y me quedé en la sala a pesar de poder escuchar a mi supervisora quejándose. Marcus le hizo un gesto de que estaba bien, que podía quedarme y cuando todos se fueron, suspiré. Todos nos estaban mirando por más de que fingieran que no, lo malo de las salsa de vidrio, pero no parecía que hubiera algo más entre nosotros, a fin de cuentas.

—Debes pensar que soy un idiota que sigue las normas de su padre —soltó con seriedad y me encogí de hombros, sin saber que era lo que realmente pensaba en ese momento—. Tiene su punto, claro. No puedo negar que a fin de cunetas nos estamos fundiendo lentamente, pero es mi editorial...y yo quiero poder seguir publicando lo que me gusta.

—No estoy pensando en nada más que en la preocupación, Marcus —le dije y me puse de pie para acercarme a él, aunque sin hacer nada más que eso. Solamente para podernos susurrar o hablar más bajo y que todos no nos entendieran—. Entiendo que debes tener presión, que ser el jefe no es cosa fácil...pero tienes que hacer lo que te gusta.

—No lo entiendes, Lizzie. Tu vienes aquí, lees manuscritos, los rechazas, los aceptas, para luego pasármelos a mí y yo debo pensar que vende realmente. Como hacer para pagarte el sueldo a fin de mes, como hacer para que mí padre se sienta orgulloso de lo que hago. Y, como ya has visto, no lo hace.

Suspiré y no supe qué hacer. En las películas románticas o las novelas que leía, era el momento en donde se me ocurría una idea brillante y lo sorprendía. Él me iba a decir que era la mejor y yo simplemente asentiría porque ya lo sabía. Pero eso no era una película y ambos lo sabíamos. Ahí estaba la realidad de un trabajo cayendo lentamente, sobre nosotros y dejándome sin poder pagarle la comida a mi gato, que bien cara era para que él estuviera chismeando con el vecino sobre mi vida sexual.

—No tengo la solución para tu problema —dije finalmente, comprendiendo que así era y que no podía hacer nada más que apoyar al chico que me había prometido sexo y que ni siquiera sabia que era lo que deseaba de mí.

Pude ver en los ojos de Marcus decepción, lo noté al instante y me quedé en silencio sin saber que decirle. ¡Quería ser esa chica capaz! Quería que se me ocurriera algo brillante y que juntos pudiéramos salvar su sueño de una editorial capaz de cumplir los objetivos de las personas. Pero no éramos parte de una novela y la vida real nos recordaba eso sin parar. Sobre todo, a mí con casi 25 años y virgen.

—Siento que no te conozco —dije finalmente y él levantó la mirada sorprendido por mí confesión. Nos quedamos unos minutos mirándonos y quise saber más. Quise entender que estaba sucediendo en su mente—. Tú...yo te cuento todo de mí, sabes todo. Conoces mis miedos y mis inseguridades...pero, ¿Qué se yo de ti? Solo lo que me muestras.

—Tal vez es lo que quiero mostrarte, Lizzie, tal vez no haya nada bueno....

Me quedé en silencio ante eso y me pregunté que podía pasar por su mente o que le atormentaba para no contarme su realidad. Me puse a pensar que tal vez éramos dos personas con miedos y problemas, queriendo no estar solas.

—Antes de entrar en la reunión hice un punto nuevo a mi lista. ¿Me respondes el email? —me preguntó y asentí sin ganas, porque él me lo estaba diciendo de ese modo. Parecía que ninguno de los dos quería hacer algo y que lentamente las energías que teníamos se estaban disminuyendo.

Asentí varias veces y comencé a caminar hasta la puerta. La abrí, pero volví a cerrarla para mirar a Marcus en ese mundo perdido en el que se encontraba. Quería decirle algo, pero nuevamente estaba en una encrucijada en donde no encontraba las palabras que él necesitaba. O por lo menos yo creía que necesitaba. Él siempre me había dicho lo justo, me había ayudado con todo y yo no tenia nada.

—Qué...que te parece sí, ya sabes, nos vemos hoy —propuse y por un momento no supe si estaba haciendo bien las cosas.

—Creo que yo era el que ponía las ordenes, señorita Elizabeth.

Su tonó sonó con más emoción y me reí junto a él, porque me encantaba ver como sus energías iban aumentando de a poco.

—Vamos, estoy segura de que el nuevo punto en la lista nos necesita juntos...así que creo que podemos vernos hoy. Yo cocinaré, pondré lindo a mi gato y...

—¿Esta vez no vas a estar con otra persona y echarme de tu casa con comida en la mano?

Resoplé, porque recordar la última y única vez que Marcus había estado en mi departamento me enojaba. Entrecerré los ojos y me crucé de brazos mientras él me devolvía esa mirada juguetona que me hacia abrir la canilla entre mis piernas. Me estaba volviendo una desesperada, no iba a negarlo.

—Jamás, escúchame, jamás echaría a una persona con comida en mi casa —le aseguré señalando a Marcus con el dedo y él se río asintiendo un par de veces—. Tú te fuiste.

—Me gustaría discutir esto en la noche, ¿te parece? —me comentó mientras miraba su teléfono que no paraba de sonar y asentí, porque entendí que tenia un negocio que mantener para darme de comer—. Pero de acuerdo, nada de sorpresas esta vez.

Puse los ojos en blanco una vez más, de manera exagerada, y finalmente me marché hasta mi escritorio. Suspiré y tomé aire, porque iba a ser una noche prometedora. Para mi sorpresa mi supervisora no dijo absolutamente nada sobre mi vagancia, pero me miraba fijamente somo si supiera algo. Yo sabia más de ella así que le iba ganando.

Prendí mi computadora y al abrir mi mail noté que tenia dos. El de Marcus y uno de mi supervisora. Decidí abrir el más sexy.

Señorita Elizabeth:

Debido al éxito de nuestra noche anterior, quería que pasemos al siguiente punto muy importante para nuestro futuro y el descubrimiento de usted en el ámbito deseado.

Hoy la invito a tomarse la tarde libre y mirar un par de videos que anteriormente llamábamos HOT. Sé que en este momento me estás mirando con enojo porque no estás de acuerdo con el tipo de videos, pero le dejo una pagina que le prometo que son videos caseros (nada de esos en los que todos parecen modelos) y totalmente consensuados. Espero que esté de acuerdo con este punto y que tenga una bonita tarde.

Atentamente,

Marcus Scott.



OK.

MI JEFE QUERÍA QUE VIERA PORNO.

No, no, no, eso no iba a pasar. No iba a ver porno para él, era totalmente ilógico. ¿Ustedes alguna vez vieron porno? Bueno, yo no, un poco alguna que otra vez cuando era chica y sin querer descubría que mis padres estaban contratando esos servicios de canales. Que cosa más horrible por favor. Tramas absurdas sobre mujeres que necesitaban un plomero y que, sin explicación alguna, dejaban de arreglar la cañería para meter la suya en otro agujero. Sin motivo, repito. Las mujeres gritaban raro, hacían expresiones faciales que me parecían dignas de un Oscar (¿El porno tenia premiaciones?) y la verdad es que el sexo era como promiscuo. Ni siquiera compromiso, más bien animal.

Hola, ¿Qué tal? ¿Le gustaría que mi caño entrara en su agujero? Les juro que una vez vi una trama así. Y una vez vi una sobre un caballo. Ay diosito, te pido disculpas.

Querido Jefecito:

Me parece que usted nunca ha visto ninguno de esos videos porque no sabe a lo que se está enfrentando. Me gustaría saber: ¿Usted es tal vez un semental? ¿Dura tanto tiempo como en esos videos? ¿Puede hacerme gritar como en esos videos? Porque yo no voy a abrirme de piernas como esas muchachas con tanta elongación, ni tampoco suelo ir depilada de aquel modo o hago lo que ellas hacen.

¡Tampoco lo haría!

Niego el punto, no estoy de acuerdo.

Saludos,

Elizabeth.

PD: ¿El tamaño es el mismo?

—¿Qué estás haciendo, Elizabeth? —me preguntó mi supervisora del otro lado del escritorio, viendo como escribía enojada frente al ordenador. Me di cuenta de que estaba enfadada y escribía como si estuviera respondiéndole a un trol.

—Le respondo a una mala critica de la editorial. No te preocupes, algo muy profesional.

—Bueno, deja el drama y ponte a trabajar. Tenemos mucho que leer si Marcus quiere que encontremos el próximo Crepúsculo —dijo y volvió a su trabajo mientras que yo miraba a Marcus sentado con su computadora en la sala de reuniones.

Me estaba mirando y me entró la risa, pero decidí no seguir su juego, aunque cuando levantó una de sus cejas me hizo temblar bajo el escritorio. ¿No podíamos olvidarnos de todos y hacerlo sobre la mesa ignorando que yo era una empleada y él mí jefe? Me haría muy bien al alma y a él le quitaría el estrés.

Estimada Elizabeth:

Sé que la solicitud puede ser rara, pero le recuerdo que usted decidió que yo pusiera los puntos de la lista y que fueran importantes para finalizar el contrato. Le prometo que solamente tendrá que mirar algunos más que nada para saber algunas cosas que a veces se ignoran.

Por otro lado, como usted dijo, todo aquello es irreal y en algunos casos son personas contratadas o en peores circunstancias. No estoy de acuerdo con ese tipo de videos, por eso le recomiendo la página que le brindo, la cual no posee dichas características.

En cuanto al tema de la duración, depilación y otras inquietudes, le pido que primero mire la página y luego me haga consultas. Le prometo que será educador.

Muchas gracias,

Marcus Scott.

PD: Nunca he hecho las medidas, pero tampoco nadie se ha quejado.

Resoplé luego de leer el mail y miré a Marcus otra vez. Nuestras miradas quemaban, realmente lo hacían y por un momento creí que iba a invitarme a su despacho a verlo juntos. Pero, no, estúpida Lizzie, no entendía que eso era parte de mis delirios. Iba a responderle que estaba de acuerdo, pero antes quería ver la página.

Ya sé lo que van a decir. Que soy una tonta, que como puedo ser tan estúpida y demás. Pero piensen, ¿nunca les ha pasado? ¿Nunca abrieron un link sin querer ver algo y se olvidaron de bajar el volumen?

Bueno, eso me sucedió a mí.

Me olvidaba de comentar algo, era viernes y tenia mi computadora conectada a los parlantes de la oficina ya que estaba poniendo música. Por lo tanto, cuando le di clic a la página y se reprodujo un video automáticamente, toda la oficina se dio cuenta que estaba viendo porno.

A veces se gana y otras se pierde. Yo me gané al jefecito y perdí la dignidad.



Ya en mi casa, roja de vergüenza y sintiendo que era la chica más tonta del planeta, me dejé caer sobre mi sillón y mi gato se sentó en mi culo porque tenía forma de almohadón. Suspiré recordando escuchar las risotadas de mis compañeros mientras apagaba rápidamente la computadora y seguían sonando sin parar los gemidos de la nada. Obviamente al rato tenia un mail de Marcus y por media hora no quise ni siquiera mirarlo, pero lo hice cuando noté su mirada enfadada.

Elizabeth,

Por favor, EN TU CASA.

De acuerdo, estaba lista. Me levanté del sillón, tomé el ordenador una vez más y me preparé para eso. Bajé el volumen, porque temía que mis vecinos se rieran de mí también y todas sus mascotas hablaran de mi en sus tiempos libres. Hasta que finalmente entré a la bendita página.

Y no estaba tan mal. Es decir, pasaban cosas que yo no estaba del todo enterada de que eran y me di cuenta de que era diferente al porno asqueroso que había visto alguna vez en mi vida. En este se notaba que la pareja se conocía más, las cosas que susurraban parecían excitar más al otro que los insultos groseros y noté que las posiciones cambiaban, cosa que nunca había notado.

También noté que no todos eran extremadamente flacos como en el otro catalogo y también era todo tan casero que hasta me sentí con un poco de calor. Podía sentir ese calor en mi cuerpo y me imagine con Marcus haciendo las mismas cosas. Había mucho jugueteo con el miembro del hombre y me sentí un poco en falta de ello. Nunca ni siquiera lo había visto y empezaba a sentir que faltaba porque Marcus conocía mi cuerpo bastante bien.

O lo que yo quería mostrarle.

Me daba vergüenza las obvias estrías, las marcas que me hacia la ropa apretada o hasta mi trasero sin forma que no fuera redonda y flácida. Él lucia perfecto, parecía esos tipos que iban a correr todos los días y volvían impecables, mientras que yo parecía una masa mal hecha. Suspiré y apagué la computadora, notando que estaba sintiéndome mal nuevamente y desconforme con mí cuerpo.

¿Por qué me había mandado a ver ese tipo de cosas? ¿Qué había hecho yo para sentirme tan insegura? Me miré al espejo y comprendí que no era fea de cara, que eso me lo habían dicho toda la vida, pero nunca había hecho caso a ello. Pero estaba a años luz de querer mi cuerpo y estaba cansada de eso.

Así que, sin previo aviso, decidí ponerme mi ropa más sexy y saludarlo así. No le di muchas vueltas al asunto, cuando tocaron el timbre estaba vestida para matar a cualquiera. Minifalda negra ajustada, medias de red, tacones altos y un body semi transparente que me había comprado y jamás había usado.

Era de esas cosas que compraba cosas sexys, pero jamás usaba, ni siquiera para mirarse al espejo. Pero en ese momento me sentía sexy y no iba a negarlo.

Abrí la puerta esperanzada, lista para saltarle encima con los truquitos nuevos que había aprendido, y me quedé de piedra al ver que frente a mi estaba mi supervisora. ¿Qué pasaba? ¿Todo el mundo sabia mi dirección?

—Vaya, parece que tienes una cita prometedora esta noche —me dijo y me quedé en silencio, tensa y nerviosa al darme cuenta de que algo estaba mal—. No voy a quitarte mucho tiempo, Lizzie. Veo que estás desesperada...

¿Cómo quitarme la seguridad en 10 minutos? Esta señora si que sabia hacerlo.

La miré de mala gana y me crucé de brazos, esperando su explicación porque no tenia ni ganas de saludarme o invitarla a mi casa. Ella me mostró su teléfono y al instante noté lo que estaba viendo. La muy maldita le había sacado una captura a mi nude, haciendo presente mi peor sueño. ¿Cómo podía hacer alguien tan cruel en este mundo?

—No entiendo...no entiendo que quieres con eso.

—Tú sabes mi secreto y no se lo contarás a nadie porque sino le enviaré a todos esta hermosa fotografía.

Cuando iba a decirle que no necesitaba eso, que podía mostrárselos a todos, apareció Marcus en la escena.

Traía un pack de cervezas otra vez y una rosa en sus manos, sacado de una novela romántica y siendo tan perfecto como siempre. Me quedé en silencio sin saber que decir o que hacer porque había un problema nuevo. Yo sabía el secreto de ella y ella conocía el mío.







Capitulo 10

Cómo no perder a tu jefe y no morir en el intento

Lloraba en el baño de la editorial, como una tonta y no podía detenerme desde hacia horas. Me faltaba el aire y cada vez que trataba de decir algo solo terminaba sollozando peor y sin poder hacer algo con respecto a eso. Me dolía el pecho y no entendía como algo así podía afectarme tanto. Me sentía como Bella Swan en Crepúsculo cuando no paraba de llorar y los meses pasaban y pasaban porque había perdido al hombre que amaba. Tal vez yo era igual que Bella, tal vez me había vuelto una persona que dependía de un hombre del que poco sabia del que poco sentía.

Si, sé que están esperando que les explique que pasó, pero yo tampoco entendía que había sucedido y como había pasado de ser la chica besada en el ascensor a la ignorada en el mismo lugar. Me di cuenta de que Marcus había hecho algo que jamás habría esperado que hiciera. Marcus me había decepcionado.

Cuando Susan, mi supervisora, se fue de mi casa y quedamos solo nosotros dos, noté en Marcus una mirada que no había visto antes en él. Estaba asustado, más bien aterrorizado y yo me sentí invadida por ese sentimiento al mismo tiempo que él.

—¿Por qué nos preocupa tanto esto? —quise saber confundida porque no entendía su mirada mientras se sentaba en el sillón y mi gato lo miraba de mala gana—. ¿Marcus? ¡Ella no puede venir a amenazarme de ese modo cuando...!

—No entiendes, Lizzie...no funciona todo como tú crees —me dijo en un tonó que me molesto, como si yo fuera tonta, como si yo fuera ignorante. Y lo era, pero porque él no me dejaba entrar y en ese momento estaba empezando a darme cuenta.

—No lo entiendo, porque tú no me dice anda. Crees que podemos mantener esta relación en donde solo una persona se abre y cuenta

sus problemas —reclamé sin darme cuenta de lo mal que estaba sonando. Es decir, yo sentía que ahí era la única que demostraba cosas y que no sabía nada de él—. Me dijiste que para tener sexo hay que tener una conexión y para ti eso significa química física.

—Entonces, tal vez no deberíamos hacerlo.

Fue como un golpe y me quedé en silencio sorprendida por sus palabras, como si tuviera a una persona completamente diferente frente a mí. ¿Qué era lo que sucedía? ¿Qué lo ponía así cuando había me demostrado que podía ser una persona totalmente diferente? Yo no quería eso, yo quería saber quien era y no saber pedazos que iba juntando como si estuviera armando un puzzle.

Por eso, tragué y me condené virgen para toda la vida. Porque si no lo hacia con él, no lo haría con nadie más. Ahí estaba mi gran debate. ¿Aceptaba sus reglas y cerraba la boca para perder mi virginidad antes de los 25 años o simplemente aceptaría que tal vez nadie regaría jamás las plantas en mi jardín? Quise ponerme a llorar con una especie de pataleta porque había llegado tan lejos y sucedía esto. Pero no podía, créanme no podía, simplemente no iba a dejar que eso sucediera. Yo quería una conexión, pero no de la que él hablaba. Yo quería lo que veía en las películas, en las series y en todas las novelas de amor que a mi me encantaban.

—Bien —dije con firmeza, demostrando seguridad en mis palabras.

—¿Bien? ¿Así nomás? —inquirió sorprendido por mí seguridad y fruncí el ceño. ¡Por supuesto que sí! Me molestaba que le sorprendiera o tal vez estaba demasiado emocional porque no sabia que iba a pasar—. No puedo contarte todo, Lizzie...nos conocemos hace poco tiempo.

—¿Y eso que significa? ¿Qué hay un limite de tiempo para contar las cosas? ¿Tengo que desbloquearte como si esto fuera un videojuego y cada tema fuera un trofeo? No quiero eso, no se supone que las relaciones sean así.

Lo vi suspirar y se refregó los ojos unos minutos mientras se ponía de pie con una agilidad que me asustaba. A mi siempre me costaba levantar el trasero de ese sillón, pero me mantuve firme. Sentía que si quería algo tenía que luchar por eso. ¿No decían eso en las

películas? Me habían enseñado que así era y que si quería cambiar nuestra relación al hacer eso lo haría y conseguiría lo que quería.

Sin embargo, una vez más el mundo me recordó que esto no es una novela juvenil en donde todo salía perfecto. Si estuviéramos en alguna novela famosa ahora estaríamos teniendo sexo en la alfombra, pero no había nada más lejano. De hecho, parecía que Marcus entendía mis sentimientos.

—Lizzie...esto no es una novela. No somos parte de una novela literaria en donde las personas son más abiertas de lo normal. Yo...hay cosas que no puedo contarte y es porque las quiero para mí y tienes que respetar eso. Algunas personas son más cerradas que otras.

—Entonces no quiero estar con una persona así —susurré porque las palabras realmente no salieron de mi boca, salieron solas cuando menos lo esperaba.

Marcus me miró unos minutos en silencio, como si estuviera esperando a que me arrepintiera o el mismo estaba analizando lo que estaba diciendo porque finalmente asintió, parecía que había logrado comprender mis deseos. Asintió una vez más y dejó las cosas sobre la mesa de café, aunque yo no quería saber nada con cervezas y flores. Pero tampoco le podía decir que no las quería, porque las había traído para mí. Lo vi irse abriendo la puerta de mi casa para dejarme sola...

Lo siguiente que recuerdo es que tomé muchísimo y lloré abrazando a mi gato. Tal vez ese era mi destino, vivir con gatos, borracha. Me recordaba mucho a Bridget Jones, tal vez ella es mi destino, pero sin ningún Darcy.

La puerta del baño se abrió y entró Laura con su perfección y un labial rosa en sus manos, se sorprendió al verme en ese estado lamentable al instante. Tomé papel para tratar de limpiarme las lágrimas y me corrí el maquillaje. La verdad es que lucía horrible, mi cara era un desastre y mis lagrimas caían por todos lados. Mi cabello

estaba atado sin ningún tipo de brillo o peinado raro como yo solía hacerme. Me había puesto simplemente un jean, cosa que no hacia nunca, y una camiseta con palabras tontas. No me había puesto ni siquiera iluminador y eso era para mí como un sacrilegio.

—No quiero ofenderte...pero luces horrible.

Me reí al mismo tiempo que ella y asentí porque estaba al tanto de mi horrible estado. Pensé que iba a entrar al cubículo, pero sin embargo se acercó a mí dispuesta a darme una mano.

—Bueno, pero por suerte, somos mujeres y podemos arreglarlo todo —me explicó con total tranquilidad mientras tomaba papel y me ayudaba a limpiarme el delineador corrido que manchaba todo mi rostro—. ¿Qué te sucedió? ¿Algo malo? Dime que no es por un hombre...

Hice un pequeño puchero y Laura negó con la cabeza mientras hacia un chasquido con la lengua al escuchar mis palabras. Una vez que termino con mi delineador vio que había llevado cosméticos y se dedicó a perder su tiempo tratando de arreglar el caos. La verdad es que parecía profesional y como si supiera como arreglar el maquillaje luego de un ataque de llanto.

—Escúchame, Lizzie, sé que no nos conocemos mucho, pero de mujer a mujer, déjame decirte que el hombre que te ha hecho daño no merece esto —me dijo con seguridad mientras movía su mano alrededor de ambas y yo solo sollozaba como si tuviera cinco años y me hubieran sacado mi muñeco favorito. En realidad, así era—. Mírame, Lizzie, sé que ahora te gusta o lo que sea. Tal vez parece el Dios del sexo, pero eso no importa. Ningún hombre que te quiere te hace llorar así, ¿de acuerdo?

—¿Y, que hago, Laura? Porque seguro que para ti es fácil decir eso cuando tienes esa cara...pero para mí es el primer hombre que me presta atención.

La chica se mostró indignada al instante, frunciendo el ceño y poniéndose al lado de mi para que nos viéramos al espejo ambas. Obviamente yo no entendía, Laura era la perfección exacta y se notaba que estaba a kilómetros de mi en cuanto a belleza.

—Esta nariz no es mía —me dijo señalando la parte de la cara con el labial cerrado y me sorprendí porque creí que era verdadera—. Los

pómulos me los subí y mi cabello no es rubio natural. ¿Sabes por qué? Porque no me gustaba lo que veía en el espejo y decidí cambiar. No sabes lo difícil que son las operaciones, Lizzie, lo que significan y que duro es verse diferente al espejo. Cuando tenia todo esto que tu llamas perfección me di cuenta de que me seguía odiando y ahora más por cambiarme la cara a mí antojo.

Tragué lentamente porque siempre fui una persona a favor de las operaciones y si bien Laura parecía serlo también, se había notado que el haberlo hecho no la había llenado. Que no había logrado cambiar lo que ella deseaba.

—Me di cuenta de que no tenia que cambiar mi cara, sino mi actitud. Siempre iba a verme horrible por más que tratara eternamente de ser la más bella de mi escuela. Con el tiempo lo entendí y aprendí a quererme con todos mis defectos. Hoy no me arrepiento de ninguna operación, las hice porque quería, porque las necesitaba y me encantan. Yo soy esta que ves en el espejo, nadie me va a decir que no soy hermosa. Ni siquiera yo.

Le regalé una pequeña sonrisa porque entendía su punto y suspiré sintiéndome algo culpable por creer que gente como ella no tenia problemas. Siempre había creído que “en el mundo de los lindos y flacos” no había problemas, pero comprendí que estaba siendo egoísta y solo viviendo en mi propio dolor.

—No sé qué ha pasado, pero no tienes que llorar por alguien que te deja ir. Eres preciosa, Lizzie. Hasta yo quisiera tener un poco de tu belleza, de tu manera divertida de ser y de tener tu gusto de ropa —bromeó y asentí un poco más aliviada de todo el dolor en ese momento. Luego suspiró y me dio el labial rosa que nunca había usado, pero era de una marca cara imposible de conseguir—. Toma, te lo regalo. No tienes labial entre tus cosas y lo necesitas. Ahora déjame hacer pis que me hago encima y no puedo contigo llorando.

Me reí y asentí tomando mis cosas, agradeciendo de corazón que me diera algo así que para mí era super valioso, pero claramente para ella no. Tomé mis cosas y volví a mi lugar en el escritorio, en el camino escuché que mi supervisora me pedía que me acercara. Tomé aire y cerré los ojos, acercándome al demonio que odiaba y quería ver en el suelo tirando espuma blanca.

—¿Qué necesitas?

—Solo quería saber si habías entendido lo que hablamos ayer, tal vez no fui clara.

Y algo sucedió. Fue como si las palabras de Laura me hubieran ayudado y me hubiera llenado de valor. No iba a dejar que alguien como ella quisiera chantajearme con una foto privada. Por lo tanto, tomé mi teléfono de mi pantalón y entré al grupo de WhatsApp de la oficina para dejar nuevamente la foto para que todos la vieran. En ese momento, todos estaban conectados por trabajo y sabía que la iban a ver al instante. Hasta escuché como les llegaba la notificación a todos en ese momento.

—Sí, me quedó muy claro —le dije con total tranquilidad mientras me guardaba el teléfono en el bolsillo del pantalón y tomaba una dona que había traído—. A la que no le quedó muy claro es a la madre de Marcus lo que le voy a decir si sigues tratando de amenazarme. Tu no me has visto hacer nada, yo te he visto con la lengua al fondo de la garganta del jefe y además hay cámaras que pueden afirmarlo. Yo tal vez, tenga algo con el jefe, pero no es tan horrible como salir con una persona casada. Eres mi supervisora, perfecto, pero eso no te permite maltratarme como lo haces. Basta de esto o no tendré ningún problema en llamar a la gente de recursos humanos para mostrarles los audios y los mail que me mandas.

La mujer se quedó en silencio mientras hablaba y finalmente decidí marcharme del lugar mientras que todos me observaban salir. No era por lo que había dicho, que nadie había escuchado, sino mi foto.

—Me confundí de grupo —expliqué finalmente y todos me miraron sin poder creer lo que sucedía. Ni yo entendía que sucedía, estaba llena de valor y todo era gracias a Laura. No, mentira. No era gracias a ella. Era gracias a que finalmente me estaba haciendo valer. Tomé mi teléfono y borré la foto pidiendo disculpas a todos por el error.

Laura volvió del baño y se sentó en su cubículo, cerca del mío. Me miró sorprendida, pero luego se río sin poder evitarlo. Recibí un mail suyo y lo abrí con miedo.

Asunto: U GO GIRL.

Solo trata de enviar las nudes sin tu cara y a la persona adecuada.

Solo trata.



—Señorita Lizzie, ¿tiene un minuto?

Horas habían pasado cuando escuché mí nombre y estaba por irme en ese momento. Levanté la mirada asustada cuando escuché la voz de Marcus llamarme desde la puerta de su despacho y el silencio reino en la sala. Había estado escribiendo sin parar en mi ordenador, pero lejos de estar trabajando me había inspirado sin parar en una novela. No era una novela cualquiera, la llevaba escribiendo toda mi vida y era el momento de que cobrara vida. No iba a tener más miedo de nada, ni siquiera de publicar. Basta de fan fictions, hola novelas originales.

—Claro —susurré bajito y me puse de pie, siendo observaba por todas las personas en el lugar. Creí que íbamos a charlar en su despacho, pero, sin embargo, comenzó a caminar a la única sala que no estaba vidriada de la editorial y por un momento me ilusioné por completo. Tal vez podíamos arreglar las cosas, tal vez podíamos hacer algo.

Apenas cerró la puerta, sentí que éramos solo nosotros dos y que todo alrededor se había ido. No había cámaras, no había nada más que todo lo pendiente que teníamos. Me acordé que no me había depilado y tenía puesto cualquier cosa de ropa interior y me puse a llorar internamente una vez más. ¿Es que yo no aprendía?

—No quiero perderte —me dijo con una firmeza que me asustaba por completo y me hacia temblar con su voz. No iba a regañarme, no iba a echarme, todo lo contrario, y casi me pongo a llorar de la emoción.

—Yo tampoco, Marcus —susurré con angustia, apoyando mis manos en su pecho y él al instante llevó las suyas a mi cadera como sí necesitara mi contacto—. Yo...yo pensaba que tenía que pelear por algo para conseguirlo, tenía que pelear contra tu forma de ser. Pensé que sí te ponía en la cuerda floja ibas a decidir que hacer, pero estaba equivocada. Esto no es una película y nunca lo será. No tengo que luchar por algo, tengo que entenderlo. Entenderlo contigo.

Él me regalo una sonrisa y en vez de decirme algo, me besó en la sala de reuniones una vez más. Ese no fue un beso apasionado lleno de

hormonas, sino más bien con cariño y amor, sí es que podía llamarlo de ese modo. Me envolvió con sus brazos y dejé un besito en su barbilla.

—Yo quería ser más comunicativo de todos modos. Por algo estoy solo, porque no puedo decir lo que siento, por eso elijo a personas vacías —me decía decidido a contarme cosas y lleno de seguridad en sus palabras—. Pero te elegí a ti porque eres todo lo contrario y necesito entender que hay cosas que debo ceder para poder estar con alguien.

—¿Entonces, puedo empezar a poner mi nombre al lado del tuyo en un corazón?

—Sí, me encantaría.

Sonreí contenta porque era lo que venía haciendo desde que lo conocía, pero ahora podía comenzar a hacerlo de manera oficial.

Saqué las cámaras —me indicó mientras caminaba hacia delante y me hacia retroceder. Me reí nerviosa cuando mi cuerpo choco contra la mesa y me di cuenta de que algo iba a pasar—. Y tengo que darte las clases que te perdiste por echar a tu profesor de la casa ayer.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Por qué no?

Tal vez tenían que empezar a pagarme horas extras.







Capitulo 11

Cómo sentirse querida y no morir en el intento

No recordaba cómo, pero estábamos en su sillón una vez más. No habíamos pasado a mucho en la sala de reuniones porque pasaban personas y nos preocupaba que entraran. Así que salimos al mismo tiempo, aunque obviamente nadie nos presto atención, excepto Susan, que había clavado su mirada en mí a cada paso. Le dije que Marcus me había dado el día libre y que tenia cosas que resolver. Por supuesto, tenia que resolver como quitarle la ropa más rápido.

Así que ahí estábamos, yo sentada encima de él una vez más y besándonos con una pasión que asustaba a cualquiera, o por lo menos a mí. Ver su casa de día me sorprendió, bajo un poco las costinas para que la luz no nos molestara tanto. Pronto iba a hacerse de noche y yo estaba bien con eso.

—¿Estás seguro que no te estoy aplastando? —le preguntó entre besos, con mis manos acariciando su pecho. Me puse a pensar en cuanto tiempo hacia ejercicio para estar así de bueno o tal vez había nacido así. Marcus se río al escucharme y llevó sus manos hacia mi trasero, pegando mi cuerpo contra el suyo haciendo que ambos tuviéramos una queja con respecto a eso.

—¿Me estoy quejando?

—No suenas muy quejón que digamos...

—Entonces cállate de una buena vez, maldita sea.

Me reí sobre su boca ante sus palabras, pero no pude decir nada más porque otra vez nos estábamos besando. Tuve el atrevimiento de moverme contra su cuerpo, mis caderas contra las de él y lo escuché soltar una pequeña maldición que me hizo reír sobre sus labios una vez más. Nunca en mi vida me vi capaz de lograr ese tipo de cosas en hombres, pero ahí estaba mi jefe (¡Mi jefe!) soltando pequeños

quejidos por mis movimientos. Ya deseaba saber que más podía lograr si me animaba a más, tal vez necesitaba un poquito de alcohol para llenarme de valentía.

—¿No podemos tomar algo? —pregunté alejándome nuevamente y Marcus suspiró, mirándome con esos ojos que dejaban tonta a cualquiera. Levantó su mano para quitarme los cabellos que tenía, acomodándolos detrás de la oreja—. No...no sé, sí...

—Lizzie, no necesitas el alcohol para ser más valiente —me explicó y sentí que él sabia que estaba nerviosa en ese momento—. No tenemos que hacer nada que no quieras. Sé que suena cliché...pero es verdad.

Suspiré y apoyé mi frente contra la de él, sintiéndome muy tonta. ¿Cuándo se iban a ir todas estas inseguridades que tanto tenía? No podía explicar que me pasaba, simplemente era miedo y una especie de ansiedad que no podía entender. Me ponía mal toda la situación y me nublaba mentalmente al punto de querer escapar. Parecía que Marcus lo entendía, porque acarició mi espalda mirando mis expresiones que seguramente eran de puro miedo.

—¿Quieres que veamos una película? ¿Comamos algo? —me preguntó y yo lo miré con una pequeña sonrisa. Me acarició la mejilla suavemente y me rendí ante su tacto, porque a veces con Marcus me pasaba eso—. Lizzie, no te encierres. Háblame.

Tomé aire y traté de pensar en las palabras que quería decir, aunque muchas me hacían daño. Marcus me miró con esa mirada comprensiva que el tenía y me volvía loca, pero no sabia que decir en ese momento. Me sentía asustada, nunca me había pasado algo así.

—Me da miedo no ser suficiente —dije finalmente con algo de angustia, haciendo que Marcus se mostrara realmente preocupado solo con mirarme. A veces era tan expresivo que podía ver a través de él—. Me da miedo que...la primera vez no sea buena, que no sea suficiente mujer para ti y que te canses. O que...no lo sé, te acuestes conmigo y me dejes sola.

—No voy a hacer eso, Lizzie... ¿Tanto trabajo queriendo que te sientas segura para luego dejarte? ¿Qué te hace pensar algo así?

—No lo sé, siempre veo a mis...ya sabes, a mis amigas decir eso y me pone muy mal porque no quiero que esto termine porque no soy suficiente para ti. No soy una de esas modelos con las que solías

salir, ni socialmente aceptada, ni... ¿Qué vas a hacer cuando nos inviten a un evento? Ni siquiera podría meterme en uno de esos vestidos que tus parejas usaban. No...no soy suficiente para ti y cada vez que estamos juntos no puedo evitar pensar en eso. Me ciega totalmente, me da mucho miedo.

Marcus suspiró lentamente y me tocó las piernas suavemente, dándome un golpecito indicando que quería que me sentara. Estaba angustiada, mi pecho subía y bajaba y me recordaba a esos momentos en los que me peleaba con mi familia y no podía hacer nada. Él me regalo una preciosa sonrisa de las suyas y dejó apoyada su mano en mi pierna.

—No voy a hacer tal cosa, te lo prometo —soltó con tanta honestidad que le creí. Me acerqué a él, ignorando que habíamos cambiado de posición en minutos y tomé su camisa para desabotonarla con un poco de dificultad. Me reí ante eso, pero, sin embargo, Marcus no lo hizo, su mirada estaba sobre mí y eso me ponía más nerviosa. Cuando finalmente le quité la prenda, pude observarlo y comencé a reírme. Me llevé las manos a la boca y me miró totalmente confundido por mi ataque de risa—. Eso si es insultante...

—¡Lo siento, lo siento! —me apresuré a decir, porque obviamente mi ataque de risa tenia un motivo. Marcus me miro confundido, pero yo no podía parar—. ¡Es que parece que tienes Photoshop!

—¡Elizabeth!

—Perdón, es que...no puedo creer que seas real —bromeé con total serenidad estirando una de mis manos para tocar esos ravioles que tenia en el pecho. Y si, eran bien reales y me entró la risa nuevamente—. ¿Estás seguro de que no has jugado una apuesta con algún compañero para acostarte conmigo?

—Primero crees que soy un fuckboy, después que tengo Photoshop y ahora que... ¡Juego apuestas con mis compañeros! Estoy ofendido.

Me volví a reír al darme cuenta de que no lo estaba, solamente jugaba conmigo e hice un pequeño puchero para acercarme a él y dejarle un beso sobre los labios. Nunca entendería como un hombre como ese se había fijado en mí, pero en ese momento había que disfrutar de eso. Del pequeño bug en su cerebro que hacia que no le

gusten las chicas de siempre y le gustara yo. Tal vez estaba fallado de fábrica, sin embargo, no pensaba devolverlo.

Marcus finalmente cedió ante mis besos y se fue acercando a mi mientras que yo me acomodaba lentamente en el sillón para quedar sobre él. Lo que mas me gustaba de él (y me frustraba un poco a veces) era que se tomaba el tiempo para besarme, como si quisiera disfrutar de eso sin necesidad de tocarnos. Era yo la tonta que pedía tener sus manos por todo mi cuerpo, ansiosa, nunca disfrutando. Esa vez fui yo la que me di el lujo (¡Y vaya que lujo!) de tocarlo como desee desde el primer momento, acariciando su pecho me anime a más. Porque así era yo. Un segundo tímida, otro santa y de la nada la diosa sexual que todos deseaban. Mi mano siguió bajando por su pecho hasta llegar a su entrepierna y me atreví a tocarla sobre la ropa. Además, quería saber que tal estaba la cosa ahí abajo, no iba a hacer tanto escandalo y no llegaba a la medida media. Hay cosas que una debe saber.

Lo escuché contener la respiración ante mi tacto y se alejo para mirarme a los ojos. Ya no tenían ese color claro, sino mas bien uno oscuro que volvía loca a cualquiera. Por mas que yo creyera que no era bonita para él o deseable e incluso suficiente, en ese momento su mirada me decía algo totalmente diferente. Pensé en las novelas románticas y comprendí que todo aquello era real. Que existía la química de piel y en ese momento la estábamos viviendo.

—Te estas portando mal, Lizzie.

—Aprendo rápido.

Se rio sobre mi boca cuando volvió a besarme y movió su cuerpo sobre el mío, sin sentir su peso, pero sintiendo todo su cuerpo pegado al mío. Podía sentir su erección (¡Lo dije!) contra mi cuerpo y me hacia soltar pequeños sonidos cada vez que se acercaba a mi porque no lo quería así, no quería que tuviéramos ropa, quería algo más. Sin embargo, el muy maldito parecía querer ir lento y me estaba volviendo loca. Por suerte sus manos se colaron por debajo de mi camiseta y las llevó hasta uno de mis pechos.

No fue como mi experiencia con Matt, fue algo totalmente diferente y que me hizo sentir un hormigueo en el lugar que tocaba, para luego viajar por todo mi cuerpo. No sabia que con un simple toque podía hacer tanto por mí, supuse nuevamente que se debía a nuestra

química y todo lo que eso significaba. Sus besos bajaron por mi cuerpo y aprovechó que mi camiseta estaba subida para besar la miel de mi cuerpo ignorando todo lo que yo odiaba.

—Tengo muchas estrías —comencé a decir tratando de no pensar en eso, pero obviamente falle. ¿Qué iba a decir cuando se encontrara con mis marcas blancas y violetas? ¿O cuando me quitara el pantalón y viera que daño le hacia a mi piel por lo apretado que me quedaba? Me volví a poner nerviosa y lo miré sintiendo el miedo de vuelta.

—Tú y toda la población, Lizzie. No eres tan especial —me dijo con tono burlón, mirándome con una sonrisa divertida que me encendió aun más. ¿No era invierno? ¿Por qué hacia tanto calor? Se posiciono entre mis piernas e hizo algo que me causo mucha risa y no pude evitar reírme—. Yo también, en lugares donde tenia mucha grasa al parecer —me explicó y acto seguido se bajó un poco el pantalón para mostrarme que tenia estrías.

—Vaya, quien diría que Marcus Scott tiene estrías en el trasero.

—Es mi gran secreto, por favor no se lo cuentes a nadie. Perdería toda mi reputación como fuckboy —se burló de mí mientras volvía a mis labios y nos reímos los dos sin poder besarnos, porque había sido realmente gracioso en ese momento ver eso. Sentía una confianza a su lado que no tenia con nadie y ni siquiera necesitaba del alcohol para sentirla.

—¿Puedo ver más? Solo para comprar...

Marcus soltó una carcajada al escucharme y nos reímos juntos por unos segundos, sintiéndome tan bien junto a él que por un momento quería permanecer de esa manera. Mirándolo como una tonta enamorada y que él me contara que tenia esas estrías. Marcus me observaba con tanto cariño que no sabia como manejarlo, simplemente mantuve su mirada mientras él acariciaba mi rostro.

—Me estás volviendo loco —soltó y creo que fueron sus mejores palabras desde que comenzó la noche. Ademas de segura, me hizo sentir sexy en ese momento, capaz de besar el chico con ravioles en vez de músculos—. Agradezco el día en que te equivocaste de mail y me fije en ti.

Sonreí encantada al escucharlo y fui yo la que busqué su boca, queriendo dejar ese momento sellado con nuestros besos. Esos que

podían durar un largo rato como también segundos y en ese momento fue así, ya que ambos queríamos ponernos a hacer otras cosas. Sin embargo, Marcus se detuvo en seco por un momento al escuchar un ruido particular y al instante yo también lo reconocí.

—¿Dónde está tu perro?

—Con mi madre —susurró como si estuviera analizando las cosas y acto seguido, la señora Scott abrió la puerta de la casa como si nada.

¿Saben que quiero hacer? Un top de momentos vergonzosos que he pasado en mi vida. Tal vez y solo TAL VEZ sienta que no todo es tan terrible. Por ejemplo, en ese momento no iba a sentirme tan mal por estar queriendo tirarme al hijo de la señora que entró a la casa.

—¡Mamá! ¡Toca el timbre, maldita sea! —exclamó enfadado mientras la mujer comprendía que pasaba y se tapaba los ojos ante lo que estaba pasando. Me bajé la camiseta y me senté en el sillón mientras que veía a Marcus ponerse la camisa con enojo. Entendía su sentimiento, por supuesto.

—¡Lo siento, lo siento! Pensé que estabas trabajando y vine a traerte al perro, ¡Lo siento! —volvió a decir tapándose la cara con las manos y haciéndome reír un poco mientras me ponía de pie para caminar hacia la mujer—. ¿Están decentes ya? No quiero llevarme una imagen a casa.

—Sí, mamá...

Me reí al escuchar la voz de Marcus sonando como un niño enfadado y la mujer finalmente se destapo los ojos para observarnos. Era una mujer preciosa, no podía entender porque un idiota como el padre de Marcus la engañara. Con un cabello rubio ceniza, perfectamente arreglado y brilloso, unos ojos azules como los de su hijo, me miró de arriba abajo, haciéndome sentir intimidada. Mis mejillas se sonrojaron al instante y me sentí pequeña al instante, o muy grande, mejor dicho.

—Vaya, esto es un cambio.

—Y eso fue grosero —dijo Marcus acercándose a su madre y, al parecer, intercambiando miradas porque noté que ella lo observaba de un modo raro. Me reí sin poder evitarlo y me distraje jugando con el perro de Marcus que vino a saludarme contento de verme. Le di un

par de besos a modo de saludo mientras el dueño de la casa y la mujer hablaban en susurros.

—¡Oh, lo siento! —exclamó al instante y la mujer se río sin poder evitarlo—. ¿Eres Lizzie, ¿no? Lo siento, no quiero ser la madre pesada que cae en la casa del crush.

—Soy más que un crush, mamá.

—Ya deja de corregirme —pidió ella y se acerco para extender su mano hacia mí. La tomé con una sonrisa, porque realmente no tenía ningún tipo de miedo o resentimiento. Me parecía una mujer muy bella y había escuchado cosas buenas de ella—. Soy Lisa Scott, mi hijo me ha hablado mucho de su empleada y de lo bonita que era. En persona es mucho más notorio. Que bonito cabello tienes.

Me toqué el cabello rojo despeinado por su hijo con vergüenza y le agradecí con una sonrisa. Bueno, parecía que no podía soltar una palabra. Es que tenia miedo de cagarla, como siempre.

—Bueno, claramente te has comido la lengua de la chica y eso significa una sola cosa. Debo marcharme.

—No, no, lo siento —me atreví a decir sincera, porque estaba un poco abrumada—. Olo estoy un poco sorprendida por todo. Soy Lizzie, Marcus me contó cosas lindas sobre usted. Sobre su profesión...

La mirada de la madre fue acusadora y Marcus se río cuando se la dedico, encogiéndose de hombros. Me gustaba la sonrisa que tenia en ese momento, era como un nene feliz por el encuentro a pesar de lo desastroso que había sido. Me miró con una sonrisa y yo de la devolví sintiéndome una tonta enamorada. Cuando volví la vista a la mujer la noté cómplice de nuestras miraditas y casi parecía contenta por aquello.

—¿Quieres quedarte a comer? —preguntó Marcus a su madre y yo lo miré, aunque tratando de entender que estaba pasando.

Pero, señor, estábamos por hacer el delicioso. ¿Qué hace?

Obviamente para él era importante, porque se lo notaba nervioso y algo entusiasmado, así que decidí no decir nada. Sabia que los hombres tenían una relación con las madres que a veces daba miedo, por eso asentí dispuesta a eso, porque realmente quería conocer a la mujer.



—¡Y ahí descubrí que Marcus tiene un ojo vago!

Me empecé a reír como cerdito otra vez, llevándome la mano a la boca al darme cuenta que siempre había notado que sus ojos a veces eran raros. Marcus estaba rojo como la salsa de fideos que había hecho y yo me encontraba en mi mejor momento. Al fin encontraba algo para burlarme de él y que no fuera por estrías en el trasero. Me miró divertido y trago su fideo para mostrarme como hacia eso.

—Siempre lo he tenido, supongo que de chico nadie se dio cuenta de que me estaba desviando el ojo solo —comentó en voz alta haciendo reír a su madre. Llevo un dedo delante de sus ojos y al mover el que debía ser el vago, lo siguió haciendo hasta quedar casi bizco. Me reí mas sin poder evitarlo porque aquello era una locura.

—¡Ja! Ya decía yo que tenías que tener algún defecto.

Él negó con la cabeza al escucharme decir eso y su madre nos miró casi enternecida, mientras que Marcus dejaba una mano en mi rodilla. Quería morirme de amor en ese momento, porque me encantaba que hiciera eso. Me ponía muy nerviosa, pero sentía que estaba dándome cariño frente a una persona que quería y sin ningún tipo de timidez. Estaba enloquecida por él, con los ojos brillando y contenta de tenerlo en mi vida.

—Cuando era chico tenía sobrepeso —comentó su madre y los dos nos tensamos, porque era un tema que a mi me incomodaba. Marcus lo sabia y quiso hablar, pero su madre comenzó a hablar—. Su padre se indignó y dijo, muy enojado: “no puedo tener un hijo gordo”. Tiene que ser perfecto. Se enojó conmigo por ser nutricionista y no darle la alimentación correcta, según él. Pero déjame contarte un secreto Lizzie, mi hijo era el chico mas sano de la clase.

—Mamá...

—No, no, Marcus. Déjame hablar porque Lizzie merece saberlo —empezó y yo cada vez me hacia mas pequeña ante una mujer como ella—. En el colegio un idiota empezó a decirle gordo y luego

siguieron uno tras otro, chillando ruidos de cerdo cuando pasaba. Mi hijo, uno de los niños más buenos que conocí en mi vida, recibía miles de burlas. Llegaba llorando diciéndome que era feo, gordo y que nunca tendría un futuro por su peso. Ahí le enseñe algo y quiero que también te quedé a ti porque no te conozco, pero eres lo suficientemente transparente para entenderte. Marcus tenia diez años cuando lo obligue a someterse a dietas que para un niño de su edad no deberían ni siquiera ser pensadas...sufrió por años y ¿sabes que paso? Jamás dejaron de burlarse de él.

Lo miré sin poder creer que alguien pudiera hacerse reído de él, porque no podía creerlo. No solamente era exageradamente guapo, sino también un gran profesional, buena persona y lo suficientemente capaz para guiar una empresa con la edad que tenía. Estaba enfadada con gente que ni conocía y eso era aun peor. O no, estaba enojada con la sociedad que catalogaban de gordo a un niño.

—¿Qué termino pasando? Sometí a mi hijo a miles de dietas y la sociedad lo siguió condenando. Cuando él solo siguió con su vida se convirtió en este hombre precioso, capaz de entender que nadie tiene etiquetas y espero que lo cuides, Elizabeth, porque vale la pena.

—Me siento muy avergonzado ahora mismo, por favor...

—Y luego me hice nutricionista porque no iba a dejar que nadie les dijera a otros niños que eran gordos.

Sonreí sorprendida por su historia y me quedé en silencio tomando la mano de Marcus entre las mías. Se lo notaba avergonzado, pero también dolido por lo que le había pasado antes. Por lo que había sufrido y comprendía porque me entendía. Me gustaba entenderlo, me gustaba conocer a esa persona que tanto me gustaba.

—Que nunca nadie te diga quien, y que eres, Lizzie. Jamás.



—¿Quieres quedarte? —me preguntó Marcus cuando notó que me estaba poniendo la chaqueta y buscando mi bufanda en algún lado de

la casa, seguramente en el suelo. Su madre se había ido y no me había molestado en ningún momento su presencia. Más bien había disfrutado de escucharla hablar de ella, de Marcus, de cosas bonitas. Necesitaba un poco de ella, necesitaba de alguien que no me viera como una pelota.

—Creo que tuvimos un día muy largo —admití porque estaba un poco agotada por todo.

—No tenemos que hacer nada, te puedes quedar a dormir...

—Creo que estoy un poco cansada de ti y necesito volver con mi gato.

—Vaya, ahora que sabes mi pasado y conoces a mi madre ya no me quieres.

—Me descubriste.

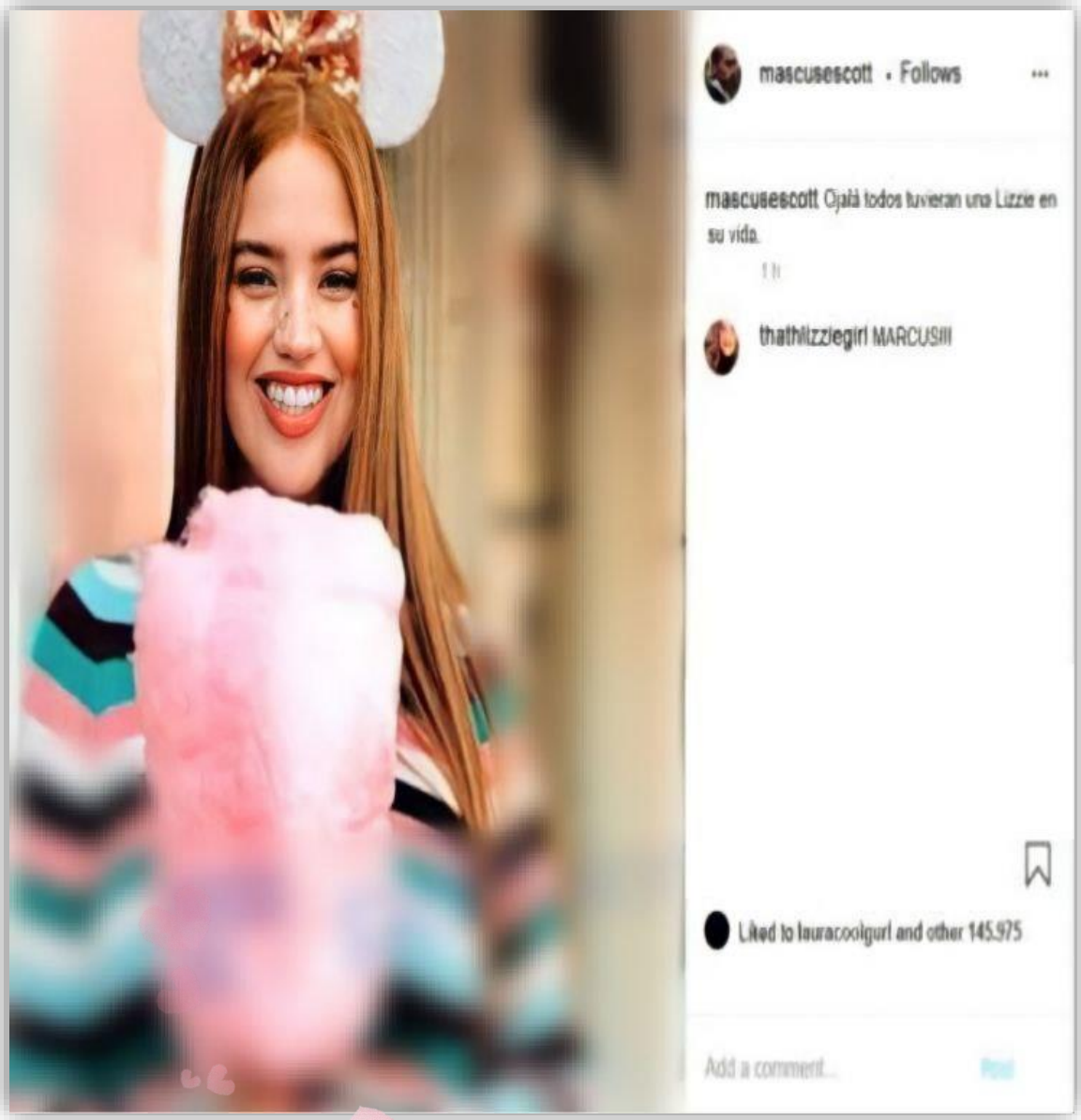
Se río negando con la cabeza y me envolvió con sus brazos, haciéndome sentir cómoda, abrigada por su calor y querida. Esas cosas que no tenia juntas en ninguna oportunidad. Tenia suerte, no lo dudaba y con eso era muy feliz.

—Tengo un evento editorial el fin de semana —me empezó a contar, midiendo lo que decía mientras lo decía. Yo escuchaba sabiendo que se venia lo peor. Seguramente iba a ir con alguna modelito y yo tenia que verlo por redes—. ¿Quieres ir conmigo?

Me sorprendí sin poder evitarlo y me quedé mirándolo comprendiendo que teníamos una relación. Que iba a invitarme a eventos y yo iría de su mano sintiéndome una diosa. O, por lo menos él me hacia sentir como tal. Le deseaba eso a cualquiera: Sentirse querida. Me había costado encontrarlo, pero me gustaba creer que finalmente había encontrado a esa persona capaz de hacerme sentir querida.

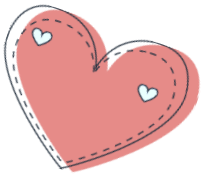


Extra: Redes Sociales 02



Publicación de Marcus en su Instagram





Capitulo 12

Cómo tener celos por tu jefe y no morir en el intento

Les voy a presentar al mejor amigo de las gordas. Las fajas.

Ya sé, ustedes seguramente estaban pensando en otras cosas, pero estaba lejos de admitir en algún momento que las fajas eran la solución a todo. Y ahí estaba, en plena tienda de vestidos junto a Laura, que no ayudaba mucho, pero de vez en cuando me daba opciones. No les he contado, pero seguramente piensan que no tengo más amigos que mi gato. Y no es cierto. Bueno, un poco. Me mudé a esa ciudad dejando a mis amigas en su pueblito y por eso estaba más sola que un perro. A veces hablábamos por conferencia o viajaban a la ciudad, pero teníamos poco contacto. Seguían siendo las típicas chicas que se casaban y tenían hijos, cuando yo ni siquiera había empezado a aprender como tener hijos.

Por eso Laura estaba ahí y en ese momento me parecía la mejor opción. Ella había estado distraída toda la tarde, pero de vez en cuando me decía las cosas de frente.

—Eso te queda muy feo.

—Eso te hace muy gorda.

—Horrible color.

—Pareces una pelota.

—Ese puede ser.

Y así.

No me quejaba, necesitaba su honestidad teniendo en cuenta que Marcus me iba a llevar a un evento editorial como si fuera su modelito. Estaba nerviosa y un poco asustada, lo suficiente para hacer eso que odiaba enteramente.

Vamos a hablar de algo. No hay nada peor para una gorda que probarse ropa. Creo que no existe nada que me diera más vergüenza, además de tener sexo, que probarme ropa. Todas las tiendas eran para personas con un cuerpo exageradamente delgado y perfecto. Creo que ni siquiera las delgadas entraban en esa ropa que decía ser la adecuada. Los maniquís parecían muchas cosas, pero no tenían el cuerpo de un humano y los talles eran algo extraño. ¿Por qué a veces me probaba vestidos muy parecidos, pero de diferentes tallas? ¿Por qué no había talles para todos? Odiaba cuando la chica que vendía ropa me preguntaba como me quedo. Horrible me quedó, señorita. ¿Qué mas quiere?

Ser gordo y probarse ropa era complicado. Las lágrimas, el sudor, todo eso en un solo momento y siempre terminaba queriendo a mi mamá y a mi gato. Por suerte a Laura eso no parecía importarle, porque para ella era normal que yo tuviera un cuerpo diferente. Era una pena que la sociedad y los diseñadores de ropa no dijeran lo mismo.

—Vamos, Lizzie, encontraremos tu vestido perfecto. No te preocupes —me dijo esa tarde cuando salimos de un local con la cabeza baja. Tenía como opción pedirlo online, pero no era lo mismo porque podía fallar.

Miré mi teléfono cuando sonó y me encontré con un mensaje de Marcus.

“Dile a Lizzie que hay un local inclusivo en la dirección que te pasé. Que vaya cómoda al evento, que tiene que soportar toda la noche.

Mensaje de mi madre, te paso la dirección.”

Me sorprendí al darme cuenta de que mi suegra, digo la madre de Marcus había pensado en mí y recordé que era nutricionista. Seguramente estaba acostumbrada a gordos llorando por querer entrar en una prenda de ropa. ¿Quién diría que la tela podía hacer llorar tanto a alguien?

—¿Quién es el afortunado que ira contigo? —quiso saber Laura sonando un poco más interesada en el chisme que en mi ropa. Caminamos hacia la dirección, que no estaba muy lejos y la rubia me tomó del brazo para caminar juntas de esa manera. Laura a veces

podía tener esos ataques de confianza que eran extraños y otras veces era muy distante.

—Iré con Marcus a un evento editorial.

Pude ver como la mandíbula de Laura caía al escucharme decir eso y por un momento se mostró incomoda. Sabía que venía, no podía negarlo,

—¿Has estado con él, ¿no?

—Oh, bueno…fue una sola vez en una fiesta —comenzó a explicarme sumamente avergonzada y claramente incomoda. Mis energías se estaban cayendo por completo y no quería seguir estando con Laura en ese momento—. Bueno…salimos un par de semanas y me dio este trabajo porque yo estaba desesperada por dinero.

Quiero pedirles que no me juzguen. Era la primera vez que alguien me gustaba mucho y en ese momento una chica como Laura, que ante mis ojos era perfecta, me estaba diciendo que había tenido algo con Marcus. Sentí celos al instante y no pude evitar soltarme de ella, porque no quería estar a su lado. Además, ¿Qué hacía yo con una chica como ella? Todos los hombres pasaban y la miraban como si fuera arte. En los locales de ropa las empleadas iban directo a ellas y ponían cara fea cuando les decía que yo era la que buscaba ropa.

No éramos de los mismos mundos, ¿Por qué yo trataba y trataba de formar parte?

Por eso, con esos sentimientos, dije algo horrible.

—Ahora entiendo como conseguiste un trabajo en el que no sabes hacer nada.

Laura se detuvo en seco en la calle, haciendo que yo la imitara y levanté una de mis cejas sintiéndome muy genial por decir eso. Ella balbuceó, sorprendida por mi agresividad y mi estúpida manera de ser en ese momento que me estaba defendiendo. Lo que hice no tiene explicación, había lastimado a una persona de una manera horrible. Me sentía mala, que defendía lo que era mío de delgadas sin gracia. Eso creía de una persona, de una mujer como yo, que me había contado sus problemas y regalándome un labial carísimo.

—No estoy compitiendo por quedarme con mi jefe, Lizzie —me dijo al instante, claramente sorprendida por mi actitud de niña—. Entre sin

mucha experiencia a una editorial Indie, en la que necesitaban una persona que manejara sus redes. Aprendí en el camino y hoy en día las redes sociales de la editorial se mueven más que cualquier otra cosa en la editorial. Es horrible que pienses que conseguí el trabajo por como soy.

—Oh, vamos, Laura, estas en un mundo de hombres y tú eres el tipo perfecto de chica que todos quieren tener. Conseguiste el trabajo porque eres delgada y preciosa. Algunas somos feas y gordas y tuvimos que ser pasantes para luego ser editoras.

Si, en eso me había convertido.

—No, no, escúchame, Lizzie —me obligó a mirarla en medio de todo el caos de la ciudad. La gente pasaba cerca nuestro soltando insultos porque estábamos quietas en medio de la vereda—. Sí, este es un mundo de hombres, por eso está mal que creas que me gané el puesto porque me acostaba con el jefe. Conoces a Marcus y sabes que es incapaz de hacer algo así. Me contrató porque es un buen tipo y me dio una oportunidad. Yo conseguí todo lo demás sola y me esforcé para ser mejor. Nunca más en tu vida quieras desacreditar mis logros.

Me quedé en silencio, nuevamente sin poder creer la fuerza que tenia Laura para decirme las cosas en la cara y me avergonzó mi manera de comportarme. Después la chica dijo que le parecía mejor irse y me quedé sola. Sin la única amiga que había podido conseguir, que estaba un poco obligada a soportarme porque trabajábamos juntas. A veces me comportaba de ese modo, incapaz de entender que otras personas también sufren y que no son diferentes o privilegiadas por nacer delgadas. Me costaba verlo, me costaba entender que no solo yo había sufrido en mi vida.



Esa noche parecía ser un desastre, pero decidí que no iba a dejar que eso sucediera. Me negaba totalmente a arruinar mi relación con Marcus por celos, pero estaba entendiendo algunas cosas, Laura siempre había tenido rencor hacia Marcus, le hablaba de manera

diferente que a los demás y bromeaba con tener un muñeco vudú entre sus cosas. Claro, que tonta había sido en ese momento.

Fui a la tienda que la madre de Marcus me dijo y elegí un vestido verde que combinará con mi cabello. No me emocioné cuando finalmente algo me entró y me quedó precioso. La faja hizo un trabajo perfecto y volví a casa sintiendo de todo menos felicidad. Ustedes no se imaginan que felices nos ponemos los gordos cuando finalmente encontramos algo que ponernos. Los flacos pueden ponerse cualquier cosa, pero nosotros directamente nada. Y por eso los odiaba, porque eran privilegiados y ni siquiera lo sabían. Laura era una zorra privilegiada que tenia una cara preciosa y un cuerpo envidiable, seguramente falso.

Mis pensamientos estaban llenos de celos y odio, pero yo no lo entendía. Me habían enseñado que las mujeres eran competencia y desde que ella había soltado el nombre de Marcus en sus labios era mi enemiga. La chica que secó mis lágrimas en el baño y me dio las palabras que necesitaba para avanzar.

Así somos a veces, errados. Somos humanos que se equivocan y yo no paraba de hacerlo. Responder como le respondí a Laura no está bien, lastimar a alguien porque no estamos seguros de nosotros mismos no está bien. Me costó verlo, sobre todo en ese momento.

—Wow...sabía que no estaba preparado para esto —comentó Marcus cuando me vio bajar las escaleras de mi departamento y a mi se me cayó la cara al piso.

Había visto a mi jefe en traje mil veces, pero no para un evento. Me volví loca con solo verlo y quise comérmelo ahí. En el pasillo a la mierda el evento, no me interesaba vivirlo de ningún modo si no podía hacerle nada. Marcus comprendió mi mirada y se río, negando con la cabeza porque a veces creía que podía leer mis pensamientos. O, tal ves se notaba desde Roma que estaba alzada.

—Pareces sacado de una novela juvenil...

—Tienes que dejar de leer novelas de aplicaciones, Lizzie. Te está haciendo mal.

—Claro que me está haciendo mal, pero sales perdiendo tú. Tengo expectativas altísimas de ti —bromeé y Marcus abrió los ojos

sorprendido por aquello. No iba a negarlo, si el delicioso con él no me hacia ver las estrellas, pedía el reembolso.



Estábamos en su auto y andábamos por las calles de la ciudad, yendo hacia el evento. Taylor Swift sonaba muy bajito porque yo lo había pedido y yo me movía nerviosa en el asiento sabiendo que iba a encontrarme con mil personas. Me estaba llevando a un lugar al que no estaba lista para ir y muchas personas iban a preguntar por mí. ¿Saldría en las revistas? ¿Mi madre me vería? No lo sabia y eso me ponía muy nerviosa.

—¿Por qué no me dijiste que tenias algo con Laura? —quise saber algo acusadora, sin poder evitarlo. La expresión de Marcus pasó de sorpresa a nerviosa, se notaba que lo había puesto incomodo, pero no me importaba.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, me lo contó hoy cuando le dije que venía contigo. Hasta me dijo que le diste un puesto en la editorial por ser linda.

—¿Qué? Yo no hice eso porque estábamos saliendo —respondió mirando a la carretera y luego a mí. Los celos, chicos, que enemigo del mal. Eran invisibles y envenenaban todo lo que estaba a mí alrededor—. Noté que ella tenia una gran facilidad para las redes sociales, ya sabes que tiene un montón de seguidores porque antes era alguien que formaba parte de la socialité.

—¿Qué? ¿Era una Kim Kardashian?

No podía creerlo. Eso explicaba muchas cosas.

—Sí, es la hija de un rico de España. Pero eso no es importante. No entiendo porque estamos teniendo este tipo de conversaciones. Laura es mi pasado como seguro tu tienes uno.

—No, no tengo pasado.

Le respondí tan enojada porque eso era verdad. No había nadie más que él en mi historial. Tal vez un par de besos con otras personas,

pero nadie tan importante. Ni siquiera mi primer novio cuando era chica. Eso me molestaba, que no sabia como manejar mis sentimientos y parecía que a Marcus no le había gustado mi actitud porque me miraba realmente ofendido.

—Mira, Lizzie, Laura es una chica increíble y lo nuestro se dio por...no lo sé. Cosas. No era la chica para mí. Nos habíamos conocido en una fiesta, nuestros padres se conocían...cosas así. Pero eso no quiere decir que tenga algo con ella.

—Dilo. Es tu tipo de chica, preferirías ir a este evento con alguien como Laura. Parte de la socialité, bella, interesante y delgada.

Lo dije con asco, con todo ese odio que sentía en aquel momento y lo escupí con enojo. Estaba enfadada, quería llorar en ese momento mientras que Marcus se estacionaba para poder hablarme. Estábamos en el centro de la ciudad y yo me puse a mirar los taxis que pasaban queriendo subirme a ellos.

—Lizzie...quiero estar contigo. Estoy aquí contigo y no con Laura. ¿Por qué arruinas esto?

No sabia porque estaba arruinando eso y finalmente comprendí el motivo. No solamente por mis celos, sino que jugaban en contra mis inseguridades.

—No quieres ir al evento —adivinó finalmente y me miró esperando a que yo confesara mi miedo no dicho. Finalmente, comprendiendo mis miedos, asentí—. Y seguramente es porque sientes inseguridad de ti misma y crees que me voy a ir con la primera modelo que se pase por mi lado. Por eso pones a Laura en esa conversación.

Volví a asentir y pude escuchar como chasqueaba la lengua ofendido. Me sentí pequeña, insignificante y quise llorar como una niña. Me quería ir de ahí, no estaba cómoda y deseaba irme a mi casa a llorar.

—Lo siento...

—No puedo seguir haciendo esto, Lizzie.

Fueron las palabras más feas que escuché en mi vida y entendí el motivo por el cual me estaba diciendo eso. Se había cansado, como todas las personas que estaban a mi alrededor.

¿Saben? Sé que a veces en las novelas o películas nos muestran que la gente puede cambiar con un par de lecciones o palabrita y no es tan fácil como nos hacen creer. Cambiar, mejorar, superar es difícil. No es algo que sucedía de un día al otro, es un largo proceso y a veces nunca sucede. Pero entendía que Marcus estuviera cansándose de mí, de no avanzar, de no poder movernos de la casilla principal.

—Yo puedo decirte mil veces lo increíble que eres, pero eres tu la que tiene que creerlo. Porque por más que te lo diga si no lo escuchas no tiene sentido. Tienes que entenderlo, Lizzie...

Negar es ir a un lugar común y a veces eso hacemos lo que vivimos con inseguridades. Esa noche hice algo de lo que me arrepiento y le dije a Marcus que no quería ir al evento. Que quería volver a casa. Me daba miedo enfrentar mis miedos, me daba miedo ir al evento y fingir que estaba segura de lo que estaba haciendo. A algunas personas les resulta más fácil fingir su seguridad y yo no podía hacerlo. Siempre me creí una persona muy social, pero a veces tenia situaciones que no podía afrontar. Esa era una.

Me bajé del auto prometiendo que iba a tomarme un taxi y a pesar de la insistencia de Marcus lo vi marcharse, dejándome sola. No detuve ningún taxi ni pedí un Uber, sino que comencé a caminar vestida de ese modo tan llamativo. Estaba en una zona segura de la ciudad, sabia que nada iba a pasarme y decidí caminar para tratar de limpiar mis ideas. Estaba en una zona rustica y podía ver a las personas curiosas por mi atuendo, sin embargo, después de caminar un par de cuadras dejó de importarme.

Pensé en todo lo que había sucedido y dejé que mis pensamientos fluyeran, porque a veces los detenía cuando intentaban pasar. Me di cuenta que tenia miedo de muchas cosas y por eso no podía avanzar. ¿Alguna vez vivieron algo como eso? Sentía que había momentos en donde yo misma me ponía trabas y finalmente las terminaba esquivando e ignorando. Tal vez por eso nunca había tenido sexo, porque estaba tan asustada e insegura que me ponía trabas para que no sucediera.

Tal vez iba a morir virgen y sola. Tal vez nadie iba a quererme como lo hacia Marcus.

No sabía que estaba mal conmigo, que había hecho para ser esa persona. Mis padres me querían mucho, me apreciaban y me habían

criado con ideales preciosos. Nada malo había pasado en mi vida. Tenia amigos, un trabajo de en sueño y un chico que me quitaba el sueño. Sin embargo, había algo que no tenia y que me arruinaba la vida. Amor propio.

Buscaba excusas para amar, pero, sobre todo, para amarme.

Lastimaba a la gente cuando no lo hacia porque muchos trataban de hacerme cambiar de opinión y yo no podía lograrlo. Simplemente no lograba encontrar las mismas características que otros me encontraban. Ignoraba mis éxitos, odiaba el reflejo en el espejo y trataba de ignorar todo lo bueno que decían de mí.

¿Qué había que hacer para quererse? ¿Había que apretar un botón? ¿Cómo funcionaba para las otras personas?

Me encontré caminando a un lugar que conocía, pero solo había estado una vez. Cuando menos lo esperaba, estaba tocando el timbre del departamento de Laura y sin ni siquiera pensar que iba a decir. Un chico me abrió la puerta, uno que lucia como un criminal y sin embargo me hizo pasar. Me dio miedo por unos segundos, sobre todo porque iba sin camiseta y podía ver sus tatuajes que parecían de mafioso o esas cosas tan tontas de mi parte.

—Princesa, tienes visitas...

¿Princesa? Lo miré confundida mientras Laura aparecía en la escena con una bata y el cabello mojado pegado al cuerpo. Noté que el criminal también parecía haberse dado un baño. ¿Ahí pasaba algo? Yo era un poco lenta.

—Oh...Lizzie. Es tarde, ¿sucedió algo?

—No...decidí no ir al evento. ¿Podemos hablar?

La habitación de Laura era pequeña y no parecía ser totalmente de ella. Una vez me contó que vivía en el departamento del novio hasta que él volviera de su viaje y se notaba. Laura estuvo unos minutos en

su baño y volvió con una camiseta grande que estaba segura que no me iba a entrar, pero podía hacer un esfuerzo.

—Quédate a dormir, hace frio y el barrio es peligroso —me recomendó y yo quise abrazarla por ser tan buena amiga de alguien que era una mierda—. Te ves impresionante, Lizzie. Sabía que encontrarías el vestido ideal. ¿Te has peleado con Marcus?

—No...sí, bueno no lo sé. Pero no quiero pensar en eso todavía —le dije sincera sabiendo que todavía tenia que pensar y analizar mucho en mi cabeza—. Quería hablar contigo. He sido muy desconsiderada contigo y quiero pedirte perdón.

—Está bien, Lizzie, no sabias lo de Marcus.

—No, no digas eso. Fui una maleducada y solo pude pensar en mí —confesé sin importarme lo que podía pensar ella de mí en ese momento. Tenia que dejarlo ir de un momento al otro—. Toda mi vida he envidiado a la gente delgada, he sentido que no tenían derecho a quejarse, a hacerme sentir bien porque ellos podían comer y ser perfectos. Cuando hoy me contaste esto sentí...sentí que estaba en una especie de pelea contigo y te agredí. Eres perfecta y...me sentí intimidada.

Laura me regalo una sonrisa triste y yo la miré apenada, sintiéndome un extraño caso, un caso diferente.

—Las personas delgadas también nos sentimos inseguras de nuestro cuerpo, Lizzie. No somos perfectos, tenemos defectos y peleamos contra eso también.

—Lo sé, entiendo que no debería haberte dicho esas cosas. Me contaste cosas de ti y me animaste. Me comporté como una pendeja y te pido disculpas. He estado muy mal y lo siento...

Me di cuenta de que estaba llorando, que no podía parar y Laura me acaricio el hombro con cariño, como lo haría una amiga. Sin previo aviso, apoyé mi frente en su hombro y lloré como una niña en los brazos de mi compañera de trabajo, que poco sabia de mí pero que de todos modos me escuchaba.

Esa noche dormí en la misma cama de Laura, aunque casi no dormimos. Hablamos de todo y conocí a una chica vulnerable que estaba pasando por cosas muy fuertes. Nos contamos secretos,

debatimos problemas importantes en la vida y nos quedamos dormidas con pensamientos positivos.

Esa noche comprendí que no estaba preparada para querer, porque todavía no me quería a mí misma y que faltaba un largo camino para hacerlo. El problema era saber si Marcus podía con eso y quería transitar el camino conmigo.







Capitulo 13

Cómo convencer a tu jefe y no morir en el intento

Al día siguiente pensé en marcharme de la casa de Laura, pero ella me invito a quedarme un día más con ella y su roomate sexy. Al principio me mostré incomoda porque no estaba acostumbrada a quedarme en la casa de otros o estar tanto tiempo lejos, sin embargo, accedí y me quedé. Fue un día de chicas por completo y me sirvió para poder distraerme un poco de todo lo que estaba sucediendo en mi vida. Yo sé que para ustedes debe ser raro, pero a mi nunca me pasaban cosas dignas de una novela y en ese momento sentía que todo iba demasiado rápido y necesitaba detenerme un momento para pensar.

—Tengo miedo de que este molesto y no quiera seguir conmigo —confesé cuando Laura me pregunto que pensaba hacer con Marcus.

Temía que él fuera a dejarme y no podía negarlo. ¿Y si se cansaba de mí y buscaba a alguien que si estuviera dispuesta a todo? ¿Y si buscaba a alguien que quisiera tener sexo y no tuviera tantos problemas? ¿Y si me dejaba porque era una pesada llena de miedo e inseguridades?

Mi rubia amiga frunció el ceño al escucharme hablar de aquello, cosa que no debía hacer porque tenia una mascarilla de barro en la cara e iba a arruinarla. Yo tenia la misma y estábamos en el balcón tomando un vino caro que tenía escondido de su compañero.

—Mira, Lizzie, si él esta molesto contigo es un idiota —me explicó con esa sabiduría que admiraba mucho y no sabia como demostrárselo. La miraba como una especie de diosa que sabia todo de la vida y me lo demostraba día a día—. Las inseguridades no se resuelven como en las películas, de un momento a otro. Traen un largo trabajo y cuestan mucho. Si Marcus se enoja contigo luego de eso y no quiere verte, no

valía la pena, Lizzie. Créeme. Si te quiere, si realmente tiene interés de algo contigo va a tratar de entenderte por más difícil que sea.

—¿Y si se cansa?

—Entonces no te quería tanto.

Asentí, porque tenia razón.

—Si se rinde ante el primer obstáculo en la relación no vale la pena, querida. Porque si deciden estar juntos van a tener mil obstáculos, conflictos y problemas que tendrán que enfrentar. Cansarse o alejarse no es la solución a nada.

Eso era real y a veces me daba miedo aceptar que podíamos tener una relación. Nunca había sido la novia formal de alguien y me daba miedo no estar preparada para algo así.

—Vivimos en una sociedad en donde creemos que nosotras somos las que tenemos que darlo todo. Dejar nuestros trabajos por los hombres, dejar nuestra vida para complacerlos, obedecer para que no se vayan, tener sexo para que no termine con otra...y no es así. Ellos también tienen que entendernos.

—Siempre tan feminista —bromeó su roomate, que se llamaba Tyler, estaba en el marco de la puerta en ese momento. Laura le regalo una mirada digna de una asesina serial y lo ignoro, porque parecía que no tenían una buena relación. Ella le hizo un gesto de asco y él se marchó riéndose sin poder evitarlo.

—A lo que iba antes de mi interrupción, tomate el tiempo que necesites, Lizzie. Eres tu la que tiene que amarse, quererse y valorarse. Yo lo veo, Marcus también, pero tú no puedes ver lo increíble que eres. Eres preciosa, sexy, divertida y ojalá yo pudiera tener tu personalidad. Solo tienes que verlo tu también.

Suspiré, asintiendo un par de veces mientras me apoyaba mejor en el sillón del balcón, tratando de pensar en las palabras de Laura. Había mucha realidad en ella y mucha que todavía me costaba creer. No entendía como funcionaban las cosas y como podía ser como Laura era, tan perfecta y preciosa. ¿Cómo hacia esa gente que se sacaba fotos en Instagram y lograba quererse todos los días un poco más? Había una realidad, si no me quería no iba a lograr querer a otros. Si no me quería no iba a entender nunca cosas básicas o a conocer mi

propio cuerpo. Necesitaba entender como funcionaban las cosas finalmente, por mas que fuera algo totalmente imposible para mi en esos momentos.



Al día siguiente en la editorial me enteré que Marcus tenia varias reuniones y no iba a estar en la reunión de todas las mañanas. Me llamó mucho la atención, sobre todo porque habían dicho que esa reunión del lunes era la mas importante de la semana. Acudí junto a mis compañeras y me senté a esperar al amor de mi vida, sin embargo, entro el padre de este. Mi sorpresa fue obvia, como también la de todos los presentes. El hombre se parecía mucho a Marcus, casi caminaba del mismo modo y por un momento tuve miedo por el futuro de la editorial.

—Creo que todos me conocen —empezó el acercándose a la silla en la que siempre se sentaba Marcus. Quise que estuviera ahí, explicándonos él, sobre los problemas actuales de la editorial y no su padre—, soy el padre de Marcus. Mi hijo es el dueño de la editorial, pero yo soy el inversor. Yo puse el dinero suficiente para que existiera y hoy creo que estamos todos conscientes de que la editorial esta fundiéndose.

El silencio fue tenso, de esos en donde una verdad existe, pero nadie quería decirla en voz alta para que fuera real. Todos sabíamos que eso se estaba por terminar y en ese momento quise ponerme a llorar al comprender que mi sueño se estaba terminando. Tendría experiencia para entrar a otro lugar, pero ninguno como ese. Si, mi supervisora era una pesada, pero a esa editorial le había dado todo mi amor. Pasaba horas leyendo novelas que luego veían la luz y amaba encontrarme con esos escritores llenos de esperanzas. Yo era la que les decía que iba a cumplir sus sueños, que íbamos a caminar y soñar juntos. Sin embargo, ahora todo se estaba terminando y no sabia como, lo cual me ponía diez veces peor.

—Hoy en día necesitamos un milagro —dijo el hombre que quería mandarnos a casa con las manos vacías y los sueños rotos—. Nadie puede salvarnos.

—No, no necesitamos un milagro —interrumpió la voz que más quería escuchar en ese momento—. Necesitamos una novela que nos levanté.

Marcus entró agitado, como si hubiera corrido para llegar a tiempo y se notó en todos la diferencia emocional cuando entró. Todos nos alegramos de verlo, de escuchar su positiva manera de pensar y camino hasta el sillón que le correspondía. No importaba quien pusiera el dinero, sino quien nos manejaba. Un jefe podía tener dinero, socios, inversores, de todo, pero el líder era quien manejaba a la gente, les recordaba que estaba en ese lugar y que soñábamos juntos. Un líder era lo que necesitábamos.

—¿Qué clase de novela nos puede salvar ahora, Marcus? —preguntó la idiota de mi supervisora con esa mala onda que siempre existía en ella, casi lo llevaba en su manera de ser—. Necesitamos una novela buena...un best seller... ¿Cómo podemos conseguir eso en tan poco tiempo?

—¿Poco tiempo? —quiso saber Laura sorprendida por aquellas palabras. Miré a Marcus buscando explicaciones y me di cuenta de que no conocía mucho de él en el ámbito profesional, solo en lo personal. No sabia nada sobre que estaba sucediendo en la editorial y eso me aterraba—. ¿Tenemos poco tiempo?

—Mi padre...mi padre nos ha dado un mes para encontrar el best seller perfecto.

Todos miramos a ese horrible hombre que prefería seguir pensando en números antes que cualquier cosa. Lo entendía, era un empresario y quería dinero. No lo estaba consiguiendo en la editorial entonces prefería cerrarla. Eran empleados, impuestos y mil cosas más de las que yo no tenia idea.

—Casi todos los que están aquí son lectores o escritores, ¿no es cierto? —preguntó Marcus luego de un largo silencio y varios asentimos, otros simplemente se quedaron mirando al hombre que podía quitarles el trabajo—. ¿Recuerdan el primer libro que les cambio la vida? Siempre hay uno. A veces es el primero, a veces es uno que leen en un momento icónico de sus vidas...a veces implemente nunca llega, pero existe en algún lado. En alguna biblioteca está y sé que algún día lo encontraran. Lo que tenemos que conseguir en un mes es esa novela. Esa que enamore a alguien más, que llegue a las personas. Jóvenes o adultos. No importa a quienes,

sino a todos. Y con eso podremos volver a ser la editorial que éramos antes.

Nos fuimos de esa reunión sintiéndonos más animados y al instante todos nos sentamos para tratar de encontrar esa novela. Algunos miramos plataformas online, otros leímos borradores y algunos trataron de buscar una respuesta en otro lugares. Estuvimos horas y le enviamos a Marcus lo que creíamos que iba a ser bueno. Yo no mandé nada, dudosa de mis propias decisiones y de una idea que tenia en mi mente.



Cuando ya no quedaba casi nadie en la oficina, decidí ir hacia la sala de reuniones en donde estaba Marcus. A veces se quedaba en esa sala porque se sentía más cómodo y le gustaba la tranquilidad, en cambio en su despacho estaba su secretaria y entendía que podía ser molesto. Estaba tecleando cuando lo vi y levantó la mirada cuando volví a golpear suavemente la puerta de vidrio antes de entrar.

—Quiero que me escuches antes de decirme algo —pedí y el asintió, cerrando la tapa de la computadora, pero yo levanté una mano queriendo impedir esa acción—. No, no cierres. Te envié un borrador de una novela que creo...creo que es lo que estás buscando.

Marcus asintió y levantó nuevamente la tapa de la computadora. Con un par de clics, supuse que había entrado a su mail y luego me miró con una de sus cejas elevadas. Tomé aire para decir algo que jamás creí que diría en mi vida. Estaba nerviosa y un poco ansiosa, pero tomé fuerza para explicarme.

—Tomé este trabajo porque mi sueño es ser escritora y por muchos años he...ya sabes, hecho cosas tontas que he subido a plataformas en donde no me ha ido muy bien —le conté tratando de encontrar las mismas palabras que Marcus usaba para convencer a cualquiera. Quise demostrarle que quería eso, que estaba dando una solución a sus problemas y a los míos también—. Y desde que empezamos a conocernos escribí una novela. No está completa y es un

borrador...pero...siento que es lo que necesita leer alguien perdido. Alguien como yo antes de conocerte.

Un largo suspiró salió de sus labios cuando terminé mi pequeño discurso lleno de miedos e inseguridades, pero asintió finalmente y cerró la tapa una vez más. Esperaba que le diera una oportunidad y que dejara que mi personaje llegará a él. Se puso de pie lentamente, como si midiera sus movimientos y se sentó en el escritorio frente a mí. Quería hacerme agua en ese mismo momento. Los brazos cruzados, la camisa arremangada y ese cuerpo de ensueño. Pero también era él quien me gustaba, esa cara que me volvía loca todas las noches y el cariño que le tenía.

—Me gustas mucho, Marcus —solté finalmente, sin importarme nada de lo que estaba sucediendo. Quería decirle mi verdad, mis sentimientos y todo lo que había pensado solo en un día—. Sé que tengo muchos problemas y conflictos, pero...pero quiero estar contigo. Quiero tener algo contigo. Lo que sea, lo que quieras darme... ya no es más sobre la lista, sobre el contrato o lo que sea. Ya no es sobre sexo... es una relación lo que quiero tener contigo. Y sé que hay mil cosas que debo cambiar, que debo mejorar y aprender...pero quiero aprenderlas a tu lado.

—Siempre tenemos cosas que aprender, Lizzie. Yo también tendría que ser más...más comprensivo contigo y no enojarme ante el primer obstáculo —confesó él y sonreí, porque esperaba escuchar algo así. Sonreí contenta y di un par de pasos hacia él, pero antes de hacerlo me tomó el brazo para acercarme más a él. Me posicioné entre sus piernas, pegadita de una manera que me gustaba mucho y en la que podría estar toda la noche—. Quiero lo mismo, quiero que aprendamos juntos de todo. Hay mucho que no sé, hay mucho a lo que le temo y...mucho que me afecta. Pero quiero que seamos imperfectos juntos, ¿Qué te parece?

Sonreí de lado, porque aquello era imposible de no querer. ¿Quién no deseaba una relación con Marcus? En ese momento me sentía feliz, contenida y dispuesta a ser amada. Aquello era difícil, ¿Cuántas personas habían tenido la oportunidad de eso? ¿Cuántas personas en la vida habían sido queridas? Yo había tenido la suerte de serlo en ese momento y no iba a arruinarlo.

—Me parece una idea interesante.

—¿Tu novela habla de mí? —quiso saber de la nada, cuando yo ya estaba cerrando los ojos para dejarme besar por mi jefe. Me sonrojé, sentí las mejillas hirviendo y por un momento creí que me iba a quemar ahí mismo por soltar mi confesión—. Porque si es así tengo que cobrarte derechos de autor...

—Tendrás que leerla para saberlo —me aventuré a tontear un poco con él y lo escuché reírse cuando cerré mis ojos para acercarme en busca de sus besos. Nuestros labios se unieron una vez más y volví a sentir esa unión. Éramos Marcus y Lizzie sin importar las imperfecciones de ambos, siendo finalmente una pareja dispuesta a crecer. Una pareja. Que loco sonaba todo eso y que miedo daba.







Capitulo 14

Cómo vivir tu sueño y no morir en el intento

Lo siguiente que pasó no tiene explicaciones para mí actualmente. Sucedió. Así, sin más. Toda mi vida he querido ser escritora, desde pequeña he querido contar historias que llegasen a los corazones y que dejaran alguna enseñanza. A veces quería contar ese tipo de novelas, otras veces solo quería contar novelas de amor que salían de mis sueños más delirantes. Pero esa novela era especial, realmente lo era.

Todo sucedió con una rapidez que me sorprende recordar. Marcus no quiso cenar conmigo ni verme, simplemente imprimió todas las hojas del manuscrito de su editorial junior y se sentó en el sillón de la editorial a leer, con un plumón en su boca que usaba de vez en cuando. Yo estuve un tiempo con él, nerviosa, ansiosa y deseando saber que pensaba. Sin embargo, a la hora de no recibir respuesta de él más que gruñidos, decidí marcharme por los nervios. ÉL me dijo que iba a comer algo rápido y luego se iría a casa, pero sabia que estaba inquieto.

Muchas veces llegue temprano a la editorial para encontrarlo durmiendo en los sillones de la sala, con el brazo en el rostro y el cabello fuera de su agarre, con los mechones descontrolados. Luego me contaban que había pasado toda la noche leyendo y corrigiendo una novela. Días después teníamos en nuestro correo una nueva publicación que seguramente a todas nos iba a encantar.

A él le apasionaba leer historias, llevarlas de la mano y publicarlas. Lo veía conversar por horas con los escritores que llegaban a la editorial y me encantaba observarlos riéndose entre libros y café. Marcus era editor además de un empresario joven y exitoso, lograba conseguir cosas que nadie más había logrado con su edad y me encanta verlo en acción. No solo convencía a la gente por su belleza, sino porque le apasionaba su trabajo. Se notaba que quería cumplir

sueños además de pagar sueldos. Era uno en un millón y a mi me encantaba por ello.

Esa noche dormí poco y nada, le envié un par de mensajes, pero respondió muy pocos. En algunos me enviaba fotos de él casi dormido en el sillón de su casa con el perro y la cara manchada con un plumón amarillo. Era simpático, era divertido a su modo y me hacia reír. Era todo lo que podía pedir en ese momento de un hombre.

Pero al día siguiente sucedió lo que menos me imaginaba. Llegue a la editorial y Marcus me pidió una reunión rápida. En mi correo había varias reuniones, pero no pude ver ninguna porque, obvio, me interesaba más la de Marcus. En la sala espejada, estaban las hojas de mi novela llenas de apuntes, marcas y algunas manchas de café. No sabía que podía significar, pero estaba nerviosa por saber cual era su veredicto.

—Terminé de leer tu novela —me dijo a modo de saludo y yo levanté una de mis cejas sorprendida por lo rápido que iban a terminar las cosas. ¿Qué faltaba? ¿Un regaño? ¿Una queja? No lo sabia y suspiré cuando me senté frente a él esperando lo peor—. ¿Eres consciente de que habla de nosotros no?

—Oh, no, escribí una novela sin darme cuenta de que me estaba inspirando en la historia con mi jefe —bromeé, pero él no se río y me quedé en silencio incomoda. Suspiré y traté de comenzar a decir algo que tuviera sentido para Marcus. ¿Una disculpa? Algo—. No quise...

—Me ha gustado mucho —sentenció en medio de mi discurso y me quedé boca abierta sin saber que decirle. ¿Le había gustado mi novela? ¿A un tipo como Marcus? No lo podía creer—. Se la envié a mi madre y a Susan. No creo que hayan leído mucho, pero me han comentado que les ha gustado.

No, no podía ser.

—No sé cuál es el target de la novela. No sé si es para jóvenes...no sé si es para mujeres más adultas. Eso tendrás que decírmelo tú y el equipo de marketing. Pero creo que aquí tenemos a nuestra salvación, Lizzie. No puedo creer que tardaste tanto tiempo en mostrarme esto.

¿Estaba despierta acaso?

—Esto cambiara la imagen de nuestra editorial para siempre. Contaremos que le dimos la oportunidad a una de nuestras empleadas que siempre tuvo como sueño publicar, que trabajó duro, pero que jamás se rindió y demostraremos que escribir es un trabajo, talento y una carga sentimental de sueños —decía sin parar, caminando de un lado al otro como una persona a base de café y tal vez gaseosa. Yo estaba impactada, tenia la boca abierta y en ese momento no sabía que decirle—. Iremos a eventos, a conferencias, contaremos mil historias de superación y mucho más...este es el momento para...

—¿Me estás hablando en serio, Marcus?

El silencio apareció en la escena y él me miró confuso, sin saber que decir ante la situación actual. Nos quedamos unos minutos en silencio sin saber que comentar, porque ninguno estaba al tanto de lo que el otro pensaba y me dio miedo.

—No quiero...no quiero que esto arruine nuestra relación.

—¿Nuestra relación? —preguntó Marcus repitiendo mis palabras, se sentó a mi lado, moviendo la silla de un modo que me asustó y luego apoyó su mano en mi rodilla. Frente a todos los curiosos que no entendían que estaba pasando, pero sin embargo miraban a la sala. Seguramente pensaban que iba a echarme, de eso no tengo ninguna duda—. Aquí importas tú, Lizzie. No importa lo que tenemos...

—¡Claro que importa lo que tenemos, Marcus! Eres lo mejor que me ha pasado...

—Esto es lo mejor que te ha pasado —remarcó marcando con su dedo los papeles en la mesa y me quedé mirando aquello, analizando que tenia razón. Si, encontrarlo había sido algo mágico, bonito y único. Pero escribir esa novela también lo era, había dejado mi alma, mis miedos, mis inseguridades y finalmente había podido escribir algo que me llenaba el corazón—. ¿Sabes que quisiera? Quisiera que la Lizzie que conocí cuando me envió el mail equivocado leyera esto. Quisiera que todas las Lizzie del mundo encontraran en estas palabras lo que no encuentran en el espejo. ¿Entiendes? No puedes decir que conocerme fue lo mejor...

—Pero el libro en gran parte fue gracias a ti...las cosas que me has dicho...

—No, Lizzie. Esto ha salido de ti. Las cosas que yo he dicho han sido las que necesitabas oír, pero que ya las sabias —me dijo y asentí, porque eso era cierto. Marcus me había dicho lo que nunca había podido decirme. Su crecimiento había sido gracias a él, a su aliento, pero también gracias a mí. Porque en los momentos más oscuros, solo había estado yo y tenia que aferrarme a eso—. Esto, esta novela y tu talento por contar las cosas es mucho más grande que una relación. Te dirán que te has acostado con el jefe para conseguir el contrato con la editorial, que eres una manipuladora...lo que sea, pero cuando lo lean se darán cuenta de que la chica escondida detrás de un escritorio siempre fue una escritora. Eres una escritora, Elizabeth, vas a contarle a la gente tu historia y vas a ayudarla a crecer. Alguien leerá tu novela y crecerá, se querrá un poco más y dentro de una bonita historia de amor aprenderá a quererse. ¿Qué prefieres? ¿Un final feliz de una pareja o una mujer que ha aprendido a mirarse al espejo?

Me di cuenta de que estaba emocionada, que sentía los ojos llenos de lágrimas y que eran por las palabras mágicas de Marcus. Me temblaban las manos sobre el regazo y él me las tomó para dejarles un beso en la palma, ignorando que éramos el show de la editorial en ese momento. Estaba nerviosa, pero asentí, porque prefería lo segundo. Siempre iba a preferir que una persona se amara primero y que luego consiguiera el amor.

—Estoy tan enamorado de ti ahora mismo que echaría a todos los presentes para hacerlo sobre el sofá en el que dormí super incomodo.

Me reí sin poder evitarlo y él se unió a mis risas, pero no dijimos ni hicimos nada. Simplemente nos quedamos mirándonos como tontos, como los tontos enamorados que éramos y tal vez seriamos. ¿Siempre? ¿Estaba escuchando campanadas en la habitación? Tal vez sí.

—¿Y ahora qué sigue? ¿No eres tú quien elige que sigue? —pregunté cuando terminamos nuestra reunión en la que nos dijimos un par de tonterías más, pero sabia que tenia mil más en ese momento. Marcus

se río y asintió, levantando la tapa de su ordenador para contarme como seguiría esto.

—Bien, tienes una reunión con Susan, con el contador y luego con Laura. Lo sé, sé que odias a Susan y es entendible. Pero no es una mala mujer, te lo prometo —me dijo mientras yo refunfuñaba como una niña, incapaz de ver más allá de la realidad. Algo era cierto, Susan era una increíble editora y por eso era mi mentora, pero nada más lejano. Suspiré enojada, porque no era lo que estaba buscando—. Lizzie, si vamos a hacer esto tienes que saber que vas a tener muchas conversaciones con personas que no quieres. Sin embargo, tienes que ser fuerte y entender que son por un bien mayor.

—Susan va a negarse a aceptar mi novela y a decir que soy poca cosa...

—Ya la ha leído y la ha aceptado.

Sentí que la boca se me abría de par en par, porque no podía creer que estuviera diciendo aquello. Susan, la supervisora que me había odiado y siempre maltratado había elegido mi libro. Estaba desesperada, no había otra opción en ese momento. Miré a Marcus sin poder creerlo y él me regaló una sonrisa.

—Para ser una persona que no quiere ser juzgada...juzgas mucho a los demás, Lizzie.

No podía creer que él estuviera diciendo eso, que realmente olvidase que su padre estaba engañando a su madre. No comprendí que sucedía con él y tal vez creí que ella había aceptado eso por aquel motivo. Claro, eso tenia sentido. Aceptaba porque yo la había chantajeado también. Por ahí buscaba derrotarme, publicar mi libro lleno de fallas donde me enamoraba de Edward Cullen o algo por el estilo. Eso debía ser, ¿no?

—Es la mujer con la que esta tú padre...

—Aquí hay una realidad de la que nunca hemos hablado —comenzó y dejó escapar un largo suspiró que me dio pánico—. Mis padres se están separando hace mucho, pero no es algo que yo pueda detener. Van y vienen, son esa relación toxica que no quiero en mi vida. Mi madre es una mujer independiente e inteligente que ama demasiado a su egocéntrico y manipulador esposo. Van y vienen, pero yo ya no participo más en sus juegos. ¿Sabes por qué? Porque siempre salgo

herido. Y lamento haberte metido en esto a ti también...pero tienes que entender que su relación es de ellos. Mis padres son un mundo, yo soy el hijo que no se mete porque lo lastiman y así hemos sobrevivido. Que no te sorprenda que aparezcan en algún evento de tomados de la mano y enamorados...

—Entonces no es justo para Susan, Marcus. No es justo que estés mirando como tu padre hace sus maldades y sufre una mujer — respondí sorprendida por mis propias palabras. Supuestamente odiaba a esa mujer, pero ahí estaba mi empatía por ella. Talvez Susan me había demostrado más de lo que yo había imaginado.

—Lo he hablado con ella, Lizzie. Le he tratado de decir, pero creo que es muy tarde y no puedo impedirle estar enamorada. A veces el amor no es sano.

Asentí porque tenía razón. A veces el amor no era sano y si bien lo sabíamos, lo elegíamos todos los días. Suspiré y terminé por aceptar que tal vez estaba juzgando a una mujer que no conocía. Yo no tenia la culpa de que ella solo me mostrara lo peor, aunque siempre he creído que su mal comportamiento tiene una razón. Algo por dentro le hace mal y lo descarga de algún modo. Tal vez ese era el caso de Susan y yo recién lo estaba notando.

El silencio nos invadió a las dos, alumna y mentora, supervisora y junior. Por muchos años Susan y yo habíamos compartido escritorio, hasta que finalmente me pasaron al sector en donde estaba Laura y Susan quedó del otro lado. Nos veíamos las caras, pero por lo menos no miraba hacia mi monitor y mi compañera no decía nada cuando me veía en redes sociales. Yo tampoco le decía nada cuando la veía en Tinder a pesar del novio. Era un acuerdo que teníamos en silencio.

Sin embargo, nuestros meses compartiendo escritorio habían sido complicados y en muchas ocasiones llegue llorando a mi casa. Llamé a mis amigas en un mar de lágrimas y le juré a mis padres que iban a dejar de ser pasante. No sé cómo había logrado pasar sobre su manía por el control, su manera horrible de tratarme y su presión

constante. Susan un día me dijo que ya no era pasante, que era editora junior y no sé debía a mi graduación, que había sido hacia mucho tiempo. Me había elegido y estaba en un puesto privilegiado.

Creí que eso iba a cambiar nuestra relación, pero nada más lejano entre nosotras. Y ahí estábamos, como si nada, como si yo fuera el cliente y ella mi empleada. No era así como tratábamos a los escritores, pero estaba nerviosa por saber como se trataba a un escritor en esos momentos.

—Voy a confesar que no me sorprende nada lo que está sucediendo, Elizabeth.

Por un momento la miré sin entender, porque no estaba del todo interesada en escuchar sus palabras que iban a costarme la paciencia que no tenía. Pero me di cuenta de que tal vez estaba siendo una dramática y tenia que darle una oportunidad a esa mujer.

—Siempre supe que ibas a ser buena —confesó de la nada, sorprendiéndome más que otra cosa y en ese momento, lo confirmo, no entendí nada de lo que estaba pasando. ¿Me estaba elogiando? ¿Luego del maltrato? Estaba delirando, definitivamente—. ¿Nunca te preguntaste porque te contraté a pesar del desastre que eras como pasante? ¿O tengo que recordarte las cosas que hacías en ese entonces?

Suspiré. Bueno, aquí vamos con un poquito de verdad, yo era un desastre. Eso ustedes ya lo saben, pero imaginen lo que era cuando entre. Una vez le envié a un escritor una corrección por error, otra vez creí que una persona era un troll de internet cuando en realidad era un famoso autor haciéndome una broma por mail. Confundí yogur por leche. Mil veces tomé leche vencida, dejé pollo en la heladera y tapé el baño dos veces. Yo era un desastre, no iba a negarlo, y mil veces creí que iban a despedirme. Sin embargo, una vez me llamaron para decirme que estaba contratada y que empezaba a tener un sueldo fijo.

—Bueno, no todos somos perfectos.

—Lo sé...pero a lo que voy es que siempre supe que ibas a triunfar. Era cuestión de verte, de notar tu energía. A veces uno se da cuenta de esas cosas, nota cuando alguien va a ser grade y que no estará con nosotros por mucho tiempo —me contó como si me estuviera

diagnosticando un cáncer terrible—. Lamento haber sido cruel contigo, Elizabeth. No merecías el maltrato, solamente quería ver si podías soportar permanecer en la editorial. Lo hiciste y al día de hoy no puedo creerlo...

—Tal vez porque me interesaba mi trabajo. ¿Nunca pensó en eso? ¿En ser más agradable porque su compañera de trabajo quería quedarse? —le cuestioné algo enojada, porque todo ese discurso de "siempre creí que ibas a ser alguien" me aburria y enojaba. Era injusto que se comportara de ese modo—. No se maltrata a una persona para cuidarla, para hacerla más fuerte...eso es antiguo y horrible. Todos estamos pasando por algo, Susan y seguramente tú también pasaste por mucho mientras yo te insultaba en mi mente, pero aun así jamás te hice daño.

El silencio reino entre ambas una vez más y yo me sentí bien, sentí que había hecho lo que tanto estaba deseando hacer por años. Esas cosas antiguas no podían seguir sucediendo y quería que si un nuevo pasante entrara no tuviera que vivir eso. No tuviera que vivir con el miedo de tener una supervisora malvada que probara su fuerza a base del maltrato.

—Tienes razón —admitió finalmente y no pude mostrarme más sorprendida, porque en ese momento estaba siendo la persona que jamás creí que seria. Vaya sorpresa en ese momento y se notaba en mi rostro aquella expresión—. He sido muy cruel contigo solamente por envidia de tu juventud y capacidad. Me descargue y no era lo ideal. Te pido disculpas, Lizzie.

Aquello parecía más irreal que la publicación de mi libro, sin embargo, me sentí lo suficientemente adulta para asentir y perdonar a esa mujer. Si, ya sé lo que están pensando. Perdonar no siempre es lo mejor cuando te lastiman tanto, pero yo era de esas que aceptaba que todos éramos humanos y que pedir perdón era divino. Susan merecía una nueva oportunidad y, si tenia suerte, no iba a castigar a nadie más.

—Ahora, me gustaría que pudiéramos hablar de editora a escritora y que me dieras la oportunidad de serlo. Creo que hay mucho potencial aquí, a veces se pierde, pero creo que podemos enfocarnos todo el tiempo en conseguir lo que tanto buscas. Esta es una buena historia,

Lizzie. Marcus tiene razón, aquí hay una voz y es la tuya. No quiero que falles.

Sonreí y asentí decidida, yo tampoco estaba dispuesta a fallar.



Capítulo 15

Cómo decepcionarte de tu jefe y no morir en el intento

—¿Y qué harás cuando seas rica? —me preguntó Laura cuando se sentó a mi lado en su turno de la reunión. Me reí porque no veía nada más lejano que eso, porque lejos estaba de volverme rica por ser escritora y mucho más de la noche a la mañana. Simplemente resoplé y me encogí de hombros, porque no estaba segura de nada en ese momento. Estaba asustada, sorprendida y maravillada—. Marcus me ha obligado a leer tu novela. Amo la editorial, pero odio leer. ¿Es anormal?

—Por supuesto que sí, Laura. ¿Qué haces en una editorial y no lees?

—Soy la creadora de contenido digital, mi amor, no necesito leer un libro para eso. Ese es mi talento —exageró y me reí un poco mientras le contaba de que trataba la novela. Laura era una buena amiga, no iba a negarlo, sentía que finalmente encontraba a alguien en esa ciudad que me comprendiera y quisiera. Era muy buena escuchando, analizando las cosas y creativa por donde se le viera. Mientras yo hablaba, ella escribía y tomaba notas, como también a veces creaba pequeños corazones en el borde de la hoja de su cuaderno. Era una chica increíble, eso no iba a negarlo.

—¿Qué opinas entonces? —quise saber finalmente porque, no me gustaba no saber su opinión. Laura se corrió el cabello largo hacia un costado y se río divertida, con esa linda y elegante sonrisa.

—Que tengo muchas ganas de empezar con todo, Lizzie. ¡Esto será genial! Haremos una campaña de marketing preciosa sobre superación y amor propio. Buscaremos a todas las chicas que están cansadas de soñar con el príncipe azul y les contaremos que hay uno en algún lugar del mundo. Uno real, de carne y hueso —dicho eso me dio una mirada picara, que me hizo reír al instante porque si algo

tenia Laura era ser descarada cuando quería—. Hasta puede que lo lea por gusto, para encontrar a mí príncipe.

—¿Ese que vive en tu departamento? —pregunté y la sonrisa se le fue del rostro. Me sentí mal por haber hecho eso, pero luego vi que sonreía un poco y se mordía el labio como una adolescente enamorada de quince años—. ¿Qué?

No me dijo nada, pero su mirada lo dijo todo y ambas seguimos hablando de marketing, sueños y todo ese tipo de cosas que las amigas deciden conversar en una tarde normal. Hablamos de la portada, que era algo de lo que se encargaba ella también y pensamos ideas, dibujamos algunas en la pizarra que Marcus siempre usaba y después escuchamos un poco de música que pudiera inspirarnos. Fue como una tarde de amigas, pero trabajando sin parar con ideas y conceptos nuevos.

Laura era ese tipo de chica que uno nunca creería que fuera a ser tan importante en mi vida y que había tardado tantos años en encontrar a alguien como ella. Empática, simple y llena de energía. Me entendía, comprendía y alentaba, estaba segura de que no era la amiga perfecta, pero si una que me encantaba tener. A veces las amistades funcionaban así. Eran inesperadas, llegaban en el momento y de la manera menos esperada, pero sabias que serían para siempre. Le sonreí cuando me miró y acepté que ese era el comienzo de algo muy lindo.

—Me dijo Marcus que quiere hacer un after, pero que esta vez no sea uno fallo a último momento —me dijo mientras miraba el calendario de todos en su correo. Fruncí el ceño sin comprender y ella pareció verlo, por lo que paso a explicarme con sus palabras—. ¿Te acuerdas la ultima vez que quisimos hacer un after?

Si, esa fue mi primera noche con Marcus.

—Bueno, Marcus llamo a ultimo momento para decirnos que el after se cancelaba. Nos enojamos mucho porque estábamos por la zona y queríamos beber. Terminamos todos en un bar muy lejos y pasamos un buen momento. ¿No lo recuerdas?

—Yo nunca recibí ese mensaje —noté sorprendida y sin entender.

—¿No recibiste el mensaje de Marcus de que cancelaba todo? ¿Fuiste al bar?

¿Marcus me había hecho una trampa? Laura se dio cuenta al mismo tiempo y se llevó una mano a la boca, sorprendida por el atrevimiento de mi jefe en ese momento que no éramos nada. Ese mismo día yo le había enviado un mail pidiéndole sexo, me había caído de culo en su despacho y le había mirado la entrepierna. ¡Y él había hecho eso para que estuviéramos solos! Me reí junto a Laura, causando que todas las miradas se fijaran en nosotras.

—Fui al bar y me encontré con Marcus, esa fue la noche de nuestro primer beso.

—No puedes negar que nuestro jefe te ha puesto una bonita trampa.

No, no podía negarlo. Negué con la cabeza y miré a mi jefe a lo lejos, que estaba conversando con un nuevo pasante. Cuando nuestras miradas se encontraron, tomó el teléfono y lo señalo con su mano para luego mirar el mío olvidado en la mesa. Comprendí que estaba diciendo algo sobre mi teléfono y creí que se trataba de trabajo. Sin embargo, encontré algo totalmente diferente.

"¿Qué te parece ver a Harry Styles esta noche? Y hablo del real."



—Creo que esto es lo más lindo que alguien ha hecho por mí.

Marcus se río mientras tomaba mi mano para que no nos perdiéramos entre tanta gente de pie esperando por el amor de mi vida. Había sido fanática de Harry Styles toda mi vida y jamás había estado en mis planes verlo por lo costoso. Pero ahí estábamos, de la mano, en uno de esos conciertos en lugares tranquilos, sin gente gritando como loca y me sentía la persona más feliz del mundo. Mi novela iba a ser publicada, tenia al hombre más perfecto del mundo tomándome la mano y estaba por ver cara a cara a Harry Styles. ¿Se podía pedir más perfección en ese momento? Seguramente sí, pero yo quería eso y me encantaba.

—Un amigo tenía entradas y las compró para su novia —me explicó cuando finalmente nos ubicamos en un lugar más tranquilo, pero con una perfecta posición para ver al príncipe Harry—. La novia lo dejó

hace unas semanas y las vendía por Facebook. Me acordé de que te gustaba y bueno...quería darte la sorpresa.

—Tu solo quieres meterte en mis pantalones.

—¿Lo estoy logrando? —preguntó con una sonrisa picara que me hizo reír. Me hice la desentendida, pero los dos sabíamos que lo estaba logrando. ¿Iba a ser esa LA noche? Estaba un poco nerviosa pensando en eso y había tratado de ponerme mi mejor ropa, depilarme hasta los pelos de la nariz y no pensar mucho. No quería ponerme nerviosa, mucho menos si íbamos a un concierto. Sin embargo, el pensamiento estaba ahí.

Antes de encontrarnos, Laura y yo fuimos a mi casa para ver que me iba a poner. Ahí descubrí que a Laura no le gustan los gatos y odia toda mi vestimenta. Sin embargo, encontramos uno de esos jeans que me hacían ver de maravilla y una campera de cuero que iba con el concierto. Supongo.

—No sé qué le ven —comentó en voz alta, haciendo que algunas se girasen para mirarlo y yo me riera al instante por sus expresiones—. Vaya, nunca me sentí más intimidado en mi vida. Peor que una reunión con inversores.

—No tienes ni idea de lo que puede hacer el fandom por Harry, Marcus —le advertí y él se empezó a reír, porque obviamente no quería preguntar tampoco. Iba a decirle algo más, pero las luces se apagaron para dar comienzo al espectáculo que seguramente no iba a olvidar.

Marcus me envolvió por detrás, dejando que yo apoyara mi espalda en su pecho y me envolvió con sus brazos mientras el show comenzaba. Así me tuvo mientras yo gritaba, lloraba y perdía la razón al estar tan cerca del ídolo de mi adolescencia. Nunca creí que viviría un momento así, pero al mismo tiempo se sintió muy real, se sintió correcto y perfecto. Era la cita ideal, no podía fallar de ningún modo.

A veces me giraba para besarlo, en medio de alguna canción romántica y ahí lo tenia con una sonrisa divertida y cariñosa. No parecía ser muy fanático, pero se movía lentamente como si encontrara el ritmo en las canciones. Yo también quería que disfrutara, pero se notaba que lo estaba haciendo a su modo. Cuando

comenzó Sweet Creature, un chico se puso de rodillas para pedirle matrimonio a una chica muy cerca de nosotros, Marcus se río en mi oído sin poder evitarlo.

—No me pidas tanto...

—Vaya, que decepción —lo molesté y nos reímos un rato mientras seguíamos escuchando al Dios supremo con su guitarra y su voz carrascosa. Cerré los ojos cuando Marcus me dejó un beso en el hombro, disfrutando de esa sensación de estar en sus brazos y con la música en vivo en mis oídos.

En ese momento me recordé que era feliz, que me había costado, pero lo había conseguido. Me prometí que siempre iba a recordar ese momento, aquel instante en donde fui feliz y plena. Con Marcus.



—Bueno, ¿Y para cuando Taylor Swift?

—¿Tú crees que soy rico o algo así?

—Pfff, tengo que considerar con quien salgo entonces.

Marcus se río sin poder evitarlo, medio atragantándose con la cerveza que estaba tomando y yo lo limpie con una servilleta la parte mojada de su barbilla. Él tenia la noche preparada luego del concierto habíamos ido a un bar cerca para comer algo, aunque yo trataba de no hacerlo porque no quería terminar vomitando. Conmigo nunca se sabia y ustedes lo saben. Pero al final terminamos comiendo y bebiendo, bromeando sobre lo tontos que éramos. Me gustaban esas cosas de parejas que pensé que jamás iba a vivir, me sentía con la capacidad de todo en un nuevo mundo que me habría miles de posibilidades. Citas en cafés, en cines, en discos. No solamente era nosotros en mi casa o en la editorial. Comenzaba a entender como funcionaban las parejas y a veces me asustaba, pero también me reconfortaba saber que podíamos hacer esas cosas juntos.

Incluso bailamos un rato como tontos, conocí los espantosos movimientos de Marcus para bailar y lo molesté diciendo que

comprendía porque no tenía novia. Él me sacó la lengua y juntos seguimos tonteando de ese modo tan nuestro, tan único que me daba vida. Comimos las papas fritas del otro, le pusimos salsas horribles y luego pedimos mil cervezas para sacar la sensación de nuestras lenguas.

Y nos besamos, nos besamos mucho como tontos. Como esos adolescentes que aprenden a besar por primera vez y no pueden dejar de hacerlo. Me gustaba que tomara mi trasero y me acercara a el para dejarme un beso. O cuando hacia un pequeño puchero y luego buscaba mi boca. Marcus tenia cosas de niño que me hacían reír por lo adorables que eran y me iba mostrando partes de él que todavía no conocía.

Supuse que así funcionaba conocer a alguien, y no hacerlo realmente, era una aventura que me gustaba vivir. Sabia que, como toda aventura iba a tener momentos buenos y malos, pero me gustaba el viaje. Sin embargo, mis palabras eran de una persona feliz creyendo que la vida era de color de rosas. Lizzie la ingenua siempre estará presenta y la realidad golpeó a esa chica de vuelta en menos de un segundo.

—¡Marcus!

El rubio se dio la vuelta para encontrarse con una pareja que de la nada había reconocido en medio de un bar. Parecían de ese tipo de personas que iban a tomar algo y pasar el rato, como nosotros dos, pero me dio pánico conocer a los amigos de Marcus de un momento para otro. Que ilusa era, por momentos me creía capas de tener una relación y luego me paralizaba cuando tenia que vivir algo como eso.

—¡Hey, Hola! —exclamó mi jefe, mi pareja, mi lo que sea y se bajó de la butaca para saludar con un abrazo a la mujer y al hombre que no conocía—. Amber y Patrick, les presentó a Elizabeth, yo digo que es mi novia, pero yo no estoy muy seguro...

Me reí nerviosa, sin entender si me estaba llamando de tal modo o se estaba burlando de mí. Ya saben como soy, nunca entiendo las bromas y encima las arruino. Los dos me miraron por un minuto y cuando no dije nada ni hice nada, me dieron como saludo un movimiento de cabeza. ¿Había metido la pata? Para mi sorpresa, Marcus no me dijo quienes eran y comenzaron a hablar un poco de algunas cosas a las que no les presté atención.

¿Alguna vez han estado en una situación incomoda sin saber a donde escapar? El teléfono siempre era buena opción, pero no tenia señal y ninguna imagen quería cargar en Instagram. Ninguno de los dos presentes parecía querer meterme en su conversación y Marcus me miraba de reojo, casi esperando a que diga algo, pero el tampoco hacia nada.

Tock, Tock. ¿Quién es? Hola, tus inseguridades.

Me empecé a sentir poca cosa al instante, porque no podía tener algún tipo de conversación con los amigos de Marcus y me sentía incapaz de socializar. Quise decir algo, pero solo abrí la boca y la volví a cerrar sin sentido.

—Voy al baño —susurré finalmente y Marcus asintió mientras seguía conversando con sus amigos, pero noté que fruncia el ceño buscando una explicación para mi comportamiento. No había, nunca había explicación.

En el baño me grité un poco y me enojé conmigo misma. Sé que están enojados conmigo, que seguramente están pidiendo que vayan a buscarme y me entierren viva. Incluso yo quiero matarme ahora que me recuerdo, pero en ese momento me sentía perdida. Suspiré y traté de pensar claramente, no podía seguir comportándome como una niña que no sabia conversar. Yo era muy sociable, había conseguido mi puesto porque le había caído bien a la gente de recursos humanos. La gente en los locales me amaba, porque decía que era simpática. ¿Y no podía desenvolverme con una pareja amiga de mi supuesto novio?

¿Nunca se han mirado al espejo y preguntado que esta mal con ustedes? Así me sentía y tomé la decisión de cambiar eso de mí. No podía seguir siendo la chica detrás del escritorio, escondida detrás de alguien, viviendo entre las sombras sin destacar y odiándome a mi misma. Era una persona completa y supuestamente eso había visto Marcus en mí.

Cuando bajé las escaleras del pequeño bar, me detuve en el ultimo escalón ya que podía escuchar su conversación sin que me vieran. La mesa estaba pegada a la escalera, pero ellos no me veían y yo aproveché para hacer lo que no se tenia que hacer.

—¿Están seguros de que no quieren quedarse a tomar algo con nosotros? —les decía Marcus a los intrusos en nuestra cita. Lo que me faltaba, tener que soportar a esos dos.

—No creo que tu novia esté de acuerdo con eso —respondió la mujer, con una voz que sonaba bastante acusadora. Puse los ojos en blanco porque me di cuenta de que iba a tener que aparecer—. ¿Qué ha pasado con tu buen gusto, Marcus? Antes tus novias eran simpáticas, agradables...además siempre dijiste que tenias que estar con lo mejorcito...

—Porque tú lo eres... —el hombre completó la frase de la mujer y se rieron juntos, como si aquella fuera una actitud antigua de Marcus. Me quedé en silencio sorprendida por lo mal que me habían caído esas palabras y me sentí aun peor en ese preciso instante—. Además... ¿una gordita? ¿A que estas jugando ahora? ¿No dijiste que nunca estarías con una chica gorda?

¿Ustedes se pensaban que yo no iba a pasar papelones? Por supuesto que no. Ese es mi segundo nombre.

Cuando dijo aquello, decidí acercarme a decirle que yo era más que una gordita, sin embargo, mi zapato me traiciono y me resbalé, cayendo de culo en el primer escalón. Todo el bar se detuvo a observar a la gorda en el suelo borracha y con un zapato roto. Vi en el rostro de Marcus sorpresa al instante, pero seguramente comprendió que había estado escuchando la conversación. Los otros dos idiotas palidecieron y preferí que murieran antes de tener que mirarlos a la cara.

Un chico me ayudó a ponerme de pie, como pudo y yo me saque el zapato que, obviamente, se había roto por mi peso o vaya a saber uno por qué. Ya no lo sabía, estaba muy angustiada por todo en general. Marcus se acercó a mi tratando de ayudarme y yo no le permití tal cosa. Me fui como una dramática, descalza y pedí un taxi en medio de la calle. Así estaba terminando mi cita, así terminaba mi noche.

—¿Qué haces, Lizzie? ¿Por qué estas tan enojada conmigo?

—Estoy enojada porque estoy decepcionada —le dije con lágrimas en los ojos, enfadada por descubrir que Marcus pensaba como todos—. Decepcionada de mi por creer que podías ser perfecto y es obvio que pensabas cosas desagradables como el resto de los hombres.

—Lizzie...eran cosas que dije antes...no ahora —me quiso explicar, pero yo no lo escuchaba. Simplemente lloraba y me angustiaba. No quería verlo, no quería tenerlo conmigo nunca más. Así de extrema era—. No puedes juzgarme por mi pasado.

No, no podía, pero estar con alguien que decía esas cosas me dolía tanto que me dejaba sin aire. Por eso lo dejé. Por eso me tomé el taxi para irme a mi casa. Por eso dejé a Marcus Scott.



Capítulo 16

Cómo concretar mi contrato con mi jefe y no morir en el intento (Parte 1)

El taxi iba demasiado lento, pero yo estaba demasiado triste como para prestarle atención. Me caían las lágrimas por las mejillas y miraba la ventana de manera distraída, sin analizar que el señor me estaba paseando por toda la ciudad. Un poco me ayudaba a pensar en todo lo que había sucedido y como iba a aceptar mi destino. No quiero ser exagerada, pero me dolía lo que había sucedido.

Había puesto a Marcus en un pedestal y me costaba ver que no era perfecto como yo creía. A veces ponemos a las personas en lo alto, creyendo que jamás vamos a decepcionarnos y cuando nos hacen algo nos duele el doble. Marcus había guardado silencio mientras había dejado que sus amigos dijeran cosas feas de mí. Eso no se le hacia a una pareja, se suponía que tenia que defenderme como yo haría si a algunas de mis amigas se le ocurriera decir algo de Marcus. Él no había dicho ni una palabra y había dejado que ellos me trataran mal sin conocerme y sin poder defenderme. Tal vez tendría que haberme defendido, haberles gritado y haber demostrado fortaleza. Pero, ¿la tenía? además, se suponía que él era mi novio y que estaba dispuesto a defenderme de cualquier mal o habladuría. Sin embargo, el silencio marcó un antes y un después.

Llegué a mi casa sintiéndome peor y le pagué al taxi sin pensar en el costo de mi largo viaje. Cuando caminé hacia la entrada de mi apartamento, no me sorprendió encontrarme con Marcus esperándome con los brazos cruzados y una sonrisa que me pedía una sola cosa: Perdón.

—¿Cómo llegaste primero a mi casa? —pregunté sorprendida y cruzándome de brazos como él lo había hecho.

—Vine en mi auto, parece que el taxi te hizo pasear por la ciudad.

Resoplé, ahora entendía porque iba poniendo música triste mientras yo lloraba y pensaba que estaba en un videoclip musical. Estaba

aprovechándose de mi dinero y yo ni siquiera me había dado cuenta. Marcus se acercó a mí cuando saqué las llaves para entrar y lo observé esperando explicaciones de su comportamiento para darle la posibilidad de entrar en mi casa y en mi vida, claro.

—Quiero explicarme.

—Te estoy escuchando —le comenté mientras finalmente abría la puerta, pero no lo dejaba entrar. Ladeó su cabeza, casi pidiéndome de ese modo una oportunidad. No tenia que hacer mucho, él sabía cómo podía conquistarme con solo una mirada.

—Llevo esperando media hora, tengo el culo helado.

Me reí y negué con la cabeza mientras lo dejaba pasar y subimos en silencio hasta finalmente entrar. Mi gato me vino a saludar contento, pero al ver a Marcus se escondió debajo del sillón, aunque decidí no prestarle atención mientras prendía las luces y me quitaba el abrigo y los zapatos. Notaba que Marcus estaba detrás de mí, pero no se movía mucho, sino que observaba mis movimientos en la habitación. Yo seguía enojada y esperaba que me dijera algo, no pensaba darles espacio a sus palabras hasta que finalmente las soltará.

—Me equivoque —dijo finalmente y suspiró lentamente—. Y me arrepiento.

Me senté en el brazo del sillón y me quité el lazo en el cabello para dejarlo caer en mis hombros, siempre revoltoso y despeinado. Marcus estaba apoyado en la pared al lado de mi televisor, buscando palabras que yo no sabía si quería oír. No empezaba, así que decidí expresar mis sentimientos.

—Te quedaste callado cuando tus amigos hablaban mal de tu novia, Marcus. Puedo entender tu pasado...aunque no lo conozco, pero no puedo entender porque no dijiste ni una palabra cuando se burlaron de mí. Se burlaron de mí peso, algo que sabes que me pone mal.

—Lo sé...

—Lo que no entiendo es el motivo. ¿Eres otra persona con tus amigos? ¿Eres alguien que se junta a burlarse de otros? —quise saber confundida. Sabía que había gente así y tal vez Marcus era una de esas personas.

—No…voy a explicarme, ¿de acuerdo? Pero tienes que escucharme por completo.

Suspiré y asentí, porque entendía que él tenia derecho a explicarse. No quería comportarme como una niña porque estaba dolida. Pero lamentablemente era como reaccionaba, como me manejaba cuando algo me dolía y eso me había hecho Marcus. Él tomo una silla y se sentó, sin acercarse a mí, sino que parecía cansado de estar de pie.

—Conozco mucha gente, tengo muchos contactos. No solo porque mis padres tienen mucho dinero y me invitan a eventos, sino porque soy una persona a la que le gusta tener contactos, personas, amigos…soy una persona social, una persona de eventos. Pero nunca he sido totalmente sincero con esas personas —me explicó con tranquilidad lo que yo ya sabía. Solo con mirar su Instagram notaba que estaba lleno de personas a su alrededor, no sol por el número de seguidores—. Mi problema con eso es que…no soy realmente yo cuando estoy a su lado. Me acoplo a su manera de pensar y finjo ser igual a ellos.

Fruncí el ceño sorprendida por eso, porque nunca creí que alguien como Marcus pudiera ser así. Él siempre había sido transparente conmigo y se notaba que no estaba fingiendo. O eso creía. Me sorprendió comprender que nunca terminaba de conocer a una persona y que tenia mil capas encima de la persona real. Marcus era así.

—Cuando dejé mis hábitos alimenticios y comencé una vida perfecta, como el niño emprendedor y con futuro…me volví parte de un grupo secreto de personas con futuro y dinero. Me di cuenta de que era mi oportunidad y me volví uno de ellos. Iba por el mundo creyendo que era lo mejor, que mis padres pagarían mis desastres y que el mundo me debía. Me habían hecho mucho daño en el pasado y creía que era mí momento de hacerlo. Me burlé de personas y mujeres, de muchas cosas…era ese niño engreído, ahora lindo y con dinero. Fui una persona que al día de hoy me avergüenza.

» Creí que podía tenerlo todo, Lizzie. Me creí el dueño del mundo e hice lo que quise. Lastimé mujeres hasta hacerlas llorar, me burlé del cuerpo de todas las personas que se acercaban a mí y solamente había una o dos personas en mi vida. Me volví este empresario que ves y un día…un día miré al espejo y me pregunté quien era.

» Tenía un teléfono lleno de contactos, noches con salidas impresionantes y las mujeres más lindas muertas por mí. Salía en revistas, me llovían seguidores en las redes y todos querían ser mis amigos. Pero...era una persona despreciable. Y no voy a culpar a las influencias, porque yo fui esa persona. Yo hice daño y lastimé, porque me habían lastimado.

Tragué lentamente luego de escuchar su discurso, entendiendo porque las personas se comportaban raro alrededor de Marcus y el padre del chico no entendía sus acciones. ¿Cómo iba a entender a un hombre tan cambiante?

—Vivo por la aceptación de la gente —me confesó y lo miré con real sorpresa, porque nunca creí que iba a decirme algo así—. Solo quiero que me acepten. Mi madre dice que lo hago porque mi padre nunca me aceptó, pero no lo sé. Lo único que quiero es aceptación y a pesar de todos los años que llevo vivo...todavía no lo logró. Cuando te conocí busque todo tipo de cosas que pudieran gustarte, hasta pase más veces por tu escritorio de las que debería y miré tu perfil de Instagram más veces de las que me gustaría confesar. Quería que me aceptaras, estaba desesperado porque una chica como tú me diera el visto bueno.

—¿Una chica como yo? ¿Para burlarte luego?

—No, sentí que si hacia las cosas bien contigo podía remediar todo lo malo que he hecho. Obviamente con un interés, siempre me gustaste desde el primer momento...pero luego se interpusieron otro tipo de cosas en mi camino hacia ti.

Suspiré lentamente, refregándome la sien porque me dolía mucho la cabeza en ese momento y Marcus aprovechó ese momento para acercarse a mí. Humedecí mis labios secos y lo observé sin saber que decirle.

—Háblame, vamos. Quiero saber que piensas.

—Pienso en muchas cosas ahora mismo —admití con una pequeña mueca triste, admitiendo que tal vez no esta en mi mejor momento—. Me dolió mucho lo que viví...no quiero decepcionarme de ti. No quiero ser un proyecto en tu vida.

—Sé que suena así, lo siento.

—No quiero que…que mañana vayamos a un evento y escuchar a gente estúpida que está diciendo cosas feas sobre mí frente a ti. Porque se supone que estamos en esto juntos, que me estas ayudando a quererme…y quedarte callado en una conversación contra tu novia esta mal, Marcus.

Él suspiró y asintió, arrepentido, porque eso había sucedido y él parecía no haber comprendido la gravedad. Yo nunca dejaría que alguien hablara mal de él frente a mí, porque Marcus era mi pareja. Era el chico que me gustaba y me quitaba el sueño, no iba a dejar que le dijeran cosas que pudieran afectarlo. Lo escuchara o no.

—Está relación no es aquí, no es entre estas cuatro paredes nada más. Es en todos lados. No puedes tratarme bien aquí y mal afuera. No puedes decirme que soy increíble y luego menospreciar quien soy fuera. No lo voy a permitir, Marcus. De ti y de nadie. Nunca más.

Las palabras habían salido con tanta fuerza que me sorprendieron, pero de todos modos no las quise detener, porque las tenia en el pecho apretadas desde que había escuchado el silencio de Marcus. ¿Se puede escuchar el silencio? En ese momento creía que sí, que el silencio era parte de un error en una relación y que Marcus lo había hecho.

—Sé que suena así. Lo siento. Prometo que no volverá a pasar, que le demostrare a todo el mundo lo impresionante que es mi novia y como puede darme sopapos si me porto mal.

—Espera…antes de que sigas convenciéndome —lo interrumpí sonriendo un poco, contagiada por esa sonrisa divina que me estaba dando Marcus—. No quiero sentir que no sé con quien estoy. No tienes que buscar la aceptación de la gente, no entiendo porque lo haces…pero no debes hacerlo. Creo que eres increíble como eres. No te das cuenta de la fuerza que tienen tus palabras o tu actitud frente a las personas. Das discursos en la editorial que nos dejan a todos con ganas de seguir apostando por cambios. Eres increíble como eres, Marcus. No seas otra persona, no tienes porque serlo.

—No quiero serlo cuando estoy contigo.

—Bien, porque yo no quiero estar con una persona que finge ser otra en eventos o que va burlándose del peso de la gente —comenté mientras me veía como se acercaba a mí y sabia que yo iba a

derretirme con solo una mirada. Marcus llegó finalmente hasta el lugar en donde yo estaba y me tomó de la cintura haciendo que me ponga de pie con un movimiento rápido—. Me gustas mucho, me gusta quien eres. No quiero un Marcus empresario, un Marcus perfecto...quiero al Marcus que conocí desde el primer momento.

—Por suerte para mí solo hay una Lizzie —respondió y yo puse los ojos en blanco, porque yo siempre había sido una sola persona. Una persona tonta, despistada y soñadora. Pero siempre la misma—. Por eso me gustas tanto, porque eres esta chica todo el tiempo. Cuando estaba con otras chicas me preguntaba si lo que pasaba era de verdad... si estaba viviendo una relación sincera. Pero contigo sé que todo lo que vivimos es real.

—Lo es.

Me sonrió complacido por sus palabras y buscó mi boca en medio de todo ese caos que nos envolvía. Ni siquiera dudé en besarlo porque lo necesitaba más que nada en ese momento. Lo quería y no deseaba que nada se interpusiera entre nosotros, quería que los problemas finalmente terminaran. Sin embargo, entendí que las parejas tienen un gran recorrido y nosotros íbamos golpeándonos con todo mientras tratábamos de entendernos. Éramos dos personas rotas, que habían vivido mucho y no entendían como funcionaban las relaciones. Yo era esa persona que no se podía querer y Marcus era ese que no sabia como hacer para que lo quisieran. Éramos reales, en ese mundo lleno de falsedad y sentimientos escondidos. Sensibles, dolidos, queridos, lastimados. Éramos todo eso y más, solo en ese momento pude comprenderlo.

—Te estás portando mal... —me advirtió Marcus cuanto notó que le estaba tratando de quitar la chaqueta y me reí sobre su boca, porque siempre estaba un paso delante de mí.

—¿Yo? Para nada, creo que la chaqueta está de más. Seguro tienes calor.

—Mucho.

Me reí sin poder evitarlo y lo vi observar la casa con la mirada haciendo que me ría más. Él levantó una de sus cejas para observarme y yo fingí total inocencia mientras finalmente lograba quitarle la chaqueta, sin importarme los nervios que estaba teniendo

en ese momento. Estábamos en mi lugar secreto, en mi casa, junto a mi gato que seguro nos iba a mirar de chusma, pero ese no era el caso. Me sentía lo suficientemente segura para todo en aquel momento.

—¿Quieres irte? En mi casa está prendida la chimenea con una habitación llena de pétalos de rosa —confesó y me reí más fuerte al saber eso. La idea de una habitación preparada para una escena teen de una película me hacía reír—. Contigo nunca sé que va a pasar, no sé para qué me gasto...

—Puedo romper mis flores si te sientes seguro de ese modo.

—Llévame a tu cama antes de que me ofenda, Elizabeth.

—Uy, que miedo.



Nos dejamos caer en mi cama, tocándonos unos segundos para dejar caer las mil cosas que había dejado sobre esta. Cayeron vestidos, maquillaje, una botella de agua y me moví incomoda mientras que Marcus me quitaba las medias negras de las piernas. Eso se suponía que tenia que ser sexy, pero había algo en mi cadera que me estaba molestando mucho.

—Ay, espera, espera. Algo me está lastimando —le dije y él se detuvo, frunciendo el ceño mientras que yo finalmente llegaba a mi rizador de cabello—. Oh, vaya, que decepción.

Marcus se río, casi con lágrimas en los ojos mientras negaba con la cabeza y se acercaba a mí para cubrirme con su cuerpo. Me besó de ese modo que me daba miedo, que me volvía tonta y me agitaba con solo tener su boca sobre la mía. Las risas fueron apagándose, todavía con el efecto de la broma que había soltado y lentamente la habitación se llenó del sonido de nuestras respiraciones. Las manos de Marcus comenzaron a recorrer mi cuerpo y yo lo dejé hacer lo que deseara, contenta de mi avance. En otro momento me hubiera puesto nerviosa y habría salido corriendo.

—Me encanta este vestido —confesó sobre la piel de mi cuello y sonreí, porque lo había comprado casi con la mitad de mi sueldo. No era fácil ser sexy y gorda, pero yo había hecho el mayor esfuerzo—. ¿Volveré a ver a Harry?

Le di un golpe en el brazo y él se río, porque ambos sabíamos a qué se refería, aunque yo quisiera sacarme por siempre ese recuerdo de mi mente. Su mano hizo subir mi pierna y lo envolví con ella para que nuestros cuerpos quedaran pegados. Él se movió suavemente contra mí, dándome una sensación que por un momento me dejo sin palabras. Sentí el bulto de su entrepierna sobre mi cuerpo, creando una ansiedad que no creí tener jamás. Me dejó besos en el cuerpo, sobre la piel que estaba visible mientras sus manos se colaban por mi vestido y se movía sobre mí. Comencé a seguir su ritmo, completamente cubiertos de ropa y aun así me ponía bastante loca. Sabía que podía vivir mil sensaciones diferentes y que nunca iba a terminar de vivirlas.

Como sucedió cuando probamos el pedido de Amazon, Marcus descendió para besar mis piernas y subió mi vestido hasta la cadera. En otro momento me hubiera dado vergüenza la imagen, pero él me besaba el interior de los muslos dejándome algo tonta. Lo quería en todos lados, lo deseaba hasta de maneras que ni siquiera podía describir. Muchas veces había visto porno o leído literatura erótica, pero el placer real no tenia comparación.

Había momentos en donde me atacaba la inseguridad, porque me imaginaba a mi misma en esa situación y me llenaba de preguntas. ¿Estaba haciendo las cosas bien? ¿Soportaría todo eso? ¿Lo haría bien? ¿Le gustaría? ¿Y si no le gustaba? ¿Qué pasaba si a él no le gustaba? ¿Qué pasaba si era lo único que quería de mí y se iba?

—Deja de pensar, Lizzie —me susurró mirándome desde donde estaba, bajando lentamente mis bragas, (carísimas, quiero aclarar) de mi sueldo que Marcus no había apreciado, aunque sabia que esas eran mis inseguridades hablando. Humedecí mis labios y llevé mi mano hacia los cabellos de mi jefe despeinándolos casi rogando porque hiciera bien su trabajo.

Primero fueros sus dedos los que se movieron contra mi entrepierna, como había sido esa vez en el sillón de su casa, y me dedique a disfrutar de aquel movimiento experto sobre mi cuerpo. Conocía esa

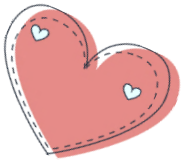
sensación y cerré los ojos soltando un pequeño quejido de mis labios cuando sus dedos se introdujeron en mi interior. Sentía el calor en mi nuca, perdiéndose en mi espalda y dejándome sin habla por unos minutos. Mi cerebro virgen e ignorante pensaba que eso era mejor que cualquier otra escena, pero cuando Marcus intercambio los dedos por su boca me hizo comprender que lejos estaba de eso. Una ingenua idea y vaya que feliz estaba de aquello.

No estaba sorprendida, lo había visto en películas y leído, pero la sensación era otra cosa. No había imaginado que se podía sentir así y cuando su lengua hizo los movimientos que anteriormente hacían sus dedos termine soltando un pequeño gemido sin poder evitarlo. Su lengua hacia círculos sobre mi zona más sensible, dejándome sin la capacidad de pensar seriamente y logrando que me aferrara a las sábanas. Eran sus labios y su lengua lo que en ese momento me hacían suspirar y hundirme cada vez más en las sábanas, dejándome como tonta a su merced. ¿Cómo podía ser que supiera tanto sobre donde tocarme? Entendía que mucho le decía yo con mis propios movimientos y sonidos, pero a veces terminaba en jadeos sorprendidos por su trabajo.

Las oleadas de placer iban y venían, dejándome tonta por segundos y queriendo más, moviendo mi mano sobre el cabello de Marcus y casi obligándolo a que siguiera. Mis piernas lo envolvieron y él se dedicó a hacerme ver las estrellas. Sé que estoy romantizando todo, pero, no les puedo explicar la ola de placer que sentí cuando mi jefe me miró con esos ojos claros desde donde estaba. Con una mirada que prometía más momentos como esos, más gemidos en la noche, más caricias y no solo con sus manos. Marcus volvió a mí dejando besos en mi cuerpo, quitándome el vestido casi con experiencia a la hora de desvestir mujeres. Pero no me importaba, porque en ese momento comprendí la complicidad de los cuerpos, la seguridad de estar con una persona que te aceptaba y te quería. En ese momento no me importó nada y por la mirada de Marcus, eso recién comenzaba.







Capitulo 16

Cómo concretar mi contrato con mi jefe y no morir en el intento (Parte 2)

Mi corazón palpitaba enloquecido sobre mi pecho, podía sentirlo todavía en todos lados por la oleada de calor que había sentido. El sudor frio recorría mi piel, todavía sintiendo los estragos del orgasmo que el maldito de mi jefe había ocasionado con su lengua y sus dedos. Ahí sobre mi casa semidesnuda me sentí la mujer más bella del mundo, como si nadie pudiera decirme jamás lo contrario. No creo que nadie sea capas de describir un orgasmo luego de vivirlo. La mente nublada, la respiración tratando de volver a ser la misma y al mismo tiempo deseando quedarme ahí para siempre.

Pero sé que eso decepcionaría a muchos.

Marcus volvió a mí, luego de desnudarme a su antojo y yo sin decir ni mu. Sus besos me corrieron por todo el cuerpo mientras que todavía yo estaba en la luna sintiendo todo y al mismo tiempo nada. Nos encontramos con la mirada, en aquella habitación a oscuras que solo era interrumpida por pequeños destellos de luces blancas que decoraban mi habitación.

Todo él era hipnotizante. Sus ojos claros oscurecidos más que de costumbre, su boca besando mi cuerpo, su espalda moviéndose mientras se movía a su antojo. No había visto nada más sexy que él en ese momento y deseé darle la misma satisfacción, aunque todavía no me sentía preparada para nada. Sin embargo, me armé de fuerza y comencé a acariciar ese cuerpo que más de una querría en su cama.

Lo noté relajar la postura, sensitivo de un modo que me sorprendió y busco mi mirada para quemarme con esos bellos ojos sobre mi rostro. Tragué lentamente y nos encontramos en aquel pequeño espacio, comenzando una vez más con aquella sesión de besos que me dejaban tonta. Estaba más animada, más aventurera y creía que

podía con todo. En mi cerebro había mil dudas, pero el orgasmo se había llevado unas mil más.

—Tienes mucha ropa —susurré con tono de queja y asintió, mordiendo suavemente mi labio para hacerme soltar un pequeño quejido. Logré quitarle lo que restaba de su ropa, riéndome una vez más al ver su cuerpo—. Estoy segura de que estoy a punto de despertar de mi sueño.

—¿Tienes siempre sueños tan húmedos, señorita Elizabeth? —me preguntó logrando que me riera, pero soltando un pequeño quejido cuando movió su cuerpo sobre el mío. Él todavía llevaba su ropa interior, sin embargo, pude sentir su erección sobre mi entrepierna causando sensaciones que no había sentido antes. Me di cuenta de que lo deseaba, de que mi cuerpo lo necesitaba.

—Solo con mi jefe...

Mi propio cuerpo me traicionaba, no estaba pensando con claridad y me uní a sus movimientos como si no hubiera ropa de por medio. Habíamos hecho aquello con ropa, pero en ese momento me hacia temblar de pies a cabeza. Mi cuerpo no conocía la sensación, pero lo deseaba. Comprendí que el cuerpo estaba preparado para eso, lo deseaba sin conocerlo. Sin saber de que se trataba. Deseaba demasiado a Marcus en ese momento y él solo me estaba haciendo desearlo.

Me atreví a tocarlo más allá, acariciando su erección y escuchando que soltaba un quejido que me pareció lo más sexy del mundo. Recordé la lista que le había hecho a Matthew, esa que le llegó a Marcus por error que pedía silencio en la cama. Escucharlo jadear por mis movimientos me daba valor y seguridad, no entendía como había podido ser tan tonta para pedir silencio.

Era diferente a todo lo que había visto antes, no iba a negarlo. Había visto demasiado porno ridículo, leído novelas en donde todo ocurría con rapidez o con demasiada pasión. Estuvimos unos minutos recorriéndonos con las manos, con los labios y dientes, aprendiendo mucho del otro y comenzando a eliminar todo tipo de inseguridades. Podía ver en Marcus que, a pesar de su experiencia y su deseo, me miraba cuando iba a hacer algo, casi preguntando en silencio. Yo estaba en la luna, claro, lo que menos hacia era quejarme. Era una mezcla de respiraciones entrecortadas, pequeños gemidos y calor.

Mucho calor. Marcus buscaba hacerme sentir cómoda con el tiempo y podía notar que por momentos se mostraba sorprendido por mis impulsos, como si estuvieran fuera de su control, de su idea central.

—Si no te quitas la ropa ahora, voy a quemarla —le dije sobre sus labios, haciendo que Marcus sonriera un poco al escucharme decir aquello. Me molestaba demasiado, empezaba a odiarla y él asintió alejándose de mi cuerpo.

Me sentí expuesta en ese momento, desnuda frente a él con las tenues luces de la habitación. Lo deseaba demasiado como para irme hacia atrás, estaba demasiado encendida como para impedir ese gran momento. Marcus se alejó unos segundos para quitarse la ropa interior, mientras yo lo miraba completamente desnudo, para mí, fue hasta su jean para tomar un sobre plateado que brillo frente a mis ojos. No había pensado en protección y por un momento agradecí que Marcus si lo haya hecho, porque mi mente acalorada no pensaba en nada. Me golpeé mentalmente recordando que habían dicho en Chicas Pesadas. No había que embarazarse, porque podrías morir. Bueno, estaba exagerando, pero no podía pensar bien.

Se acerco a mí y yo no podía dejar de mirarlo. No había nada más sexy. En ese momento me gustaba más que cualquier Christian Grey o cualquier idiota que pretendiera ser más sexy que Marcus. Lo deseaba a él y en mi poca experiencia podía admitir que estaba bastante bien. No es que tuviera una regla, pero parecía interesante desde donde yo lo veía. Sin quejas. Excelente servicio.

Se posiciono sobre mí de un modo que me hizo delirar, con esa mirada que quemaba y no tuve ninguna queja, simplemente la sensación quemando mi interior. Su boca se entretuvo en mis pechos, aunque sin comentar sobre ellos como Matthew y los besó con devoción, acariciando, pellizcando y lamiendo. Desconocía el placer que podía brindarme y me encontré a mi misma arqueando mi espalda para darle más acceso, haciendo que Marcus envolviera mi cadera con su brazo. No había persona más entregada a eso que yo. Quería a Marcus, deseaba tanto a un hombre como nunca pensé que iba a pasarme.

A pesar de estar perdida en toda aquella estimulación que él me daba, estaba bien consciente de sus movimientos y cuando llevó su miembro a mi entrada, me tensé un poco de los nervios. Marcus

parecía saber que iba a hacer eso porque no hizo nada más, simplemente se movió un poco dándome una sensación que se volvió placentera al instante.

Me miró a los ojos luego de hacer eso y sentí que me derretía al instante con su mirada, si es que eso era posible. Me dijo en susurros que me relajara, que desconectara y aflojara un poco mi cuerpo. Estaba bastante relajada, pero admitía que me había tensado un poco de miedo, pero entendía que aquello era normal. Estaba ahí con el chico de mis sueños, que me cuidaba y no me decía cosas asquerosas sobre mis pechos. No podía pedir más.

Seguía estimulando mi cuerpo con caricias y besos, logrando que perdiera un poco esa sensación de incertidumbre, de nervios por lo que pudiera pasar. Fue en ese momento que unió nuestros cuerpo con un movimiento lento, tranquilo, sin buscar nada más que placer. Mi mente se fue por unos momentos y ni siquiera pude pensar en dolores o miedo porque Marcus me miro a los ojos, llamándome por mi nombre completo y me dedique a mirarlo.

—Te quiero, Elizabeth, ¿lo sabes, ¿no? —me preguntó haciéndome temblar en ese momento y sin saber como encontraba las palabras para hablar cuando yo pensaba demasiado en ese momento—. Deja de pensar por un momento, solo relájate.

Relajarme era algo complicado cuando en mi cabeza solo pasaba una cosa. La sensación me abrumó y por un momento quise pedir que todo eso terminara, que no era lo placentero que yo deseaba y que estaba mal. Marcus me dejaría por llorona y miedosa, porque no podía soportar un encuentro sexual. Me aterré, no se los voy a negar, y todos los momentos que habíamos compartido hasta ese momento sentía que no habían servido de nada. La incertidumbre era un miedo mucho más grande que cualquier dolor, que cualquier sensación.

Marcus buscó mi mirada en aquel momento de miedo y sentí un poco más de clama al encontrarme con sus ojos. Me miraba con un sentimiento que al día de hoy no puedo descifrar. Una mezcla de cariño, de amor y pasión que en ese momento logro calmarme. Me hizo dar cuenta de que él iba a estar ahí incluso en los momentos más vulnerables para una mujer, para una persona. Mi boca lo buscó y nos besamos, uniéndonos, siendo una sola persona.



No esperaba nada más, creía que todo terminaba ahí. Sí, lo sé, soy muy ingenua. Por un momento pensé: “bueno, ya está, ya no soy virgen, adiosito”, pero Marcus movió su cadera con lentitud y no solo el dolor se fue lentamente, sino que llego algo que no esperaba en absoluto. El placer. Creí que eso no se sentía la primera vez y que tenia que hacerlo mil veces más para sentirlo.

Sin embargo, no fue así, Marcus se movió sobre mi cuerpo lentamente, con una tranquilidad que a mi me quito el aire. Lo escuché gruñir sobre mi boca, volviéndome loca con aquel sonido y jadeé en sus labios, sorprendida por la posibilidad de sentir tanto. Me fui relajando con lentitud por sus movimientos, uniéndome a ellos y comprendiendo que era placer y que era dolor. Separando las sensaciones para poder enfocarme solo en una y cuando finalmente mi cuerpo se adaptó por completo al de él, me di cuenta de porque la gente hacia esto tan a menudo.

Marcus me atrajo hacia su cuerpo y lo seguí mientras él tomaba una nueva posición. Le hice caso como una tonta, deseando encontrarnos una vez más. Se sentó en el medio de la cama y acomodo mi cuerpo con facilidad, no me queje de nada de todos modos. Mis piernas se aferraban a su cabera y terminamos ambos sentados, pecho contra pecho, yo con un poco más de altura. Me di cuenta de que lo hacia para que fuera yo quien midiera los movimientos y que eligiera hasta donde quería llegar.

Así que eso hice, me moví sobre él y con su ayuda separé nuestros cuerpos para unirlos esta vez más profundo. Me dejé caer con una suavidad que me quito el aire y me quede como tonta aferrada a él, sintiendo todo. Solté una pequeña risita sin poder evitarlo, porque había sido demasiado intenso. Lento e intenso. Lo escuche reírse también y nos miramos en aquel mundo que habíamos creado solo para nosotros.

—Quieres matarme —asumí cuando encontré la manera de hablar y encontré mi voz extraña. Como si saliera de mi pecho, con un tono diferente pero sensual, pude notar que Marcus había sentido lo

mismo cuando nuestras miradas se encontraron. La sonrisa no se la quitaba nadie y me regaló un beso suave que yo quise profundizar, pero se alejó antes.

—No sé si antes tu lograras hacerme lo mismo.

La promesa de su boca me incentivo y volví a moverme, bajando y subiendo para que al dejarme caer saliera un gemido involuntario. Mi cuerpo solo hablaba y no podía pensar lo suficiente como para decirle que no gimiera tan alto. Sin embargo, a Marcus pareció no importarle porque busco mi boca para volver a besarme. Nos fundimos en un beso que me quitó el aliento y él mismo me incentivo a seguir con mis movimientos que se volvían más rápidos. Él comenzó a mover sus caderas hacia arriba, uniéndose a lo que yo hacia y por un momento me sentí como una experta. Lejos estaba de serlo, pero la sensación no me la quitaba nadie.

Estuvimos un tiempo más así, no sé cuánto, hasta que Marcus volvió a mirarme y volvimos a la posición de antes, aunque nuestros movimientos no eran para nada como los anteriores. Esta vez eran más rápidos y profundos, haciéndome soltar todo tipo de tonterías. Desde ordenes, hasta el nombre completo de Marcus. Me aferré a él con fuerza, clavando uñas y dientes ante cada embestida que buscaba quitarme la razón. No pensaba, simplemente actuaba, buscaba que nuestros cuerpos se encontraran con más frecuencia y me uní a sus embestidas deseando encontrarlo. Mis piernas estaban cada vez más altas, queriendo tenerlo dentro mío lo más profundo y buscando nuestras miradas entre sudor, jadeos y palabras sin sentido. Éramos un lio, uno hermoso, de besos, mordiscos y jadeos. A veces nos encontrábamos para besarnos, pero a veces simplemente éramos un caos.

En la habitación solo podía oír el sonido de nuestros cuerpos chocando, encontrándose y nuestras respiraciones agitadas en medio de la noche. Escuchaba mis jadeos, sobre todo, pequeños al lado de los gruñidos de Marcus que me volvían loca. Y yo había pedido silencio. En ese momento quería escucharlo toda mi vida. No solo eran gruñidos, me decía cosas sexys que me volvían loca. Nunca había deseado tanto a un hombre y agradecía por completo que se tratara de él y de nadie más.

El clímax llegó rápido, tal vez más rápido de lo que yo esperaba, pero pude sentirlo antes de que incluso me diera cuenta de que se trataba. Mis músculos comenzaron a contraerse y a temblar de una manera que nunca viví, pero Marcus parecía estar atento a eso porque sus movimientos se hicieron más rápidos y profundos, como si quisiera que yo no perdiera aquello. Llevó su mano hasta mi entrepierna una vez más, buscando darme doble placer y me dejé llevar sin pensar en más nada. Dejé que él me moviera a su antojo y por un momento estuve casi segura de que perdí la conciencia. Tal vez estoy dramatizando mi primer orgasmo, pero para mi fue la gloria. Fue como todo mi cuerpo colapsando después de tanto tiempo deseándolo.

Marcus se desplomó sobre mi luego de unos segundos, con unas ultimas embestidas que tuvieron menos fuerza que las anteriores, pero igual de satisfactorias. Yo todavía estaba buscando la respiración que me faltaba, lo sentí agotado sobre mi cuerpo, abandonando nuestra unión, pero quedándose pegado para besarme un poco más.

Cuando su beso terminó, todavía un poco abrumada no pude hacer nada más que reírme. Porque todo eso me había parecido anormal, por completo. Marcus me miró confuso por unos segundos, pero luego se río conmigo, dejándome un beso en la frente con cariño.

—¿De qué te ríes, Elizabeth?

—De haber esperado 25 años por esto, tonto, ¿Por qué más?







Capítulo 17

Cómo perderlo todo y no morir en el intento

—No entiendo de que te ríes...

Me reí más fuerte al escuchar a Marcus indignado mientras negaba con la cabeza y se miraba al espejo que tenia en frente. ¿En mis sueños más húmedos hubiera imaginado algo así? No, para nada. Mi bello jefe y actual novio estaba arreglándose para trabajar en mi casa mientras yo trataba de meter mis piernotas en unas medias negras bellísimas que me había comprado. Se veía tan guapo por las mañanas, era ese tipo de personas que se levantaba de buen humor y lucia perfecto incluso cuando no lo intentaba.

—Me río porque vi cómo te levantabas para salir a correr a la mañana y no podías ponerte de pie —comenté divertida, porque Marcus seguía intentando hacer actividad física cuando por la noche habíamos hecho la suficiente. Él decidió ignorar mis comentarios sugerentes (seguramente porque nos iba a llevar a volver a lo mismo y llegar tarde), pero me regalo una sonrisa a través del espejo.

Me habían dicho que una vez que todo comenzaba no iba a parar y en ese momento me reí un poco porque no me veía capaz de tener relaciones tan seguido. Sin embargo, ahí estaba comportándome como un conejo fornicador. Seguramente me iba a ir al infierno, pero tampoco me importaba si era de ese modo. Habíamos comenzado una rutina que me gustaba llevar y me encantaba creer que era parte de nosotros.

Íbamos a trabajar, yo ponía todo de mi para sacar mi libro lo más pronto posible con varias personas trabajando en él y al salir del trabajo volvíamos a vernos. A veces teníamos salidas simples, como ir al cine, tomar café o pasear por la ciudad, luego comida siempre en casa de alguno y siempre terminábamos durmiendo juntos. Nunca me

había pasado nada así con nadie, nunca había querido pasar tantas horas con una persona que no fuera yo misma.

Hablábamos de todo tipo de cosas. Escuchábamos música y mirábamos mil películas. Descubrí que a Marcus le gustaban los documentales y yo le mostré todas las películas románticas que me gustaban. Miramos series hasta tarde y nos quedamos hablando sobre ellas en la cama. Descubrí también que es posible dormir con alguien sin tener nada antes y lo encontré bastante bello. Siempre creo que había que tener sexo en una relación y que era imposible para el otro dormir o hablar por las noches. Pero muchas veces Marcus y yo quedábamos cansados del resto del día y solamente nos recostábamos abrazados hasta quedarnos dormidos.

Marcus roncaba y eso se me hacia muy gracioso porque se pegaba a mi por las noches. Roncaba bajito, seguramente cansado por el largo día que había tenido y en el medio de la noche me soltaba para desparramarse por la cama. Ahí era cuando yo iba a su encuentro para abrazarlo, aunque por la mañana despertábamos desparramados. Nos golpeábamos mucho al dormir, lo cual era gracioso, se notaba que ninguno estaba acostumbrado a dormir con otra persona y era algo que teníamos que aprender. Algo más.

Pero no voy a negarle que el sexo estaba muy bien. Un excelente servicio, 5 estrellas sin quejas. Descubrirlo con Marcus fue algo que me incentivo a crecer un poco más, a sentirme más bella, a sentirme más persona. Con él todo era aprender y entender al otro, comunicarse ante cualquier cosa. Hasta de un calambre o una posición incómoda. Marcus era de esos que siempre estaban atentos al otro, preguntando si estaba todo bien, si estaba cómoda y si quería continuar. Con el tiempo, las preguntas se fueron y no porque no le interesara, sino porque ya me conocía y me entendía.

Creamos un lenguaje único en base de miradas, gestos y sonrisas que pronto comenzamos a interpretar a nuestro antojo. Ya no necesitaba saber que pensaba, porque a veces podía leerlo en su mirada. No necesitaba saber si algo le gustaba, lo veía en sus gestos y me di cuenta de que conocer al otro era aun más bello que cualquier otra acción.

Sabia que estaba pensando, que necesitaba o que le hacia falta en cada momento. Cuando estaba agobiado del trabajo solía llevarle un

café como quien no quiere la cosa, cuando se estaba quedando dormido en la cama, acariciaba su largo cabello hasta que admitía que no daba más, cuando se enojaba podía ver la tensión en sus gestos y buscaba encontrar una solución.

Nos conocíamos y creo que eso era lo más bello de nuestra relación.

Cuando Marcus extendía el brazo, yo estaba ahí y lo mismo pasaba de su lado. Y no estoy hablando de algo físico, sino de algo emocional. Que el sexo y Marcus existieran en mi vida no significaban que yo no siguiera con inseguridades, pero ahí estaba el para recordarme quien era. Como yo también estaba para él en todo ese caos que sucedía en la editorial. Nos apoyamos y al mismo tiempo nos completábamos. Era algo extraño, pero sentía que finalmente otra persona era mi mitad.

Sé que estoy loca y que estoy hablando de una relación que no llevaba ni si quiera un mes, pero con Marcus sentí cosas que no había sentido con nadie jamás y según él, que había tenido muchas parejas en el pasado, le pasaba lo mismo.

—¿Quieres salir a comer algo hoy en la noche? —me preguntó mientras bajábamos las escaleras de mi departamento. Yo estaba sin aire porque no podía soportar semejante trabajo, pero él en cambio estaba intacto y luciendo perfecto como siempre—. ¿Llamo a una ambulancia?

—Cállate —me quejé dándole un golpe en el brazo, pero asentí porque me gustaba la idea—. ¿Pizza? No me lleves a esos restaurantes caso que amas. Odio ponerme zapatos solo para eso.

—Lamento decirte que vas a tener que llevar zapatos cuando hagas presentaciones, Elizabeth, y vestirte formal, ir a reuniones, firmas...

—Misteriosamente estoy empezando a sentir un desagrado hacia ti y unas grandes ganas de tirarte por las escaleras —bromeé divertida y Marcus soltó una carcajada sonora ante la sorpresa de mis palabras.

Sin embargo, era hora de que aceptara la realidad. Muy pronto mi libro estaría en el mercado y tendría que comportarme como una autora. Aun así, no sabía cómo debía comportarse una autora y no tenia ni idea de como hacerlo. Me daba nervios lo que pudieran decir otras personas de mi y sabia que eso era otro trabajo que tenia que hacer en mí.

Otro más.

Llegamos a la editorial y el ambiente tenso se sintió al instante. Tragué saliva con un poco de nervios, porque no era la primera vez que entraba con Marcus, pero se sentía de ese modo. No habíamos explicado nuestra relación, tampoco la demostrábamos en público, pero todos lo sabían. Todos nos tenían en redes sociales y sabían que estábamos viviendo algo. Sin embargo, me di cuenta rápido que no era eso lo que pasaba.

Me acerqué a mi escritorio y noté que había una chica sentada tecleando en un ordenador que no era el mío. Mis cosas estaban en una caja y me paralice al notar que me habían reemplazado. Busqué a mis compañeros y me encontré con sus rostros igual de confundidos que el mío. Laura estaba tecleando en su teléfono sin parar y se notaba en su rostro que algo había pasado. No estaba mi supervisora por ningún lado y vi que Marcus estaba en el despacho con su padre.

Oh, no.

No, no, no, no podía estar pasando eso.

¿Habían vendido la editorial?

—Em.... ¿Hola? Estás en mi escritorio —le avise a la chica y se dio vuelta para mirarme. Me encontré con una chica asiática, de cabello castaño, fleco perfecto y una cara digna de anime mirándome. Me regalo una sonrisa que ilumino la mitad de la editorial y me quede un poco sorprendida por su energía en ese momento.

—¡Oh, Hola! Siento mucho todo esto. Me dijeron que me sentara aquí y me puse a trabajar...soy Suni.

Me quede en silencio sin entender que estaba sucediendo y porque había una chica en mi puesto.

—Soy Elizabeth, ¿Cuál es tu puesto?

—Soy pasante, estoy estudiando edición, quiero ser editora —me explicó y por un momento me vi reflejada en esa chica. Su energía era contagiosa, parecía que iba a ponerse a dar saltitos en ese instante y yo quise seguirla. Pero luego recordé que no podía hacer eso y que algo sucedía—. ¿Tu eres Elizabeth la escritora? ¡Leí tu novela! Me ha encantado.

La miré algo sorprendida sin comprender como había leído mi novela cuando se suponía que todavía no estaba publicada. Luego recordé que era pasante, tal vez le habían dado el manuscrito por alguna razón. No podía disfrutar de conocer a mi primera lectora porque todavía no entendía que sucedía.

Laura se acercó al fin y me tomó del brazo alejándome de la chica más feliz del mundo, buscando tener un poco de privacidad. Me mostró su teléfono y vimos juntas, sin siquiera saludarnos, que había ocurrido con la editorial.

Levanté la mirada buscando a Marcus y él hizo lo mismo desde su despacho. No podía ver mucho, pero solo veía una cosa: Dolor.



—Lamento que tengamos que llegar a este momento y tener que comentar lo sucedido con la editorial Scott de este modo —comenzó a decir el padre de Marcus en la urgente reunión a la que nos hizo ir. Laura y yo estábamos sentadas juntas y creo que ambas teníamos miedo de nuestro futuro. Yo temía por mi novela a punto de salir al mercado y ella por el puesto de trabajo que tanto le había costado.

Muchas caras nuevas se encontraban en la mesa junto a nosotras y Marcus estaba de pie con la mirada perdida en la ventana, observando la ciudad desde donde se encontraba. Me daba pánico lo que podía pasar en ese momento y que tardaran tanto en decirnos la verdad me daba pánico.

—Ayer la editorial Scott ha sido absorbida por el sello editorial Aguilar Publishing Group —informo y sentí que todos nos congelamos al escuchar sus palabras. Marcus cerró su puño mostrando lo frustrado que estaba en ese momento. Me sentí desolada, como si no tuviera un camino en mis pies y no supiera a donde ir. Por la cara de mis compañeros pude ver que todos sentíamos lo mismo—. Algunos han recibido los telegramas en sus domicilios.

—¿Y no se te ocurrió avisarnos antes de venir? Porque hoy desperté con trabajo y ahora me entero de que ya no tengo —contestó Laura furiosa y por un momento la comprendí. No sabíamos realmente si

estábamos trabajando o no y entendía la frustración de todos en ese momento. No podía simplemente decirnos eso y esperar que estuviéramos de acuerdo.

—La editorial llevaba un gran tiempo fallando y por más que tratamos de sobrevivir, las deudas estaban en rojo. Aprecio que todos ayudaran a mi hijo a tratar de sobrevivir, pero esto no es una novela y la realidad es mucho más cruda. La única manera de salvarla era de este modo. El sello editorial esta muy contento de tenernos y pronto le daremos una nueva mirada a la editorial. Lamento que haya sucedido esto...pero ya no podíamos pagar ni el alquiler ni los sueldos.

Siguió hablando un poco más, comentando las cosas que teníamos que hacer y como casi todos habían sido despedidos. Me quedé en silencio sin saber que hacer y creyendo que todo mi futuro se había ido por la borda. Miré a Marcus en busca de alguna explicación, pero él ni siquiera podía mirarnos. Estábamos desolados, sin un lugar hacia donde ir y sin saber a quien reclamarle. ¿Qué iba a pasar con mi novela? ¿Y mi trabajo? ¿Y Marcus?

Había estado tan cerca de tenerlo todo. De tener el trabajo soñado, mi sueño de publicar y el chico perfecto. Una vez más descubría que el mundo funcionaba de maneras raras y que nada era como me habían dicho que seria. Había crecido soñando con finales felices, novelas que dejaban mensajes y canciones felices. Sin embargo, ahí estaba la realidad: Un sueño abandonado, sin trabajo y con un futuro incierto.

—¿Marcus? ¿Puedes decirnos algo? —dijo un empleado, que según yo era contador y en ese momento todos miraron al rubio buscando explicaciones. Buscando una charla motivadora, buscando al líder que nos incentivaba día a día a seguir intentando.

Él se giró finalmente y nos enfrentó, pero en su rostro ya no había promesas. No había nada. Simplemente un chico abatido, vencido por la situación, derrotado. Había perdido la guerra a pesar de todas las batallas ganadas. A veces la realidad funcionaba así y recién lo notaba.

—Les fallé —susurró con angustia, como si le doliera admitir que había fracasado. Lo miré con angustia, sabiendo cuanto le costaba decir esas palabras, cuanto le costaba admitir su derrota—. Lo siento.

Hice todo lo posible para salvarnos de esto y no pude evitarlo. Dejé en las manos de mi padre todo lo que sea el futuro económico de la editorial...sabía que una solución era ser comprados por un sello más grande. Mi interés era pagar sus sueldo y su trabajo...ya no podíamos sobrevivir por más que Elizabeth quisiera salvarnos con su novela. Preferí la economía antes que mis sueños y los suyos. Les pido disculpas, pero prefiero que coman antes de quedar sin dinero para buscar un nuevo trabajo. No hay sueños aquí...los engañé, les dije que podíamos soñar cuando yo mismo sabia que era imposible.

Miré a mi novio sin reconocerlo, sin entender quien estaba hablando en ese momento y sentí que estaba a kilómetros de distancia de ese chico que siempre lucia animado y lleno de metas. Era cierto que no me dejaba hablar de trabajo esos últimos días y que se había mostrado reacio a contarme como estaba la editorial. Tendría que haberlo visto, pero estaba más preocupada por nuestra relación y mi libro. Ahora solo me quedaba la relación y temía que eso también se viera afectado.

Las palabras se terminaron y esas fueron las ultimas que nos dijo Marcus. Algunos se levantaron, otros se quedaron esperando más, pero nada llegó. Marcus seguí mirando por la ventana evitando la verdad, evitando todo lo que estaba sucediendo. Al final, quedamos Solo nosotros. Como siempre.

—La editorial tiene una propuesta para tu novela —me dijo de la nada, finalmente hablando cuando me acerque a él buscando contacto—. La nueva pasante es la hija de uno de los jefes y leyó la novela...parece que le gustó mucho. Te harán una propuesta hoy y esperó que la tomes.

—¿Qué? —pregunte sorprendida por lo que me estaba diciendo y la posición que tenía la jovencita esa—. No quiero mi libro con esta gente, Marcus. Quiero mi libro contigo, con la editorial Scott. No voy a venderme...

—No digas estupideces, Elizabeth. No te estás vendiendo, estas siguiendo tu sueño. No lo pongas lejos de ti por mi editorial.

—No pongo lejos nada, Marcus...esto era juntos. No escribí mi libro sola, tuve tu ayuda oír más que no este totalmente dicho. Fuiste tu el que me incentivo a compartirlo. Este proceso es contigo —quise hacerle ver, pero Marcus estaba en un mar de confusión que no podía

ver más allá del fracaso. Tal vez no era el momento de hablar sobre eso, pero no podía simplemente irme de esa editorial sintiendo que le estaba dando la espalda a alguien que quería.

Marcus se volvió lentamente para mirarme y vi a un niño. Me acerqué a él para tratar de abrazarlo, de darle el apoyo que sabía que necesitaba y se alejó como si estuviera negado al contacto. Suspiré, sintiendo que estaba alejándose de mi por lo que estaba sintiendo. No podía permitir eso, no podía dejarlo cuando me necesitaba.

—Marcus...déjame ayudarte.

—Necesito estar solo, Lizzie. Necesito...necesito un segundo para entender que está pasando. Para entender que he fallado —me explicó con angustia con el dolor saliendo de su boca y por un momento no supe que decirle. Si estuviéramos en una situación diferente él sabría que decirme. Sabría como tratarme. En cambio, yo no tenía palabras—. Necesito tiempo para reconocer el fracaso.

—De acuerdo...puedes llamarme si lo necesitas.

Ni siquiera asintió, sino que volvió a mirar hacia la ventana sin decirme una sola palabra. Suspiré sintiendo que mi cuerpo pesaba, sintiendo que estaba dejando al amor de mi vida solo. No podía quedarme a intentar reaccionar con él cuando me decía que me fuera, pero eso no significaba que no doliera.



—Elizabeth, me gustaría conversar contigo.

Sabía que en algún momento me iba a encontrar con el padre de Marcus en algún lugar de la editorial, aunque se había tardado. Ya no quedaba casi nadie en el lugar, solamente la gente a la que ahora le pertenecía ese nuevo sello. Ni siquiera sabia como iba a llamar o sobre que se trataría, solo sabia que iban a hacer reformas hasta que encontraran un destino.

Tenia en mis manos una caja llena de mis cosas de escritorio, mis papeles, mis borradores jamás leídos y muchos sueños que no podría cumplir además del mío. La nueva pasante, la nueva yo, estaba ahí

frente a un señor que también era asiático. Comprendí que era su padre y recordé lo que Marcus me había dicho.

—No tengo nada de que hablar con ustedes, lo siento —dije finalmente, sentenciando mi futuro y mis sueños. Noté el rostro sorprendido de los tres presentes y dicho eso, me marché.

Bajaba en el ascensor pensando en todo lo que había sucedido y preguntándome si había hecho bien. Sentía que algo estaba mal, sentía que había cometido un error. ¿Alguna vez han sentido esa sensación en su pecho? Esa sensación que te avisa que estas haciendo las cosas mal. No podía dejar de sentirla y traté de decirme mil veces que era lo correcto, que estaba bien. No podía venderme, no iba a hacerlo nunca.

Pensando y pensando, me llevé un susto cuando el ascensor se abrió y apareció la bendita pasante respirando con dificultades como si algo le hubiera pasado. Comprendí que había corrido para conseguir alcanzar el ascensor y se desplomo contra la pared del cubículo recuperando el aire.

—¿Sabes que podrías haber esperado a que llegara al piso de abajo y luego llamarlo de vuelta, ¿no?

—No, no, no...no te podía dejar ir —dijo con dificultades mientras trataba de tomar aire. Suspiré, sabiendo que se venia otra manera de convencerme. Que bajo habían jugados esos dos enviando a una casi adolescente. ¿Cuántos años tenía? Parecía realmente sacada de un anime, como Sakura o Cards Captor Sakura. Pero de todos modos esperé a que volviera a respirar para escucharla, aunque tampoco podía irme a ningún lado.

—Ya les he dicho que no...

—Lo sé...pero quiero que lo pienses, Lizzie. ¿Puedo llamarte Lizzie, ¿no? —me preguntó con una dulce sonrisa y solo por eso la dejé, porque sino le iba a decir que solo mis amigos podían hacerlo—. No miento cuando digo que leí tu novela. Tu libro me llegó...mucho más que otras novelas que haya leído antes. He tenido problemas de peso toda mi vida y sé que vas a decirme que soy delgada...pero toda mi vida he querido serlo aun más. Peleé toda mi vida porque me miraba al espejo y no me gustaba. Tu libro me dio fuerzas para entender que puedo quererme. Con mis defectos, mis problemas, mi manera de

ser...te juro que fue un cambio. Le lloré por horas a mí padre para que te diera una oportunidad. Quiero ser editora algún día...como tú y creo que las dos sabemos cuando encontramos un libro que va a cambiarle la vida a alguien. Tu libro le va a cambiar la vida a alguien y no puedes esconderlo en tu computadora para siempre. Necesita conocer al mundo.

—Mi libro tenía que ser publicado por la editorial Scott, no con un sello masivo que compra otras editoriales para crecer. Quería que mi libro fuera la solución para la editorial, no que fuera una excusa para vender más. Si vendo mi libro a la editorial de tu padre solo demostraré que me he vendido...y yo no me vendo.

La chica suspiró, porque obviamente no estaba llegando a ningún lado con sus palabras y yo no estaba de acuerdo con nada de lo que decía. Me negaba a pensar que ese libro no iba a nacer de la mano de Marcus, esa era la realidad.

—Lizzie...tú lo dices en ese libro. No importa el móvil que te lleve al destino, importa lo que aprendes en ese recorrido. No importa que autopubliques, que sea con Random House o con Aguilar Publishing Group. Importa que llegues a las personas. Importa que una chica como yo encuentre tu libro en una librería y que le des la fuerza para mirarse al espejo y gustarse. Entiendo que es por tu relación con Marcus...Pero.... ¿Qué prefieres, Lizzie? ¿Un final feliz de una pareja o una mujer que ha aprendido a amarse?







Capitulo 18

Cómo negociar y no morir en el intento

Ese día llame a Marcus de todas las maneras posibles para tratar de tener algún tipo de conversación con él. Nunca me respondió y poco a poco me fui angustiando al no tener una respuesta de él. Me costaba entender lo que estaba viviendo y lo que era sufrir un fracaso como ese. Entendí que para Marcus la editorial era importante y que había invertido años de su vida para darle vida. Perder siempre era difícil, pero aceptar el fracaso y avanzar era lo primordial para continuar con la vida. Temía que Marcus fuera a quedarse para siempre en su angustia y dolor.

Dejé de llamarlo cuando su teléfono me apareció como apagado y sus mensajes solo recibieron un tilde. Suspiré, triste y amargada al saber que estábamos fallando una vez más. Se suponía que éramos una pareja y que debíamos confiar en el otro. Teníamos que acompañarnos, sin embargo, no hacíamos otra cosa que alejarnos ante cada obstáculo. Me sentía alejada del chico que me gustaba y me tenía loca, sintiéndome inútil por no poder ayudarlo. No le deseaba ese sentimiento a nadie, es tan triste que me dejó llorando hasta que finalmente pude dormirme.

Al día siguiente me levante preguntándome que debía hacer, con esa sensación de vacío que hacia años no sentía. Afuera estaba helado y era uno de esos días en los que no quería salir de mi cama. No tenia que hacerlo ya que a mí también me habían despedido y no tenia en que gastar mis ideas.

Pero algo en mi cabeza me dijo que no podía quedarme ahí.

Me vestí lo mejor que pude y fui a la editorial esperando encontrarme con alguien. Sin embargo, el lugar estaba casi desierto salvo por las nuevas personas en la sala. Suni me vio a lo lejos y pegó

un pequeño saltito, corriendo hacia mí con energía. Llevaba dos coletas y la hacia más dulce de lo que parecía ser.

—¡Has venido! ¡Que feliz me pone! —comenzó a decir y no comprendí que estaba diciéndome en ese momento. ¿Tenía una reunión con ella? La realidad es que no recordaba que tuviera que ver con ella, pero asentí creyendo que así iba a calmarse un poco. Me quedé en silencio siguiendo a la joven y busqué a Marcus con la mirada, sin embargo, me encontré con su despacho vacío—. Marcus no está...lo siento.

—¿Lo has visto?

—Ayer estuvo todo el día y hoy cuando llegué ya no estaba. Pobre, ayer estaba destruido. Caminaba como un fantasma, me dio mucha pena.

Suspiré y no le dije nada malo a la chica porque ella no tenia la culpa de los negocios de su padre. Yo también había fallado en todo eso por no mostrar mi novela antes y por haberla mantenido en secreto cuando podría haberla mostrado para darle fuerza a la editorial. Todos teníamos un poco de culpa y nos hundimos juntos en el barco hasta que finalmente el agua se lo llevó. Miré a Suni tratando de ver en esa chica a la persona que era antes, la chica que hacia un mes era feliz e ingenua.

—¿Vienes por él, ¿no? Yo...yo creía que era por la propuesta editorial —susurró finalmente, comprendiendo a su pesar que no estaba ahí para escuchar a nadie decirme algo—. Estás aquí, Lizzie... ¿Por qué no tratas? ¿Por qué no escuchan lo que tienen para proponerte? Te prometo que es lo más increíble que escucharas en tu vida...confía en mí.

La miré tratando de entender porque una persona como ella estaba tan dedicada en el tema y porque deseaba que yo vendiera mi novela a la editorial. Pero cuando la miré me encontré a mi misma y aquello bastó para cualquier cosa. Vi a la chica que era cuando entré a la editorial, dispuesta a cumplirle el sueño a las personas y encontrar oro entre letras. Me acordé de las mil veces que le llevé manuscritos a mi jefa que creía que cambiarían el mundo. Por meses le di mil novelas diferentes que encontraba especiales y sin embargo nunca llegó a ningún lado. Me pregunté que hubiera pasado si alguien escuchaba mis palabras, si alguien confiaba en la pasante.

No podía hacerle eso a Suni. No podía hacerme eso.

Asentí y le dije que le avisara a su padre y a quien sea, iba a esperar por una reunión. La realidad es que esperé bastante y por un momento creí que iba a quedarme dormida, hasta que finalmente me invitaron a la sala de reuniones. Esa misma en la que nos habíamos besado con Marcus y ahora parecía tan lejano.

La propuesta me dejó sorprendida, tal y como lo había previsto Suni, sobre todo al escuchar los elogios que salían de la boca del padre de Marcus y del padre de Suni. Era una verdadera sorpresa escuchar que veían en mí una solución a muchos problemas. Me prometían una novela con toda la promoción que una escritora sueña, booktrailer, promesas de buscar a los actores perfectos para eso y un porcentaje editorial que no había escuchado nunca.

No paraba de sonreír internamente, bailando con felicidad cuando me dijo algo que me dejó boca abierta. Algo que no estaba preparada para escuchar de ningún modo.

—Queremos que firmes y que tomes el trabajo de editora de nuestro grupo editorial en Nueva York. También podrás ser escritora y tener el trabajo de tus sueños.

Me quedé mirando al hombre que me decía aquello como si fuera parte de un sueño, de un chiste de esos que no sabes si es verdad o simplemente estás soñando. Me mostró el contrato que tenia que firmar y mientras más firmaba más irreal me parecía todo eso. No parecía haber letra chica, no había mentiras o juegos sucios. Me estaban ofreciendo una solución y todo era gracias a una chica pasante que había encontrado dicha solución. Suni era una versión mía, pero con más influencia. Me temblaban las manos mientras pensaba que iba a hacer con eso.

No podía irme a otro estado, no podía dejarlo todo por un trabajo y un sueño. ¿Podía?

Caminé hasta la casa de Marcus luego de la reunión y mis promesas de pensar todo lo que me habían dicho. Mis pasos fueron lentos y perdidos, sin saber realmente si estaba caminando de manera correcta. Simplemente caminando. Mi cuerpo era pesado y cada pisada costaba un trabajo cada vez más largo el que no estaba preparada de terminar.

Era difícil entender mis sentimientos y mis emociones en ese momento. No sabia como sentirme tampoco y que pensar.

Por años me quejé de las películas en donde la mujer dejaba todo por amor y olvidaba sus sueños y pasiones por una pareja. Rachel de Friends se había bajado del avión a Francia para volver con Ross, Andie de Como perder a un hombre en 10 días lo dejaba todo por un hombre que había conocido hacia menos de un mes. ¿Yo iba a dejarlo todo por Marcus? ¿Por un hombre que no parecía realmente conocer?

Era mi sueño. Era lo que había deseado toda mi vida y no sabia como sentirme. No sabia que hacer y decidí ir a la casa de Marcus para tratar de explicarle lo que sucedía. Tal vez él decidía venir conmigo a Nueva York para vivir juntos, después del fracaso de la editorial me parecía la mejor idea.

Pero a veces hacemos planes perfectos en nuestra cabeza que no llegan a ningún lado.

Entré a la casa de Marcus cuando él me abrió la puerta electrónica y encontré la casa hecha un desastre. Todo estaba desordenado, casi abandonado y él estaba en el sillón de una sala oscura que no reconocí. Tenía el cabello desatado, algo que no solía hacer, vestía pijama y estaba mirando el balcón, aunque no había nada ahí. Suspiré sin saber que hacer, pero comprendiendo que ahí estaba sucediendo algo más grande que yo. Algo en lo que no tenia la posibilidad de ayudar.

—Marcus... ¿Qué te sucede? ¿Qué esta pasando? —quise saber con angustia viendo como el hombre parecía caer y caer, pero no iba a ningún lado—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Tardó en mirarme y decirme algunas palabras, se tomó su tiempo como si estuviera buscando que palabras decirme en ese momento. Yo busque su mirada todo el tiempo y mi mano encontró la de él, dándole un pequeño apretón para decirle que estaba ahí con él. Para

recordarle que era su novia, la chica que había ayudado y había logrado mostrarle el camino. Necesitaba poder encontrar la manera de darle felicidad, de darle todo lo que él me había dado.

—¿Qué necesitas, Elizabeth? ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que hablemos, que tratemos de solucionar esto...necesito poder ayudarte.

—Nadie puede ayudarme, Elizabeth. Nadie tiene la posibilidad de darme la editorial de vuelta. No puedo...no puedo pensar —quiso expresarse, pero su voz se ahogó y comprendí que era angustia. Que Marcus estaba perdido en ese momento y no sabia como encontrarlo, no sabia como mostrarle el camino hacia mí—. He trabajado por esta editorial desde que Sali de la universidad. Puse todo de mí, hice todo para lograr mantenerla a flote...pero no logré nada.

—No digas eso, Marcus, lograste un montón de cosas —quise hacerle ver, pero yo no era él. Yo no podía encontrar la facilidad de las palabras y hablaba rápido, de una manera atropellada que no se lograba entender del todo—. Muchos de los libros que publicamos fueron sueños hechos realidad. Yo encontré el trabajo soñado, todos estábamos cómodos y felices a nuestro modo...no puedes frustrarte cuando hiciste un montón de cosas por nosotros.

Marcus seguía sin mirarme y lentamente me soltó la mano, sintiendo que estaba a kilómetros de distancia y era imposible para mi alcanzarlo. Suspiré lentamente con frustración y angustia, queriendo llegar al chico que tantos problemas me había resuelto. Yo no tenía su poder de convencimiento y mucho menos su capacidad de crear soluciones a los conflictos más grandes. Era él quien quitaba la niebla en una noche oscura, yo solamente me escondía en ella.

—Toda mi vida he logrado todo lo que me he propuesto, toda mi vida he hecho todo lo que he querido... perder la editorial es perder un sueño. ¿Cómo te sentirías si tú lo perdieras?

Me quedé en silencio comprendiendo que estaba en lo cierto y que yo jamás sabría que hacer en su situación. Era horrible tener un sueño, un proyecto hecho con esfuerzo y verlo caer de un día para el otro. Siempre creí que una parte de Marcus sabía que eso sucedería tarde o temprano, sobre todo esa mañana cuando fuimos y me tomó la mano al salir, cosa que no solía hacer.

Tal vez siempre lo supe y nunca quise ver la realidad. Muchas veces me había preguntado si me veía en otro trabajo, si estaba pensando en enviar mi experiencia a otro lado y no lo comprendí. Tal vez vi el final y no quise admitir que era ese.

—Mi padre me dijo que habló contigo por tu propuesta editorial —soltó y me quedé petrificada sin saber que decir en ese momento. Asentí, tragando lentamente y mostrándome incomoda sobre lo que estábamos hablando. ¿Sabia de Nueva York? ¿Estaría al tanto de la situación? Quería que fuera así, pero tenía miedo—. ¿Qué te ofreció?

Bueno, eso confirmaba que no lo sabía. Me quedé en silencio unos minutos y finalmente le conté toda la propuesta con miedo en mis palabras. Marcus no me miró mientras yo le contaba lo que me habían ofrecido, sino que estuvo todo el tiempo observando un punto fijo de su departamento. Cuando terminé, suspiré una vez más y esperé por su respuesta. Sin embargo, tardó unos largo segundos en llegar. Unos segundos eternos en silencio que marcaron mi angustia y mi ansiedad por saber la respuesta.

—Yo me vento abajo y tú te elevas...

No entendí sus palabras, solo lo miré con confusión ya que por un momento parecía que había algo de egoísmo en sus palabras. No entendía que estaba diciéndome y decidí esperar por más palabras. Sin embargo, nunca llegaron y me di cuenta de que estaba esperando que dijera algo. Marcus estaba en su peor momento, actuaba cegado por sus pensamientos desoladores y extremos, pero me parecía injusto que no viera que ese era mi sueño también.

—¿Eso que significa, Marcus? Es una propuesta...

—Una propuesta que no puedes negra —sentenció finalmente y me mostré totalmente sorprendida con la firmeza de sus palabras. Quise entender al chico que me estaba mirando y en la oscuridad solo logra ver a una persona triste y desolada, que destruía todo a su paso—. No hay nada qué para ti, Lizzie. No hay futuro y no siquiera tienes trabajo. Tienes menos de un año de pasante y ni siquiera llegas a los tres meses como editora. Tu experiencia es mínima en editoriales comunes, solo indies. ¿De que vas a trabajar?

—Yo...yo pensaba publicar contigo, con la editorial Scott.

Marcus soltó una pequeña carcajada amarga que me hizo aún peor, sentí que se estaba burlando de mi ingenuidad. ¿No podíamos tener una editorial más indie? ¿Era necesario tantas personas trabajando? Busqué su mirada y traté de encontrar a ese hombre del que me había enamorado y me había hecho suspirar en tan poco tiempo, pero encontré a una persona a la cual el fracaso se la había llevado muy lejos. Lejos de mí, lejos de todo.

—Eres una ingenua, Elizabeth. ¡Ya no existe la editorial Scott! Nos fundimos, nos rendimos. Soy un fracaso, ¿eso era lo que querías escuchar? ¿Te envió mi padre para burlarte de tu nuevo logro?

A veces cuando estamos perdidos herimos a las personas que queremos. En ese momento Marcus estaba haciendo eso conmigo y no iba a dejarlo. Él me había enseñado a quererme, a valorarme y a demostrar que tenia una voz lo suficientemente fuerte para hacerme valer. No iba a dejar que sus inseguridades y sus miedos actuales me hicieran caer para hacerlo sentir mejor. Yo ya no era esa chica, no era la Lizzie que bajaba la cabeza y asentía. Había aprendido no solo a quererme a mi misma, sino a valorarme y estaba muy orgullosa de mi logro.

—Mira, Marcus, lo siento mucho, ¿de acuerdo? Lamento que la editorial fallara, lamento el fracaso, lamento todo lo que estás viviendo en este momento y de esta manera. Pero tampoco voy a quedarme aquí viendo cómo te hundes —le dije sinceramente, poniéndome de pie y él, finalmente, me observo—. Fallaste. Sí, fallaste. Te equivocaste, hiciste mal las cosas, te confiaste. Fallaste y fallaste. ¿Y sabes que más? Fallaste. Es una pena, pero no puedes quedarte aquí sentado llorando y lastimando a otros por ello.

Marcus me veía de manera distanciada, con el cabello cayendo de lado y sin ser ese hombre que tanto me gustaba. Él necesitaba tiempo solo, necesitaba afrontar a sus demonios personales y todos esos problemas que tenia con su padre.

—No creo que ahora puedas ver el mundo que creaste. No solo lo personal que has hecho conmigo, sino lo que has hecho con cada uno de los empleados. Lograste que amaramos los libros más que nunca, hiciste que Laura leyera mucho más, que yo comenzara a valorar los libros indies, que la tonta de Susan leyera novelas románticas solo porque a ti te parecían interesantes. Lograste muchas cosas con la

editorial. No somos números, somos experiencias, Marcus. Hoy crees que fallaste, pero no puedes ver que fallar a veces no es lo peor. A veces fallar es dejar un camino para comenzar otro —suspiré y me acomodé la ropa, dispuesta a marcharme y demostrando aquello—. Me enseñaste a quererme, Marcus y te agradezco con todo mi corazón. Ahora es tu turno.



Ese mismo día volví a la editorial, sorprendiendo a los presentes y a la misma Suni que parecía sin habla al verme nuevamente y con el contrato en mano. Le dije que estaba preparada para firmar, pero que tenía una condición antes de todo eso.

No iba a dejar mis sueños, ellos eran los que me habían mantenido despierta y viva todo este tiempo. Tal vez ustedes no lo sepan, pero una persona con sueños es una persona diferente a las demás. Yo creo que hay personas con sueños y personas con objetivos. Las personas con objetivos muchas veces logran lo que quieren y si no lo hacen no se frustran, buscan uno nuevo. Las personas con sueños siempre tienen el mismo y luchan eternamente para lograrlo. Algunos se rinden y fallan, se vuelven personas mediocres y desagradables por haber perdido la gran oportunidad. Yo no iba a permitir eso. No iba a dejarlo todo.

A veces los sueños nos alcanzar una vez en la vida y los dejamos por situaciones que pueden esperar. Eso creía yo en ese momento y estaba decidida. Me llenaba el pecho el sentimiento y la sensación de plenitud que estaba sintiendo. Sin embargo, tenia unos planes más antes de ser finalmente Elizabeth la escritora.

Cuando el padre de la chica y de Marcus se reunieron nuevamente conmigo les dije que iba a aceptar su propuesta. Solamente pedí que tuviera más control de mi obra, como promoción, portada y algunas cosas más, que la edición también fuera supervisada por mi en todo momento. Pero pedí algo más que ellos no estaban preparados en oír.

—Quiero que mi libro esté con su sello editorial en Nueva York. Acepto su propuesta de trabajo...pero quiero que la editorial Scott

siga existiendo. Quiero que mis regalías vayan a la editorial y que se siga manteniendo como un sello indie. Uno más pequeño, pero que siga existiendo.

Suspiré y me preparé para un no rotundo, un delirio total. No sabíamos si iba a poder pagarlo todo con las regalías de un libro que todavía ni siquiera estaba a la venta y parecía una locura poner en juego todo eso. Sin embargo, yo iba a trabajar como escritora, iba a tener mi sueldo y mi dinero, quería que todo mi sacrificio, mis sueños y mi sudor de escritora fueran a la editorial en agradecimiento. A Marcus por todo lo que había hecho y por ser la persona que le dio vida a mi libro. Quería que todo eso diera frutos a la manera de vivir de la editorial. Para mí sorpresa, aceptaron.



Extra: La lista del jefe 03

Asunto: Último punto en la lista del jefe.

Querida Elizabeth.

El motivo de mi mail es para retomar la lista que veníamos llevando que ha quedado en el olvido luego de haber realizado el acto. He pasado toda la noche pensando en muchas cosas y en pocas al mismo tiempo, sin realmente saber que era lo que debía pensar.

Sin embargo, usted ha estado en mi cabeza todo este tiempo. Sus palabras fueron para mí las que me hicieron ver un poco de luz entre tanta oscuridad.

Por eso le pido como ultimo punto en esta lista que parecía no tener fin, que volvamos a vernos. Que me perdone, señorita Elizabeth y tratemos de encontrar una solución a esto. Una solución que sea juta para ambos y nos ayude a continuar.

Perdóname, Lizzie.

¿Empezamos otra vez?

Atte: Marcus.





Capitulo 19

Cómo enfrentar la situación y no morir en el intento

A veces nos preocupamos en amar y no en amarnos. A veces nos preocupamos más en los otros y nos olvidamos de nosotros. A veces los sueños se cumplen y otras veces debido a eso se cierran puertas que no podemos volver a abrir. Así me sentía yo en ese momento y no podía hacer nada para remediarlo.

Marcus me había enviado ese mail buscando una solución a nuestro problema y por momentos quise entender que nos había pasado y porque habíamos fallado de ese modo tan grande. ¿Qué había estado mal? ¿Quién había fallado?

Ni siquiera llevábamos un mes juntos y separarnos se sentía como si me faltara una parte de mi cuerpo. Sentía más frio, más angustia y de repente pensaba en él a cada momento cuando estaba sola.

Sali de la editorial con un contrato editorial, un boleto de avión y los sueños que siempre había querido en las manos. Tenia que estar feliz, tenia que llorar de alegría por haber conseguido tanto con una sola novela. Ellos habían visto algo que nadie más que Marcus había visto y me costaba creer que alguien más veía mis cualidades. Habían leído la novela, no solamente Suni y me comentaban cuantos mensajes podía dar solamente publicando. Me hablaron de charlas, de un movimiento con mi nombre y el de mi libro. Podía ser alguien, podía ser una voz entre tantas personas que no encontraban la suya. Me sentía confundida en cierta medida, porque finalmente era alguien y al mismo tiempo perdía a la persona que me había ayudado a serlo.

Decidí caminar hasta mi casa a pesar de la distancia y no me importó el frio que me comía la piel cada vez que una ventisca me abrazaba. Estaba distraída, nadie notaba que en mi había una guerra interna y todos parecían seguir sus vidas como si nada. La ciudad nunca había

estado tan oscura y por momentos sentí que podía ver los lugares en donde había estado con Marcus. Eran pocos, pero para mi eran millones. Miré a las luces del semáforo cambiando frente a mis ojos antes de pasar y como una tonta les pregunté si iba a estar bien. Ellas me respondieron que no lo sabían.

Vi la figura de mi ex jefe en la puerta de mi casa incluso antes de llegar y suspiré, porque sabia que eso significaba dar explicaciones que no sabía si quería dar en ese momento. Suspiré de todos modos, porque entendía que él quería intentarlo y yo no podía negarle eso.

—Me estoy congelando el culo —dijo, citándose a sí mismo como la última vez que nos habíamos encontrado en esa situación—. Pensé que ibas a estar en tu casa.

—Vengo de la editorial —le expliqué sin rodeos porque no necesitaba dárselos. Yo no había hecho nada malo, al contrario, había ayudado de un modo que nadie más que yo podía y él tenia que entenderlo. Marcus tenia muchas cosas buenas, pero también tenia defectos que pude ver al comenzar la relación—. ¿Quieres que pasemos?

Marcus se había puesto firme, casi dispuesto a estar a la defensiva y asintió, aunque dudoso y yo no lo culpé. Yo estaba haciendo algo detrás de él, a sus espaldas, pero tampoco era la Lizzie que había conocido hacia poco tiempo. Había crecido y me había vuelto capaz de tomar mis propias decisiones y hacerme cargo de ellas. La editorial no era algo mío, pero había llegado en un momento de crecimiento y le tenia mucho aprecio.

Había pasado horas leyendo novelas que me habían llegado al alma y había tenido que rechazarlas porque no vendían. Mil horas conversando con autores a los que les había cumplido el sueño me bastaban para darme cuenta de que era mi momento de cumplir mi sueño. Con Marcus o sin él.



Entramos a mi casa y saludé a mi gatito mientras iba prendiendo las luces de la sala desordenada que había dejado. Marcus se mantuvo quieto cerca de la salida y ni siquiera se sacó la chaqueta. Yo decidí

ignorarlo por un momento mientras encendía la estufa, me quitaba el abrigo y prendía la pava para tomar algo caliente. No tenia tampoco mucho en la heladera así que era lo que se podía en esa situación. Cuando el agua estuvo caliente le serví un té y yo decidí tomar otro. Era una situación extraña por donde se la mirara y creía que no iba a poder escapar de la realidad que estábamos viviendo.

Marcus finalmente tomó el té y se sacó la chaqueta, sentándose en el sillón de mi casa junto a mi gato. Se veía bastante mal, más bien cansado y agotado, pero no sabía si realmente podía comentarle eso debido a lo sucedido la noche anterior. Una parte de mi estaba resentido por lo que nos habíamos dicho y como había terminado todo. No era una chica rencorosa, pero Marcus me había hecho daño.

—Quiero irme contigo.

Las palabras salieron tan rápido que no supe que decir y me quedé en silencio tratando de analizarlas. Eran fuertes y por un momento creí que todo se estaba cayendo a nuestro alrededor, quedando nosotros con las palabras de Marcus en el aire.

—¿Qué dices, Marcus? —le pregunté sorprendida, con la taza de café en mis manos dándoles calor y trayéndome un poco a la realidad de ese modo—. No puedes dejar la ciudad por mí, Marcus. Es una locura.

—¿Por qué lo sería? —quiso saber poniéndose de pie, taza en mano, y camino hacia mi tratando de encontrarme con su mirada. Estaba poniendo un muro entre nosotros porque mirarlo me recordaba los buenos momentos que habíamos vivido. No podía permitir que Marcus dejara todo lo que quería en esa ciudad por vivir mi sueño. Era egoísta y eso terminaría en problemas tarde o temprano—. Vamos a Nueva York...cuando sea. No tiene sentido que siga en esta ciudad que ya no tiene nada para mí...

—No digas eso, Marcus. Está tu familia...tu madre, tu padre y...bueno, la editorial.

—¿La editorial? En esta ciudad no hay nada para mí, Lizzie. Solo el recuerdo de un fracaso y no quiero quedarme a verlo —me dijo como si aquello fuera algo valiente. Marcus se estaba escapando de la realidad queriendo viajar conmigo para no afrontar lo que estaba sucediendo. Había fallado y lo estaba volviendo ciego, lo suficiente

para creer que podía irse por la salida de emergencias. Yo era esa salida.

Suspiré y Marcus se acercó a mí, haciendo que nuestras tazas dieran un pequeño choque como si fueran copa y su frente se pego a la mía. Tragué humedeciendo mis labios porque su calor me recordaba a las cosas buenas que habíamos vivido y me convencía de cualquier cosa.

—Sigamos con esto...no tenemos que renunciar a esto, Lizzie. Podemos continuar escribiendo nuestra historia en otra ciudad.

Me reí un poco y en realidad fue porque sus palabras sonaban graciosas. Marcus hablaba de ese modo tan poético digno de una persona que leía mucho, pero a veces escucharlas no sonaban reales. No vivíamos en una novela romántica y había otras cosas que teníamos que enfrentar.

Era una falsa victoria.

Marcus estaba ahí frente a mi en mi casa diciéndome las palabras que siempre había querido escuchar. Éramos parte de una novela cada vez que soltábamos una palabra nueva y sin embargo yo sabia que eso no era real, que no podíamos cerrar los ojos y soñar. La realidad era más dura, más cruel. Marcus me prometía un futuro juntos y una relación que existiera en otra ciudad y a pesar de las promesas dichas me parecía que no era suficiente para mí.

No sé como explicarlo en este momento que ha pasado tanto tiempo, porque recuerdo cómo me sentí y lo que me pasaba, pero es difícil expresarlo con palabras. En ese momento miré a Marcus y sentí que podíamos tener una vida perfecta, de esas soñadas y al mismo tiempo podíamos desgastarnos con facilidad si decidíamos vivir la vida de ese modo. Él se iría cuando en realidad debía enfrentar su realidad y viviría de la mía hasta que lo comprendiera. En mi mente aparecieron escenas de peleas que todavía no habíamos tenido, pero tendríamos. Pensé en las palabras hirientes que Marcus iba a soltar, aquellas que todavía no habían sido dichas.

Para comenzar una nueva vida necesitábamos estar los dos de acuerdo y en ese momento Marcus no lo estaba. Todavía su cuerpo y alma seguían en esta ciudad, en esa editorial. Como si estuviera atado con un hilo a eso y no pudiera cortarlo, cuando y lo había hecho con rapidez apenas la idea de seguir mis sueños había llegado.

—Acepté la propuesta editorial y pedí que mis ganancias fueran a la editorial Scott. Ellos van a mantenerla. Con menos gente, seguramente, pero la editorial seguirá existiendo.

Dije las palabras que no me animaba a decir y esperé el caos, esperé el desastre. Marcus dio un paso atrás sorprendido, como si quisiera pensar en las palabras que yo había soltado y me miró confuso. Yo no dije nada, solo lo miré queriendo mantenerme firme como mi decisión. Verlo así me destrozaba, pero quería demostrarle que había hecho eso por él. Marcus necesitaba su editorial, necesitaba su sueño.

—¿Por qué se te ocurrió semejante cosa, Lizzie? ¿Cómo puedes...? ¿Cómo puedes tomar esta decisión por mí? —preguntó horrorizado, dejando la taza en la mesa de café y mi gato lo miró por el ruido que hizo cuando la dejó. Se volcó un poco sobre la mesa y me quedé mirando como la gota de té viajaba por la superficie. Cualquier cosa menos Marcus, cualquier cosa menos él—. No puedo...no puedo creer que dieras parte de lo que seria tu sueldo para esto.

Resoplé porque no se trataba de dinero, nunca se había tratado de eso. Mi esfuerzo y mi amor a la editorial iba de esa manera. Había escrito esa novela en secreto, escondida de mi jefa y sintiendo cada palabra que soltaba. Era una novela vieja, resucitada con amor y dedicación.

—Solo quiero que sepas que esta soy yo tratando de solucionar el problema...al menos estoy tratando.

—Tal vez yo no quería que trataras, Lizzie.

Suspiré lentamente porque sabia que estaba pasando, me estaba rechazando porque vivía a la defensiva. Porque creía que podía con todo y no era así.

—Sé lo importante que es para ti, Marcus —le dije tratando de hacerle entender lo que había hecho. Él comenzó a moverse por la habitación refunfuñando, diciendo cosas que no entendía porque hablaba para adentro y demostrando lo frustrado que se sentía—. ¿Cuál es el problema de que haya salvado tu editorial?

—¡Se suponía que yo debía salvarla, Lizzie! —exclamó enfadado, aunque me di cuenta de que estaba enojado con él mismo y no conmigo. Enojado porque no había encontrado una solución y ahora que estaba hecho seguramente no iba a sentirse suficiente.

—No puedes ser el héroe de todo.

Tragó lentamente al decir eso, mirándome como si yo fuera la peste y aun así me mantuve firme. Yo no había cometido un error, había hecho algo por amor y él tenia que entenderlo. Marcus necesitaba entender que no era el hombre superpoderoso que se había creído y que a veces las batallas las ganan los aliados.

—No voy a permitir que lo hagas.

Esa fue su promesa y con esas palabras se marchó de mi casa una vez más.



La mañana siguiente tuve una reunión con la editorial para terminar de firmar mi contrato y lo hice sin problemas, decidida ante todo a darles mi novela para poder brillar. Una mujer apareció en la escena y me dijo que iba a ser mi editora. Me gustó conocerla porque me sentí identificada con ella apenas nos miramos, ya que nuestros cuerpos eran parecidos. Me gustaba saber que mi editora iba a entender mi sufrimiento y no era una persona que no pertenecía a mi lucha. En cambio, Ann me hablo de que estaba enamorada de la historia y que no veía el momento de comenzar a trabajar en Nueva York en todo.

Ese día sentí que los sueños se hacían realidad y que lentamente todo iba cobrando sentido muy lentamente. ¿Quién iba a decir que iba a poder sentirme tan bien con eso? Por años mis compañeros se habían burlado de mí en todo sentido. Se reían de mi peso, de mi cabello rojo y del tiempo que pasaba escribiendo en las clases. Me dijeron que no iba a llegar a ningún lado y ahí estaba pensando en mi viaje a Nueva York.

A veces pensaba en esa Lizzie, en la nena que llegaba llorando y sus padres trataban de consolar a la niñita a la que le habían dicho gorda y fea. Quería abrazarla y decirle que las cosas mejorarían, que lentamente todo tendría sentido.

Estaba por irme cuando escuché la voz de Marcus en uno de los pasillos y me estremecí. La otra voz era la de su padre y estaban en una conversación acalorada. El padre de Marcus gritaba, enfadado con su hijo, mientras este miraba por la ventana con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Aproveché que las salas eran espejadas y me escondí mirando todo a lo lejos, siendo una intrusa.

—¡Marcus, deja de comportarte como un niño! —le gritaba su padre claramente enfadado y en cierta parte yo estaba pensando lo mismo. Era la primera vez que Marcus vivía todas esas cosas juntas: Fallaba, no conseguía lo que quería y lo conseguía otro por él. Había vivido muy poco con él, pero llegaba a entender al hombre detrás de la mascara de empresario perfecto, era solo un simple chico—. No puedes dejar todo por una chica. Esto no es una novela romántica, es la vida. ¿No te he enseñado eso toda la vida? Te dije que hay que ser fuerte, hay que solucionar los problemas y no vivir en ellos. Eso hizo Elizabeth y resolvió por ti algo que no podías. ¿Lo vas a desperdiciar? ¿Qué rayos vas a hacer además en Nueva York?

—No lo sé, tratar de armar otra editorial...

—¡Ya tienes una editorial, Marcus! —le volvió a gritar enfadado y pude entender un poco al padre del rubio. Vi a un padre enfadado por la oportunidad que se estaba perdiendo su hijo, enfadado por verlo de ese modo tan abatido—. Tienes la posibilidad de volver a darle la vida que quieres. Yo no tendría nada que ver y finalmente seria tuya. No puedes simplemente ponerte así porque no lograste ser el héroe de la historia. Lo termino siendo esa chica y tampoco lo veo tan mal. ¿Por qué no puedes ver lo mismo?

El silencio se mantuvo entre ellos unos minutos mientras Marcus seguía mirando al cielo de la ciudad, aunque no podía ver su expresión porque estaba de espaldas a mí. Sin embargo, sabia que estaba enojado y frunciendo el ceño. Lo sabía. ¿Cómo? No lo sé, esas cosas las sabes.

—Se suponía que yo era el héroe...eso me dijiste. Se suponía que tenia que hacer las cosas yo y nadie más. Dejé que Lizzie me viera en mis peores momentos, dejé que sacrificara su sueldo, las ganancias de su libro...por mí. Porque fracase...

—Mira, Marcus...tienes dos opciones. Una es irte con esta chica a Nueva York y dejar para siempre la editorial. Dejarla en manos

ajenas, vaya a saber haciendo que cosa con nuestro apellido. Puedes ir a la ciudad del arte y volver a empezar. Pero puedes valorar lo que ella hizo por ti y quedarte aquí para volver a intentarlo. El fracaso es una gran oportunidad para empezar otra vez.

—¡Aquí estas, Lizzie! —gritó Suni del otro lado del pasillo y yo me quedé petrificada, pero se cayeron todos mis papeles al suelo por la posición. Maldita enana de jardín, iba a matarla. La fulmine con la mirada y ella no entendió que estaba sucediendo, pero Marcus y su padre me miraron tratando de juntar los papeles que había dejado caer.

La iba a matar cuando tuviera tiempo y lugar. Yo quería citar las palabras del padre de Marcus para llegar más a su cabeza y ahora se notaba que había estado ahí chusmeando todo ese tiempo. Le dediqué una mirada y una mueca de disculpa a ambos Scott y el mayor se rio, pero hizo una mueca para que entrara. No era necesario ponerme en contexto, se notaba que había escuchado todo.

Marcus resopló y volvió a mirar a la ventana, todavía en esa posición de niño enfadado y avergonzado por lo que había hecho. Suspiré y miré al mayor de los Scott mientras me sentaba frente a ellos. Quería decir muchas cosas y no sabia por donde empezar. Pero dije la que mejor podría soltar en un momento así.

—Creo que tu padre tiene razón, Marcus. Tú eres el único obstáculo en tu camino.

—¿Qué sucede hoy? ¿Los dos se comieron un libro de frases inspiracionales? Porque me siento dentro de una novela de autoayuda —se quejó Marcus un poco bromista y nos reímos sin poder evitar que parecía aquello. Tal vez, en el fondo, su padre y yo habíamos leído como ayudar a una persona que estaba pasando por un fracaso. Tal vez salía de nuestro corazón cada frase que decíamos. Tal vez un poco de las dos.

Nos quedamos solos en la sala como en los viejos tiempos, como en nuestros besos a escondidas cuando no sabíamos que sentíamos. ¿Se

podía querer tan rápido a una persona? Yo creo que sí, creo que lo que tuvimos con Marcus nació tan rápido que al día de hoy no puedo creerlo. Él seguía mirando por los ventanales, sin mirarme y yo esperé por él. Había esperado por mi mucho tiempo como para que yo me rindiera tan rápido. Sabía que en algún momento iba a decir algo. Pero el momento no llegó y decidí contarle la idea que había pensado en esos momentos sola.

—He estado pensando en la ultima vez que nos vimos —empecé y él se movió un poco cuando yo hablé, como si no estuviera preparado para escuchar mis palabras—. Sigo creyendo que debes quedarte aquí con tu editorial, tus amigos y tu familia...pero creo que podríamos seguir intentándolo...a distancia.

Marcus se giró un poco para mirarme y yo me puse más nerviosa de lo que ya estaba. Me temblaban las manos como cuando tenia frio y quise decir algo coherente, algo que le hiciera llegar a Marcus. No tenia frases de auto ayuda para ese momento, solamente mi corazón abierto esperando que pudiera leerlo.

—Nueva York no queda tan lejos...son solo unas horas de diferencia...

—Son 6 horas, Lizzie.

—Podemos vernos los fines de semana, podemos turnar nuestros encuentros. Venir yo un fin de semana, esperarte a ti el siguiente y así...no seriamos la primera pareja que tiene una relación a distancia.

Distancia. Una relación a distancia. Eso le estaba pidiendo en ese momento y no sabia si era lo que quería realmente para nosotros. No quería que eso se arruinara por completo, no quería creer que nos íbamos a perder para siempre. Miré a Marcus tratando de expresarle con mis torpes palabras que quería y aun así no me encontré con el chico que quería. No vi al chico que me había enseñado a quererme, a amarme por quien era, sino a una persona que no aceptaba nada de lo que yo dijera.

—No...no quiero tener una relación a distancia, Lizzie.

Mi mundo se vino abajo con esas palabras y tragué lentamente sin saber que decir en ese momento. Sentía miedo y angustia al mismo tiempo, de un modo que jamás podría explicar. Sentí que me soltaba de la mano de mi madre y me quedaba sola en el medio de la calle,

sin saber en donde estaban los demás. Me sentía sola y devastada porque eso significaba el final.

¿Alguna vez han visto una película o serie y se han dado cuenta del final? ¿No le ha pasado ver que estaba por pasar y advertir lo siguiente?

En ese momento estaba viendo una película entre ambos y me sabia el final. Sabia que iba a pasar, sabia como iba a terminar esa novela que no era novela. Esa película romántica que no era película. Marcus le estaba dando el final a nuestra relación y me dolía el cuerpo de solo darme cuenta. ¿No lo había pensado antes? Sí, claro que me había dado cuenta de que Marcus y yo podíamos terminar, pero en ese momento era él quien daba por finalizada la relación. Marcus me estaba diciendo adiós. Le estaba dando fin a una película que podía tener secuelas.

—¿Por...porque no? Podemos vernos por cámara, charlar todas las noches...ahora hay hasta páginas que te permiten ver películas al mismo tiempo. Jugar al Monopoly...

—Lizzie, Lizzie...

Me extendió la mano y yo la tomé sin dudarlo, aferrándome a ese contacto que me estaba dando y era mi todo. Yo había decidido mudarme a otra ciudad, pero aun así sentí recién en ese momento que estaba terminando nuestra historia. Lo miré tratando de no lucir angustiada, tratando de no demostrar lo que me pasaba.

—Te quiero como no he querido a nadie —me dijo y yo levanté la mirada para observar sus preciosos ojos—. Creo que me has mostrado la vida con colores que jamás había imaginado. Me he divertido mucho, reído mucho...y he aprendido al mismo tiempo que tú. Mi amor por ti es enorme, pero tienes razón. Mi sueño está aquí y el tuyo allá...no tenemos que detener nuestros sueños por amor. Y te quiero tanto que decido dejarte libre para que vivas en otra ciudad. No voy a obligarte a una relación que tal vez no podamos tener en su totalidad.

—Pero Marcus...los fines de semana...

—Serás una autora famosa, Lizzie. Iras a eventos, conocerás personas y vivirás todo tipo de cosas que debes vivir solo tú. ¿Cuánto tiempo has soñado esto? ¡Toda la vida! Me lo has dicho —me recordó y

asentí, un poco triste porque era la realidad—. Yo no entro en esa ecuación. Eres tú, tienes que vivirlo todo sola. Creo que lo mejor será terminar aquí.

Terminar.

Aquí.

Aquí.

Aquí.

¿Dónde era eso?





Capitulo 20



Cómo amarse a uno mismo y no morir en el intento

Aquí.

A veces seguir adelante es más difícil de lo que uno podría llegar a imaginarse en ese momento. Seguir era complicado y aun así ahí estaba tratando de hacerlo. Laura había decidido ayudarme a empacar y yo le agradecía que haya hecho eso porque no sabia como encontrar las fuerzas para marcharme de ese lugar.

—Veo que estás muy feliz —le dije sonriendo como pude porque tenia una realidad: Laura parecía tener otra cara y esa que llevaba antes estaba bien, pero esta era cien veces mejor. Ella se río de esa manera tan perfecta que tenia y se encogió de hombros fingiendo ingenuidad, aunque yo sabía que pasaba—. ¿Puede ser que el fuckboy ya no sea más fuckboy?

—Oh, sigue siendo bastante fuckboy —se río cuando le dije eso y hablamos un poco del tema. Las relaciones eran extrañas, pero era interesante ver cómo cada persona actuaba de manera diferente. Me alegraba saber que Laura finalmente había encontrado a alguien que la quisiera y había dejado de mendigar amor en personas que no la merecieran. Ella se merecía que la amaran y mucho. Esperaba que el fuckboy le diera todo eso y por un largo tiempo.

—Mira, Lizzie, sé que ahora todo es oscuro y triste porque he vivido una separación, aunque la mía iba directo al desastre —confesó y negué con la cabeza porque vaya desastre había hecho Laura con su ex y su compañero de piso. Pero no iba a juzgarla—. Pero estas por ir a Nueva York. ¿Sabes cuantas personas soñaron con eso y no lo lograron? Muchas y por suerte tú no eres una.

Eso era cierto. Muchas personas se quedaban en el medio de su camino por millones de razones. No iba a ser una más, yo iba a lograr cumplir todo lo que había soñado. Sonreí contenta y le di un pequeño

abrazo a Laura, que al instante me respondió con asco. Era inevitable no reírse al notar que la rubia no era de esas personas cariñosas, aunque a su modo si lo era.

No iba a perderme, no iba a ser la chica insegura que había sido toda mi vida y finalmente iba a ponerme a mi primero. No iba a hacer lo que quisiera la sociedad, no iba a hacer lo que mis padres desearan o mi abuela, iba a hacer lo que yo quería. Iba a cumplir mis objetivos y mostrarle al mundo que una persona podía brillar a su modo. Le iba a contar mi historia a chicas que habían vivido lo mismo. Jóvenes, chicos y adultos iban a leer mis páginas y se sentirían mejor cuando se vieran al espejo. Iba a tener una voz que nadie iba a poder callar y nada me iba a dar más fuerza que eso.

Era el momento de crecer, finalmente. Llevaba 25 años sin vivir realmente y estaba lista para comenzar a soñar. ¿Qué importaba la edad? Nunca era demasiado tarde para seguir soñando.



Mi fiesta de despedida fue mezclada con mi cumpleaños y no tuve problemas con eso. Laura lo planeó todo y tuve mi primera fiesta de adultos, aunque no sabía si podía llamarse de ese modo. Todos mis compañeros de trabajo aparecieron, incluso una Susan no muy contenta de estar entre nosotros, pero intentándolo y valoré mucho ese esfuerzo. También estaban algunos amigos que había hecho en mi breve tiempo en la ciudad, personas que me habían alegrado los días. Suni había sido invitada a ultimo momento y se mostraba totalmente incomoda por toda esa cultura americana girando a su alrededor, pero también estaba intentando darme un buen momento. Todos juntos me regalaron una maleta, como si necesitara otra, pero venia con una funda bastante bonita por lo cual entendí porque me la habían regalado. Bordado sobre la tela blanca de la funda se encontraban escritas las palabras de mi libro y no pude evitar soltar un par de lágrimas tristes al ver el pequeño detalle.

—Por supuesto que fue mi idea —acotó Suni divertida, haciendo reír a todos los presentes, pero me imagine que ella había sido parte de esa obra maestra. La chica tenía ideas increíbles y muy creativas,

esperaba que pudiera demostrar todo lo que sabia en la editorial y pudiera crecer.

—Harás grandes cosas, Suni, lo sé.

Se sonrojó al instante e hizo un gesto gracioso tapándose la cara, de ese modo tan divertido y tierno que tenia de ser. Laura puso los ojos en blanco al notar que se avergonzaba y le dio un largo trago a su bebida, haciendo que yo la imite sin dudar ni un segundo. Todo sonaba tan triste esa noche y decidí que no podía seguir siendo así. Teníamos que divertirnos y yo tenía que despedirme de algún modo.

Fuimos a la pista de baile del bar y varios compañeros se unieron a nosotros, aunque algunos como Suni y Susan se quedaron avergonzados en la mesa. Bailamos de manera graciosa, pasando el tiempo y tratando de hacer el ridículo para divertirnos en esa larga noche. Yo era muy mala bailando y Laura empezó a reírse escandalizada por mis movimientos exagerados.

Cerré los ojos entre risas y la música demasiada alta pensando que ese era un momento único. Quise guardarme esa imagen al instante y recordarla cuando estuviera triste. Ese momento donde finalmente era feliz con amigos, donde me sentía segura y cómoda, donde me reía a carcajadas hasta que mis lagrimas me corrieron el maquillaje.

¿Alguna vez se sintieron así? ¿Alguna vez sintieron que deseaban mantener ese momento para siempre? No quería dejar de bailar y de divertirme, no quería que el momento se fuera y al día siguiente volveríamos a la normalidad. No quería que esa noche terminara.

Y no fue así.

Vi que Laura paraba de bailar abruptamente y la imité, tratando de entender lo que estaba pasando. Yo estaba bailando en ese momento, haciendo un paso ridículo cuando vi que Marcus estaba en la mesa con mis compañeros saludando a cada uno de ellos.

Fue como esos momentos de película en donde todo se mueve en cámara lenta y nada importa más que los dos personajes principales. Sentí eso al instante y no pude evitar pensar que todavía estaba conectada a ese hombre de una manera que no podía entender. Como si fuera un hilo invisible que nos une todo el tiempo y estuviera esperando que apareciera en algún momento para que no se cortara.

Ahí estaba, girando sobre mis altos tacones, esperando solo por él.

—¿Nos vamos? —preguntó Laura acercándose a mí, como si quisiera cuidarme de Marcus y de sus palabras, pero yo negué con la cabeza porque no tenia sentido. Él también era parte de lo que dejaba en esa ciudad.

Nos acercamos a la mesa dejando a algunos compañeros bailando y al llegar a la mesa Susan nos dijo que se iría. Marcus se despidió de ella con una pequeña sonrisa cordial, como si no fuera la amante de su padre y Suni se mostró incomoda cuando nos sentamos todos en la misma mesa. Es como si ella supiera que ahí había algo que no estaba bien y la miré por unos minutos tratando de decirle que no se fuera. Necesitaba el apoyo moral de todos en ese momento.

El rubio, mi jefe, mi compañero durante ese largo mes, me miró y me regalo una verdadera sonrisa, de esas que él siempre me daba. Sus ojos estaban brillosos y podía ver lo claro que eran incluso en la oscuridad del bar. Mi cuerpo vibró por completo con solo verlo, porque solo él lograba esas sensaciones en mí.

—Feliz Cumpleaños, Elizabeth —me deseó Marcus y le regalé una sonrisa porque esas palabras eran casi una bandera blanca en el aire entre nosotros. Estaba ahí y eso era lo importante.



—¿Quieres que te acompañe hasta tu casa?

La propuesta de Marcus me sorprendió mientras le daba un abrazo final a Laura, de esos largos que nunca terminaban. Ella me miró de espaldas a Marcus y yo le regalé una sonrisa, demostrando que podía hacerlo. La chica aun tenia esos resentimientos hacia los hombres que me causaba gracia, pero a pesar de eso ahí estaba el chico de tatuajes esperándola al final de la calle. Seguramente Laura pensaba que no lo había visto, pero se notaba de lejos como la observaba de un modo que mataría a cualquiera que se atreviera a tocarla.

—¿Prometes que no te congelaras el culo? —aventura a molestarlo y Marcus me devolvió el chiste con una carcajada, porque siempre decía esas cosas tontas con respecto al frio—. Claro, vamos.

Caminamos en silencio hasta mi casa, que quedaba bastante cerca del bar y por eso lo habíamos elegido. La gente a nuestro alrededor entraba a sus casas mientras que algunas almas nocturnas se preparaban para comenzar una larga noche. Nosotros parecíamos bastantes ajenos a eso, caminando con lentitud y estando a una distancia que casi nuestros brazos se podían tocar. El silencio hablaba por nosotros en esa helada noche y suspiré finalmente decidida a hablar. Decidida a romper la tensión que habíamos tenido desde el primer momento en el que él llego a mi fiesta.

—Quiero agradecerte por todo lo que has hecho por mí, Marcus —solté de una buena vez y él alzó sus cejas sorprendido por mis palabras—. Me has ayudado a encontrarme a mi misma...a quererme, a ser esta persona que hoy puede decidir con los ojos cerrados que es lo que quiere.

—No digas tonterías, Lizzie, no eres una persona diferente. Simplemente necesitabas un espejo —me dijo con tranquilidad y siguió caminando con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero—. Y no hablo de un espejo de los que tenemos en nuestras casas, sino un espejo que te mostrara lo impresionante que eres.

Bajé la mirada algo sonrojada, porque a veces me seguía sorprendiendo la fuerza en las palabras de Marcus. El cariño que me tenia lograba dejarme sin habla de una manera que sorprendería a cualquiera.

—No tienes que agradecerme nada, Lizzie. Soy yo el que tiene que agradecerte por el mes que me has dado. Ha sido muy divertido —confesó y creo que ambos vimos en nuestras cabezas las cosas ridículas en las que me había metido—. No puedo creer que todo haya empezado porque era una distraída...

—Bueno, de alguna manera tenia que llamar tu atención. No deberíamos tener jefes guapos sino pasan estas cosas...

—Lo tendré en cuenta para el futuro —me respondió y nos reímos un poco en ese momento como si nada estuviera pasando. Como si no estuviéramos a un día de separarnos.

Hay momentos que duran para siempre, que parecen eternos y a veces miramos hacia atrás recordando cada segundo en ese instante. Eso sentí esa noche, sentí que era eterna. Éramos eternos.

El camino a mi casa termino, el fin estaba llegando y ninguno de los dos queríamos que eso sucediera. Subí los escalones de la entrada de mi apartamento y Marcus me tomó la mano, aunque yo sabía que él iba a hacer eso. Me giré conociendo sus trampas, conociendo sus movimientos y al instante estuve rodeada de sus brazos y su boca besaba la mía. Fue como un flashback, pero real. Nos besábamos en la puerta de mi apartamento como si nada hubiera sucedido, como si no le hubiéramos dado un final a nuestra historia. Fue un beso de esos que duran para siempre, que quedan marcados en ti como el primero. Tal vez porque era el último.

Nos separamos en silencio, sintiendo todo lo que la situación nos dejaba sentir y apoyé mi frente sobre la de él buscando respiración. Esos momentos eran los que me hacían dudar de mis sentimientos, dudar de mis decisiones y próximos pasos. ¿Estaba bien lo que habíamos hecho? ¿Habíamos tomado el camino correcto? ¿Habíamos elegido la mejor opción?

—Quiero que te vayas, no malinterpretes todo esto...solo necesitaba besarte una última vez —me dijo en susurros, haciendo que todo mi cuerpo temblara, incluso mis labios debido al llanto que estaba amenazando con salir—. He pensado en todo lo que me dijiste, Lizzie, en todo lo que vivimos en un maldito mes. Te has metido en mi piel en menos de treinta días y no sé ni como explicarlo. Aunque tampoco quiero entenderlo, no quiero entender nada de todo esto porque me gusta así. Extraño, único, oportuno. Como tú.

Tragué lentamente y sus brazos me cubrieron, metiéndose por debajo de mi chaqueta y envolviéndome para darme calor en esa helada noche. Me quedé a su lado, buscando su calor y queriendo escuchar lo que había pensado. Lo que tenia en su mente.

—Quiero que seas feliz, Lizzie. Quiero que seas la chica más feliz de este mundo porque te lo mereces. Quiero que todos conozcan tu magia, tu simpleza, tu preciosa manera de verlo todo. Quiero que se rían contigo, que envidien la facilidad con la que tienes de convertir momentos tensos en graciosos. Quiero que se pregunten como ser tú, Lizzie y por eso debo dejar ir. Esta es mi manera de decirte todo lo

que siento por ti, dejándote ir y sé que seguramente te extrañe como un loco y nunca me conecte con alguien como me he conectado contigo...pero mi acto de amor es verte feliz. Tengo que dejarte ir para que seas completamente tú, completamente Lizzie.

Sentí el sabor de mis propias lágrimas en mis labios y antes de tocarlas, Marcus las quitó con la yema de sus dedos. Me miraba de esa manera tan profunda, directamente a los ojos y me hacia temblar con solo mirarme. Me estaba dejando ir por amor y me alentaba a ser yo misma, a seguir soñando.

—Yo también tengo mucho que analizar, mucho que trabajar conmigo mismo porque me enseñaste que antes de querer a alguien hay que quererse a uno mismo. Y yo no puedo hacer eso. No puedo mirarme al espejo en ese momento y no puedo quererte si no puedo aceptar quien soy ahora.

Entendí algo que hasta el momento no había comprendido y era que no era nuestro momento. Nos queríamos, teníamos los sentimientos que yo creía que siempre iban a existir del uno por el otro, pero no era el momento. Mis sueños estaban llamándome y Marcus necesitaba entender algunas cosas que toda su vida se había negado a entender. *Necesitábamos tiempo.* Entendí que el amor a veces llamaba a la puerta y no era el momento adecuado, no era el momento en el que las cosas deberían darse. En ese momento nuestro amor no era suficiente, ambos deseábamos cosas con más urgencia que nuestra relación. Ambos queríamos ser más grandes de lo que éramos. Buscábamos querernos a uno mismo y luego a nosotros a lo que éramos.

Nuestra historia no era una historia de novela, no estábamos en una película y en ese momento sonaba una linda melodía y decidimos seguir juntos. Los ruidos de la calle eran nuestro soundrack y hacia mucho frio, nada parecido a una de esas novelas románticas en donde todo parecía brillar y ser precioso.

Dejamos a Marcus y a Lizzie en las escaleras de ese edificio y lentamente nos separamos. Me acosté y lloré toda la noche pensando en todo lo que había sucedido, mirando mis maletas hechas en la puerta de mi apartamento. Sin embargo, estaba segura de todo lo que había decidido, pero no podía dejar de pensar en que era el gran

momento de mi vida y no podía entender por que la victoria sabia tan agridulce.



Nunca fui fanática de los aeropuertos, no voy a negarlo. Me daban miedo, sentía que la gente se movía demasiado rápido y a veces no podía evitar sentirme pequeña en un mundo de personas que sabían hacia donde ir. Yo tenia un pasaje que me decía el destino de mi nuevo viaje, pero tampoco sabia si era lo correcto. Mis padres insistieron en ir a buscarme, pero yo me negué completamente y tomé la decisión de irme sola. No podía soportar las despedidas, nunca había sido buena en eso y luego del momento que viví con Marcus creía que no podría soportar otro adiós. Estaba siendo exagerada, por supuesto, pero sonaba tan dramático en ese momento que ahora que lo recuerdo me rio un poco.

Tal vez era dramático porque en mi interior solo había angustia e incertidumbre. No había emoción ni ansiedad, sino miedo y mil preguntas. ¿Esto es lo correcto? Pensaba mientras veía a la gente enloquecer por dejar las maletas. ¿Estoy haciendo las cosas bien? Me preguntaba mientras veía mis maletas abandonarme por una cinta que iba hacia el avión. ¿Seré feliz? No paraba de preguntarme mientras subía por las escaleras mecánicas.

Estuve unos minutos sentada mirando a la gente moverse, alejada por completo y pensando en todo. Solo tenia que ir hacia ese lugar que me separaba de la gente que tenía ticket y la gente que no tenía. Cuando cruzara ese lugar, cuando le diera mi ticket al policía y me acercara a la puerta, dejaría definitivamente esa ciudad. ¿Por qué dudaba tanto?

Y entendí que estaba haciendo. Estaba esperando por Marcus. Quería verlo una ultima vez incluso cuando le había dejado claro que esta era nuestra ultima vez. Nuestro ultimo encuentro.

Tenia que comprender finalmente que ese era el final. Que nos habíamos despedido. Habíamos dicho adiós a los sentimientos y

habíamos decidido que estábamos primero que cualquier otra cosa. Antes del amor, antes de todo.

Adiós, Marcus Scott.

Le di el ticket al hombre de seguridad y miró mis datos para luego asentir y dejarme pasar. Apenas mi cuerpo pasó e, escáner escuché un grito y me detuve en seco. Tragué con lentitud, girando sobre mis talones para encontrarme con Marcus caminando hacia mí. El hombre de seguridad me miró raro y luego miró al rubio todo sudado que había aparecido en medio del aeropuerto que obviamente no tenia pasaje ni mucho menos.

—¿Puedo hablar con ella? Necesito hablar con ella —le decía Marcus al hombre y él negaba con la cabeza algo que era entendible por la seguridad del aeropuerto. No estábamos en un lugar común, sino más bien en un lugar que estaba lleno de seguridad. Abrí mis ojos sorprendida y un poco asustada porque la idea no era que terminaran arrestando a Marcus—. Es un segundo, un segundo por favor.

—Esto no es como se ve en las películas, señor, no puede pasar si no tiene un ticket.

—¡Están todos los asientos ocupados! ¿Crees que no me he fijado? —le preguntó enojado y finalmente me acerqué al lugar, separada por el cordón de seguridad que me impedía volver. Bueno, podía volver, pero iba a perder mi vuelo.

Marcus me vio y se acercó a mí casi con desesperación y nos abrazamos con el cordón entre ambos y un policía que parecía no ser fanático del amor. Quise entender la situación, comprender que estaba pasando y en que había quedado la despedida que nos habíamos dado la noche anterior.

—Sé quién quieras ser, Lizzie. Puedes ser quien quieras porque tienes la fuerza de voluntad y eres increíble. Se quien quieres ser —me dijo apresurado, porque el hombre ya estaba cansado de ver nuestra comedia romántica— Solo quiero que sepas que esperaré por ti. Que estaré aquí esperando por el momento en que seamos una persona completa y listos para amar. Yo trataré de serlo, trataré de ser mejor para ti. Para cuando podamos querernos como no merecemos.

Mi corazón saltó enloquecido, sorprendido por las palabras de Marcus y entendiendo que me estaba pidiendo. Me estaba diciendo

que quería intentar algo en el futuro. Era una promesa aferrada a la ilusión de ser mejores personas y aun así la abracé como si fuera parte de mí. No importaba cuanto tiempo pasará, yo sabia que Marcus y yo estaríamos juntos. Porque lo estábamos, unidos por un lazo que nadie podía entender. Yo tampoco podía y al mismo tiempo tampoco quería entender. Una fuerza mágica, invisible e irrompible.

—Es una promesa —aseguré finalmente y nos dimos un beso que marcó el adiós. Ese fue el último beso que le di a Marcus Scott y cuando me senté en el asiento del avión todavía podía sentir sus labios sobre los míos. Suspiré y me di cuenta de que quería hacer, que finalmente aceptaba que ese era mi destino y no podía esperar a llegar a Nueva York para comenzar una nueva vida. Primero estaba yo y luego todo lo demás.



Así termina mi historia, queridos lectores, si es que todavía están leyendo esto después de las mil vueltas que ha tenido mi relato. Todavía puedo recordar como el avión se elevaba de un modo completamente fuera de la física y yo pensaba en lo que había dejado, sin embargo, también pensaba en mi futuro.

El último beso de Marcus no fue más que promesas, no nos dijimos lo que sentíamos por el otro. Nosotros lo sabíamos. En sus ojos estaba aquel “Te quiero” que se guardaba para cuando volviera, como yo también me guardé el mío. El avión se elevó tanto que pude ver toda la ciudad iluminada para mí, despidiéndose de un modo que me sacó unas cuantas lágrimas. Le dije adiós a todo lo que dejaba en ese lugar.

A Lizzie la insegura, la que lloraba por ser virgen, la que se veía al espejo y lloraba sintiéndose gorda y fea. Lizzie la que no era suficiente, Lizzie la que jamás iba a encontrar el amor que leía en las novelas.

Pero lo había encontrado y no le había dicho adiós, sino un hasta luego.

Esta es mi historia y espero que pueda ser la historia de alguien más en el futuro. Espero que alguien más encuentre a un Marcus que dibuje estrellas en sus heridas y que pronto comiencen a cicatrizar. Espero que esas estrellas se hagan tan brillosas que les muestren el camino hacia lo que desean. Sea el amor o los sueños. Espero que haya un Marcus en su vida, pero deseo mucho más que haya una Lizzie en cada uno de ustedes.



D. M